

INSTITUTO DE ESPAÑA  
REAL ACADEMIA NACIONAL DE FARMACIA

# LA TRIACA MAGNA

DISCURSO DEL  
EXCMO. SR. D. FRANCISCO JAVIER  
PUERTO SARMIENTO

LEÍDO EN LA SESIÓN DEL DÍA 26 DE FEBRERO DE 2009  
PARA SU INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

Y CONTESTACIÓN DEL  
EXCMO. SR. D. ANTONIO DOADRIO VILLAREJO



MADRID 2009

Depósito legal: M. 57.027-2008  
ISBN: 978-84-936890-1-8  
Imprime: REALIGRAF, S. A.  
Pedro Tezano, 26  
28039 Madrid

## Índice

	<i>Págs.</i>
LA TRIACA MAGNA: UNA PANACEA INMEMORIAL RELACIONADA CON LOS ORÍGENES DE LA REAL ACADEMIA NACIONAL DE FARMACIA .....	5
RECUERDO BIOGRÁFICO DEL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO PORTOLÉS ALONSO .....	5
LA JUSTIFICACIÓN DE UN DISCURSO .....	6
LOS SIGNIFICADOS DE LA TRIACA .....	8
PRECEDENTES .....	9
EL MITRIDATO .....	13
LA TRIACA DE ANDRÓMACO .....	14
LA TRIACA EN BIZANCIO .....	15
LA TRIACA EN EL IMPERIO ÁRABE .....	16
LA TRIACA EN EL CALIFATO DE ORIENTE .....	17
DE LA TRIACA A LOS DRAGONES MEDIEVALES .....	18
LA SANGRE DE DRAGÓN .....	21
LA TRIACA SE CRISTIANIZA .....	22
ARNAU, MONTPELLIER Y LAS PROPIEDADES OCULTAS DE LA TRIACA .....	24
LA TRIACA DURANTE LA EDAD MODERNA .....	25
USOS Y VIRTUDES DE LA TRIACA .....	26
LOS COMPONENTES DEL FÁRMACO .....	29
LAS VÍBORAS .....	29
El fundamento terapéutico de su empleo .....	29
LA ÉPOCA DE LA CAPTURA .....	32
LA CAZA DE LAS VÍBORAS .....	33
LAS VÍBORAS: ¿ALIMENTO O MEDICAMENTO? .....	35
HACIA UNA TEOLOGÍA VIPERINA .....	37
LOS ASPECTOS ECONÓMICOS .....	38

	<i>Págs.</i>
LOS OLORES Y LAS VÍBORAS .....	40
EL LAZO DE VÍBORA .....	41
EL CASTOREO .....	41
LA MIEL .....	42
LOS SIMPLES MINERALES .....	44
LA TIERRA SIGILLATA, TIERRA SELLADA O TIERRA LEM- NIA .....	44
LOS SIMPLES VEGETALES .....	46
EL OPIO .....	57
EL VINO .....	62
EL RITO .....	63
LOS CONFLICTOS .....	65
LAS DISPUTAS EN TORNO A LA TRIACA .....	67
La Triaca y el Papa de Roma .....	67
La Triaca y la magia natural .....	69
La Triaca y la Alquimia .....	70
La Triaca y la iatromecánica .....	71
POMPA Y PROTOCOLO. LOS ANTECEDENTES MEDIEVA- LES .....	73
EL ESPLENDOR RENACENTISTA Y BARROCO .....	74
MOYSE CHARAS Y LA TRIACA MAGNA .....	76
EL RITUAL SEUDO-MÁGICO DURANTE LA ILUSTRACIÓN.	77
LOS DETRACTORES DE LA TRIACA .....	77
EL DESARROLLO ILUSTRADO DE LA TRIACA EN ESPAÑA	79
LA IRRUPCIÓN DE ZARAGOZA .....	81
EL COLEGIO DE BOTICARIOS DE MADRID .....	82
LA REAL BOTICA Y LA TRIACA DE TOLEDO .....	88
EL ORVIETANO .....	89
UN FINAL SENTIMENTAL .....	92
NOTAS .....	95
CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO L. DOADRIO VILLAREJO .....	103

## **LA TRIACA MAGNA: UNA PANACEA INMEMORIAL RELACIONADA CON LOS ORÍGENES DE LA REAL ACADEMIA NACIONAL DE FARMACIA**

*Excelentísima Señora Presidenta de la Real Academia Nacional de Farmacia,*

*Excelentísimas Señoras Académicas; Excelentísimos Señores Académicos*

*Señoras y señores*

El protocolo exige y yo deseo que mis primeras palabras sean de agradecimiento hacia los Señores Académicos que tuvieron la amabilidad de presentar mi candidatura a la medalla número 8 de esta casa. Quede constancia pues de mi deuda de afecto y gratitud con los Excelentísimos Señores don Juan Manuel Reol Tejada (q.e.p.d.), don Salvador Rivas Martínez y don Albino García Sacristán.

Antes de afrontar mi discurso propiamente dicho, permítanme que cumpla con otra de las tradiciones académicas ineludibles, la de glosar la vida de quien me antecedió en el uso de la medalla número 8 de esta Real Academia.

### **RECUERDO BIOGRÁFICO DEL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO PORTOLÉS ALONSO**

Nacido en Madrid el 31 de diciembre de 1923, fue Doctor en Farmacia y en Ciencias Biológicas por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de Investigación del CSIC, director del Instituto de Inmunología y Biología Microbiana y del Centro de Investigacio-

nes Biológicas. Obtuvo varios premios con su investigación en esta misma Real Academia Nacional de Farmacia. Académico numerario de la Academia de Doctores y de la New York Academie of Science. Ejerció la docencia como Profesor Ayudante de las Cátedras de Medicamentos Orgánicos y de la de Farmacognosia de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense y fue también miembro del Cuerpo de Farmacia del Ejército del Aire.

Sus circunstancias vitales le llevaron a simultanear su puesto de Farmacéutico militar con el de investigador del CSIC. Se le considera uno de los grandes maestros de la microbiología española.

Formado en Sheffield (Inglaterra) dirigió muchas tesis doctorales, tradujo libros de referencia en su disciplina y animó a sus discípulos a formarse en el extranjero y a entrar siempre en círculos competitivos de excelencia.

Fue Secretario de la Sociedad Española de Microbiología y también de esta Real Academia Nacional de Farmacia.

Escribió más de doscientos trabajos de investigación científica y tuvo tiempo cultivar su afición por la montaña y el esquí.

Entre sus muchos libros pueden destacarse: *Supervivencia e individualidad en Biología*<sup>1</sup>; *Autoinmunidad: algunos aspectos básicos y clínicos*<sup>2</sup>; *Aportaciones al estudio de la resistencia microbiana «in vivo»*<sup>3</sup>, su discurso de ingreso en esta Real Academia<sup>4</sup> y la jornada que coordinó en homenaje al Profesor Albareda<sup>5</sup>.

El recuerdo de su excelencia científica y calidad humana perdura y perdurará en esta institución<sup>6</sup>.

## LA JUSTIFICACIÓN DE UN DISCURSO

La disertación de entrada en la Real Academia debe ser profundamente meditada. En ocasiones se efectúa una reflexión, generalmente metodológica, sobre la actividad investigadora del académico. En mi caso he realizado ese ejercicio, además de en mis oposiciones de Profesor Titular y Catedrático, al menos en dos ocasiones<sup>7</sup>. El tema, además, constituye el fundamento del discurso de entrada de otra académica<sup>8</sup> y se ha publicado recientemente un texto muy adecuado a los objetivos propuestos<sup>9</sup>.

He preferido ofrecer uno de los frutos de mi más reciente investigación sobre medicamentos mágicos<sup>10</sup>, con lo cual sigo la tradición marcada por mi maestro Guillermo Folch y testimonio mi intención de dedicar lo mejor de mi actividad científica a esta Real Academia.

La Historia de la Triaca, además, está estrechamente ligada a esta institución. Sin el privilegio de preparación de la misma probablemente no hubiera existido el Colegio de Boticarios de Madrid. El mismo es el antecedente más remoto de la Academia, creada de inicio por la República.

Explicaré cómo la Triaca puede ser tomada como la quintaesencia del medicamento mágico. En la actualidad se conoce su casi absoluta inutilidad terapéutica frente a sus ofrecimientos de panacea universal. Por tanto, se podría pensar en un remoto basamento académico fundamentado en una superchería o en una falsedad terapéutica. Esa hipótesis sólo sería verosímil desde una mentalidad groseramente positivista.

La historia de los medicamentos permite familiarizarse con la historia de la ciencia, de la medicina y de las ideas. La Triaca persistió desde el siglo II a.C. hasta 1950 y, como veremos, lo hizo por la imposibilidad de dejar a los seres humanos inermes —al menos sentimentalmente— ante enormes amenazas sanitarias. La de la Triaca es la historia de un inmenso negocio, pero también la de las aspiraciones de los seres humanos por obtener medicamentos eficaces y seguros y, sobre todo, es la materialización de la esperanza humana a lo largo de los siglos.

Desde nuestra atalaya de vana suficiencia científica puede parecer un fraude casi supersticioso. Si lo observamos en profundidad, a lo largo del desarrollo histórico y sin prejuicios del presente, encontraremos razones suficientes para considerarla sinónimo de esperanza y de fe en la ciencia aplicada a la sanidad; los farmacéuticos, además de expertos en medicamentos, lo han de ser en cuanto pueda servir a los humanos para satisfacer sus necesidades sanitarias. Por tanto, en su relación con la Triaca se les puede considerar también dispensadores de esperanza, con lo cual esta Academia puede considerarse ligada desde sus inicios a la esperanza; si se quiere poética, desgarrada y equivocada, pero a la esperanza vital y científica.

## LOS SIGNIFICADOS DE LA TRIACA

*Theriacus*, *Theriaca*, significa contraveneno en latín. Hace especial referencia a las mordeduras de los animales venenosos.

En el *Diccionario* de la Real Academia Española, se define la Triaca como una «*confección farmacéutica usada de antiguo y compuesta de muchos ingredientes y principalmente de opio*».

Durante el siglo XVII, Pierre Pomet, mercader de especias y droguero parisino, hace derivar el nombre del de la víbora, llamada por los griegos *Terrino* o *Thyrion*<sup>11</sup>.

El boticario español Lorenzo Pérez<sup>12</sup>, un siglo antes más o menos, exponía idénticos argumentos filológicos a los del francés, pero la traducía por:

*«sosiego, alegría y reposo, porque preserva a los sanos y cura a los enfermos».*

Todas las definiciones ofrecen pistas sobre la naturaleza del medicamento.

Se trata de un preparado polifármaco, compuesto por muchísimos simples, procedentes de los tres reinos biológicos tradicionales: animal, mineral y vegetal, en donde pueden contemplarse la totalidad de las características de los medicamentos mágicos.

Su fórmula la encontramos en manuscritos de tipo farmacológico o impresa en bronce, desde el siglo II a.C. hasta 1950, en que desaparece de las farmacopeas y de la práctica farmacéutica.

A lo largo de ese dilatadísimo periodo temporal, el uso fue habitual y su prestigio inalterado.

Nos encontramos ante un remedio prácticamente inútil, desde un punto de vista científico actual, dotado de una gran fama como panacea universal; más aún en el ámbito de los alexifármacos, resistente a todos los avances de la ciencia y del conocimiento científico de los seres humanos.

Lo tomó, con toda certeza, Nerón; pudo ingerirlo, Copérnico, Newton, Linneo, y hasta Darwin, aunque es en Inglaterra donde más pronto desapareció de las boticas. Lo preparó Claude Bernard, el padre de la farmacología moderna, en la oficina de farmacia en

donde comenzó sus actividades científicas<sup>13</sup>. Con él se enriqueció la República Veneciana; gracias a él se puso en pie el Colegio de Boticarios de Madrid, precedente de la Real Academia Nacional de Farmacia y, posiblemente, si no se hubiesen promulgado rigurosas disposiciones legales sobre el opio, lo tendríamos aún en las estanterías de las boticas.

¿A qué se debe tal longevidad y buena reputación? Trataremos de analizarlo mediante la exposición de su historia.

## PRECEDENTES

Nicandro de Colofón, poeta didáctico del siglo II a.C., tituló dos de sus composiciones: *Theriaca* y *Alexifármaca*. La primera, la dedicó al estudio de los animales venenosos, su mordedura y los remedios más eficaces. La segunda, a los venenos de cualquier origen y sus antídotos<sup>14</sup>.

Nicandro procedía de Etolia, una región de la Grecia central. Ejercía de sacerdote del dios Apolo en el templo de Claros, situado junto a la antigua ciudad de Colofón, en la costa de Lidia, al N. O. de Efeso<sup>15</sup>. El templo pertenecía al reino de Pérgamo. Vivió durante los tiempos de Atalo III Filométor (138?-133 a.C.) monarca muy aficionado a los estudios botánicos.

Nicandro escribió la *Theriaca* en novecientos cincuenta y ocho versos hexámetros. De manera desordenada se ocupa de las serpientes, sus picaduras y los posibles antídotos. El poema *Alexifarmaca* lo resuelve en seiscientos veintiocho versos, en donde describe los diferentes venenos, reales o imaginarios, y sus correspondientes contravenenos.

El contenido procede, al parecer, de un texto en prosa de Apolodoro<sup>16</sup>.

El interés por las serpientes y los envenenamientos es muy antiguo.

A lo largo de la Historia de la Humanidad, los conocimientos se adquirieron primero de manera empírica. Alguien, en alguna parte, seguramente por casualidad, tomó en consideración los efectos de algún producto de la naturaleza; quienes estaban junto al él, lo observaron y comprobaron si se repetían en otro sujeto. Así comen-

zaron a utilizarse ciertos vegetales, animales o minerales con finalidades terapéuticas.

Las primeras acciones tomadas en consideración serían las más evidentes: las eméticas, las purgantes, las narcóticas y las venenosas. Podría establecerse una larga discusión acerca de si fue anterior la hipótesis según la cual la enfermedad estaba producida por un *ente* extraño, capaz de invadir el cuerpo humano hasta hacerle enfermar, o si estas teorías se elaboraron a partir de la observación de las virtudes de determinadas plantas y animales. Sea como fuere, desde las civilizaciones pretécnicas, tanto europeas como americanas, la enfermedad se vivió como la posesión preternatural del cuerpo por algún ser ajeno a él. Para recuperar la salud se intentó expulsarlo. Cuando, a partir de Hipócrates y sobre todo Galeno, la terapéutica se racionalizó, las antiguas creencias de posesión mágica o diabólica se convirtieron en una fisiología humoralista, pero los excesos humorales, causantes de la discrasia enfermiza, siguieron expulsándose mediante purgantes, eméticos o sangrías.

Fuera cual fuese la hipótesis médica, más o menos racional, la terapéutica sigue invariable. En la interpretación prima, en un primer momento, lo empírico: los simples se usan sin más.

En un determinado instante, los fenómenos de enfermedad y curación tratan de explicarse mediante argumentos de tipo mágico. La enfermedad la producirían fuerzas diversas y la curación se efectúa mediante lo aprendido empíricamente, pero ahora muchos simples no se utilizan con el vestigio de la racionalidad empírica, aunque esta racionalidad esté ligada a la influencia de los astros, como sucede en el caso de los purgantes, sino a consecuencia del poder de quien los emplea, el mago o chamán curador, capaz de transmitir su fuerza a los objetos y de ordenar la desaparición a las fuerzas mágicas del mal; la manera de emplearlas, el ritual mediante el cual manda o cree disponer de los agentes causantes del estropicio, para conseguir su desaparición o el lugar en donde se utilizan, si es especialmente favorable a la presencia de fuerzas ocultas capaces de liberar al enfermo de las malignas, responsables de su desgracia.

En un momento más avanzado de la evolución, el pensamiento mágico se transforma en religioso. Ya no es un conocimiento intuitivo individual, transmitido de padres a hijos, o de maestro a discípulo, sino una serie de creencias regladas, relacionadas con la mitología y la fábula<sup>17</sup>, transmitidas y conservadas por castas sacer-

dotales, transformadas también en sanadoras. El fondo terapéutico sigue siendo empírico, la interpretación mágica, ahora reglamentada en códigos, rituales litúrgicos, templos dedicados a la curación, diablos malignos y dioses benignos.

En el siglo II, Galeno afirma que *los dioses no son nunca causa de la enfermedad*; con él comienza la terapéutica racional, sin que desaparezcan, a lo largo de la Historia de la Humanidad, las interpretaciones irracionales. Se hace posible la asunción de los conocimientos naturalistas de los *fisiólogos* presocráticos en la interpretación del cuerpo humano, gracias a lo cual, aunque con gran lentitud, se va avanzando en la observación e interpretación racional de la anatomía, fisiología y patología humanas.

Sin embargo, el desarrollo de la terapéutica farmacológica se ralentiza aún más; en él no caben especulaciones filosóficas por la inmediata y evidente respuesta a su uso. Además, el racionalismo médico y farmacológico aparece siempre lastrado por los anhelos mágicos o religiosos, legendarios o supersticiosos, si se quiere, de quienes ven en peligro su salud y desean restablecerla a cualquier precio: el miedo a la enfermedad y a la muerte, el desvalimiento ante lo percedero no es posible racionalizarlo del todo.

En el caso de los venenos, como en el de las heridas de guerra o en los accidentes graves, la situación es diferente. La mentalidad mágica o religiosa se activa con aparente dificultad. Primero se observa la muerte instantánea de alguien atacado por un reptil o tras haber ingerido algún producto. Con gran rapidez se relaciona una cosa con la otra; en todo caso se fabula sobre los ignotos mecanismos de acción. Además, los venenos por la dificultad de su obtención, lo fácilmente que pasan desapercibidos y, sobre todo, la imposibilidad de demostrar su empleo malicioso, fueron muy utilizados, desde antiguo, tanto en las relaciones personales, como en las diplomáticas, con fines delictivos. Cualquiera podía encontrarse expuesto a la malquerencia de un pariente o de un competidor. Más que nadie los monarcas, los aristócratas, los diplomáticos y los soldados. Hay infinitos ejemplos históricos de muertes inexplicables. Los orientales tuvieron fama de usar, y de enseñar a utilizar, el veneno como un elemento diplomático más en sus contactos personales o sociales.

Los médicos, desde antiguo, se ocuparon de la dieta de sus pacientes. De todos es sabido que, si exceptuamos el católico imperio

bizantino y, en alguna manera, la Roma cristianizada, los únicos clientes de los sanadores fueron los ricos y poderosos. Para los pobres quedaba la protección de los dioses, la astucia, el saber transmitido y la Triaca de los desheredados, en palabras del mismísimo Galeno: el ajo, al que se le atribuían propiedades casi milagrosas.

La dieta, durante toda la antigüedad y buena parte de la Edad Moderna, no se refiere sólo a la ingesta alimenticia, también a la regulación del descanso y el trabajo, al balance sentimental, a las actividades sexuales, a lo que en la actualidad llamaríamos regla o forma de vida; sin embargo los facultativos tienen, entre sus funciones primordiales, la salvaguarda de sus poderosos pacientes. Prueban sus alimentos y bebidas con antelación y viajan para observar si los lugares a donde deben trasladarse están limpios o se producen en ellos pestilencias.

La toxicología, pues, se convierte en un imperativo categórico para mantener la salud de los gobernantes, de los ricos y de los científicos más cercanos a ellos. A ambos, reyes y médicos, les iba la vida en el empeño. Los primeros, además, si poseían ese tipo de conocimientos podían, llegado el caso, efectuar una política, familiar o internacional, mucho más expeditiva que la diplomacia tradicional y mucho más discreta que los pleitos o las guerras.

De acuerdo con estas premisas hubo una serie de monarcas, nacidos tras la dispersión del Imperio de Alejandro Magno, realmente interesados en el conocimiento de las sustancias venenosas y sus antídotos.

Antes que al ya mencionado rey de Pérgamo, se citan a Antígono II Gonatas, monarca de Macedonia (r. entre 284-239 a.C.) envuelto en una permanente peripecia bélica; al seleúcida Antíoco III el Magno (r. 223-187 a.C.) implicado en guerras y rebeliones, que acabó perdiendo el control del Asia Menor a manos de los romanos o a Ptolomeo IV Filopator (r. 221-205 a.C.) gobernante egipcio dedicado a extender el culto a Dionisio, gran amante de las letras y fundador de un templo a Homero.

El más célebre y conocido es Mítridates VI Eúpator (120-63 a.C.) rey del Ponto, hombre aguerrido y fiero, sometió Paflagonia, Galacia y Capadocia. Mantuvo tres guerras con Roma entre los años 88 y 63. En el 86 fue derrotado y firmó un mal tratado de paz. Empezó las hostilidades de nuevo y le volvió a vencer Pompeyo en Crimea. En esa ocasión se hizo dar la muerte antes de caer prisionero.

## EL MITRIDATO

De Mitrídates se conoce su incesante actividad guerrera y, acaso derivada de ella y de las intrigas palaciegas, su extremado interés en la toxicología.

Según parece organizó un auténtico laboratorio dedicado a preparar venenos y a investigarlos sobre animales y seres humanos. El recuerdo, medio histórico, medio legendario, nos lo presenta dedicado a habituarse a los venenos mediante la ingestión de cantidades iniciales muy pequeñas, hasta conseguir inmunizarse a su acción. De ahí viene la expresión mitridatismo o resistencia a los venenos. También nos lo pintan permanentemente acompañado de una daga, en cuyo pomo llevaba una cantidad mortal de veneno. Sostienen que lo pensaba emplear sobre sí mismo, aunque dada su resistencia, cabe la sospecha de cualquier otro uso más peligroso para sus allegados. Lo cierto es que, derrotado por las legiones de Pompeyo, deseoso de darse muerte, no pudo envenenarse y hubo de hacerlo a la romana mediante el brazo de, según unos un oficial fiel, según otros uno de sus esclavos. Tras su fallecimiento encontraron un gran depósito de venenos, con lo cual no se sabe si fue uno de los primeros en fantasear con una guerra química. Curiosamente ha pasado a la historia por todo lo contrario, por su afán sanador.

El verdadero artífice de los estudios farmacológicos y toxicológicos fue su médico de cabecera, Cratevas o si se prefiere, Cratevas el Joven.

Acerca de este autor, como sobre tantos de la antigüedad, hay profundas sombras históricas. Algunos le hacen contemporáneo de Hipócrates (460-377 a.C.), al haber encontrado una carta del anciano de Cos dirigida a él. Por eso, al existir una diferencia de casi tres siglos entre uno y otro, defienden la posibilidad de dos médicos con el mismo nombre: uno, el Viejo, contemporáneo del iniciador de la escuela hipocrática y otro, el Joven, rizotomo y toxicólogo del monarca del Ponto. Puede ser así. No hay que olvidar lo extendida que está en el tiempo la «escuela hipocrática» y la existencia de textos del *corpus hipocraticum*, atribuidos al anciano de Cos, a lo largo de casi seis siglos. Parece evidente que Cratevas, uno de los especialistas en plantas en cuya obra se fijó Dioscórides el anazarbeo (40-90) para componer su famosísima *Materia Medica*, fue el médico de Mitrídates de quien nos habla también Plinio el Viejo (23-79)<sup>18</sup>.

A él debería atribuírsele el primer antídoto compuesto por cincuenta y cuatro simples, más tarde reducidos a treinta y siete, superado en fama por la Triaca, con la que conserva fortísimas concomitancias, pero presente, a su lado, en la mayor parte de las farmacopeas del mundo hasta la Edad Contemporánea.

Menos conocida fue su *Atanasia* o remedio de la inmortalidad que no pasó a la posteridad, seguramente porque su autor no se encuentra entre nosotros para defenderlo, aunque con ese irónico argumento no se entiende muy bien el extraordinario prestigio del Mitridato o de la Triaca.

## LA TRIACA DE ANDRÓMACO

Tal vez se deba a Pompeyo (106-48 a.C.) el vencedor de Mitrídates, la introducción en Roma del remedio contra el envenenamiento, pero no es hasta mucho después cuando Andrómaco, el médico de Nerón (36-68), lo reforma y convierte en otro de más fama y proyección histórica.

Andrómaco escribió otro poema en versos elegíacos. Lo dedicó al emperador romano y se basó en la fórmula del mitridato, con la novedad de añadir a los numerosos simples propuestos, las víboras. Le llamó Triaca Magna, como Nicandro había titulado su poema. Si el antídoto tuviera las cualidades a él atribuidas se hubiese constituido en panacea universal y, sin tenerlas, tuvo fama de tal. Lo curioso es que no las poseía y cualquiera, con el más mínimo sentido crítico, podría haberse dado cuenta de sus continuados fracasos o del exceso en sus promesas, de tal calibre que de cumplirse el ser humano hubiese vuelto a su condición adánica: no se necesitaría ningún remedio distinto a la Triaca.

El hijo de Andrómaco puso en prosa su texto y así lo hizo más sencillo de utilizar por los médicos y distintos sanadores.

Esta Triaca de Andrómaco, con víboras, es la que pasó a la posteridad, acaso por el excelente eco que de ella se hizo Galeno en su *De Theriaca ad Pisonem*<sup>19</sup>, en donde exigía el empleo de víboras hembras no preñadas y la separación de las cabezas y de cuatro dedos de longitud del cuello y la misma cantidad del final de la cola de las serpientes, para evitar los envenenamientos, aunque este fue uno de los muchísimos motivos de discusión sobre el modo de preparar el antídoto a lo largo de los tiempos.

Durante parte del Imperio romano su fórmula, inscrita en bronce, se exponía en los templos de Esculapio: a tan alto llegó su prestigio.

## LA TRIACA EN BIZANCIO

El destino histórico e intelectual del imperio bizantino fue el de actuar de cruce de caminos, casi nunca pacífico, de lenguas, de culturas, de religiones, de mercaderías y de conocimientos científicos.

Apareció en 395 cuando, tras la muerte de Teodosio, el Imperio romano se dividió entre Oriente y Occidente. Tras la caída del Occidente (476), Bizancio se convierte en heredero de la tradición helenística y adalid del cristianismo en Oriente. Su capital estuvo en Alejandría hasta la caída de la ciudad en poder de los árabes (642) y luego en Constantinopla, la actual Estambul.

La toma a manos de los turcos (1453) se considera el final de la Edad Media y el comienzo del Renacimiento. Su sistema político llegó al cesaropapismo. Debido a las convicciones religiosas de los gobernantes, crearon un sistema benéfico de salud para atender a la mayoría del pueblo pobre, y se ocuparon del comercio y de la difusión de la cultura helenística heredada.

A este efecto, sus científicos y médicos se dedicaron a la acumulación enciclopédica de materiales y a la síntesis de los mismos, como si fueran conscientes de su destino intelectual.

En el tema que nos atañe, Oribasio, el médico bizantino del siglo IV, se ocupó de la toxicología y muy probablemente de la Triaca; Pablo de Egina (s. VII), quien también ejercía su profesión en Alejandría, siguió con la tradición de transmitir cuanto se sabía contra los venenos<sup>20</sup>.

El interés científico, acaso también económico, en dar a conocer sus drogas medicinales y los medicamentos compuestos preparados a partir de ellas, se observa en una noticia del año 667. Una legación imperial llegó hasta la remotísima China y le llevó al emperador Gaozong, como exquisito presente, una buena cantidad de la Triaca magna de Andrómaco<sup>21</sup>.

## LA TRIACA EN EL IMPERIO ÁRABE

Con parecida intención, el Patriarca de Constantinopla, Constantino VII Porfirogeneta (905-959), gran amante de las letras, envió a la Córdoba de Abderramán III (912-961) como presente de Estado, un manuscrito de la *Materia Médica* de Dioscórides y otro de Orosio, sobre la historia de los reyes antiguos. Recibido el presente hacia el año 948 despertó el interés del belicoso califa, empeñado en convertir a Córdoba en el centro cultural y científico del mundo. Le llamaría la atención la fama del autor y las hermosas miniaturas dibujadas para explicarlo y embellecerlo, pero no había nadie en su corte capaz de entender el idioma griego en que estaba redactado. El califa escribió al emperador y le pidió un experto en las lenguas griega y latina. Hacia el año 951, desde Bizancio, llegó a la capital de Al-Andalus el monje Nicolás. Junto a él empezó a trabajar el médico judío del califa, Hasday ibn Shaprut, quien realizaría numerosas embajadas diplomáticas para su señor y para Al-Hakam II, de quien también fue médico personal. Este judío de Jaén fue uno de los responsables de la introducción y del posterior desarrollo de la obra de Dioscórides en la España árabe. También lo fue de la Triaca de cuya fórmula algunos le consideran redescubridor, aunque es más lógico suponer su llegada junto al manuscrito bizantino o posteriormente en el equipaje del monje Nicolás<sup>22</sup>.

Otro cordobés nacido hacia el 944, Ibn Yulyul, escribió, algo después, el manuscrito *Maqala li-Suyayman B. Asan Ibn Yulyul fi-adwiyat al-tiryaq (Tratado de Sulaymân b. Asan Ibn Yulyul sobre los medicamentos de la Triaca)*<sup>23</sup>.

Las capitales bizantinas, Alejandría primero, Constantinopla, después, eran las estaciones término de la ruta de la seda que unía Occidente con el Oriente remoto, misterioso y desconocido. Hasta allá llegaban objetos chinos, también árabes y de sus zonas de influencia como la India, pues sus mercaderes la controlaban férreamente; a partir de ahí eran los venecianos y genoveses, en menor medida, quienes adquirirían esas mercaderías y las introducían en la Europa Occidental.

Tras la caída de Constantinopla, los comerciantes venecianos siguieron con sus contactos y con el tráfico de mercancías, especias y objetos exóticos.

Muchos de los componentes de la Triaca procedían del comercio con los árabes. De ahí, acaso, la pervivencia de las creencias

mitológicas y mágicas sobre algunos de los elementos medicamentosos del polifármaco y las muchísimas discusiones producidas a su costa. Los simples resultaban tan exóticos, se tenían tantísimas dudas sobre las regiones en donde vivían o la forma de recolección, que la ignorancia se cubría de encanto, la sabiduría se trocaba en fábula y las disputas resultaban imposibles de solucionar mediante el recurso a la propia experiencia.

## LA TRIACA EN EL CALIFATO DE ORIENTE

En el mundo árabe no español también hubo gran interés en la Triaca.

Se debió consolidar tanto su fama como panacea que aparece mencionada en *Las mil y una noches*, en el cuento de Alí Babá y los cuarenta ladrones, como sinónimo de remedio infalible. El texto es una recopilación de narraciones populares efectuada hacia el siglo IX, aunque el de Aladino se añadió algo después.

No es de extrañar. Lo principal del conocimiento árabe sobre los venenos y los antídotos lo recogió el político, intrigante, pensador, hombre de acción, amante de la mesa, del harén y médico, a quien conocemos como Avicena (980-1037) en el libro V del *Kitab al qanum*, traducida al latín como *Canon* y empleado de manual en la mayor parte de las Facultades de Medicina en las universidades medievales<sup>24</sup>. La obra de Avicena no es un mero trasunto de la de Galeno, aunque está muy relacionada con ella y es algo más clara en lo referente a la terapéutica; parece normal su aplicación a este tema de los venenos y sus antídotos, así como el mantenimiento de su fama.

En la Biblioteca Nacional de Francia se conserva un manuscrito bellísimamente ilustrado sobre la preparación del antídoto; el *Kitab al-diryâq* o *libro de la Triaca*, un pseudo Galeno fechado en 1199, atribuido a la escuela de Bagdad o de Mosul: se trata de un comentario al texto del médico romano, a cargo del filósofo alejandrino del siglo VI, Johanes Grammatikos. Otro manuscrito ilustrado de la triaca, este del siglo XIII, se conserva en la Biblioteca Nacional de Viena, atribuido a la escuela de Mosul<sup>25</sup>.

## DE LA TRIACA A LOS DRAGONES MEDIEVALES

Si grande fue el interés por las serpientes, los venenos y sus antídotos durante la Edad Media, en el mundo árabe y bizantino, no lo fue menor en la Europa Occidental cristiana, aunque tuvo sus peculiaridades<sup>26</sup>.

Es bien sabido como el patrimonio clásico se conservó gracias al movimiento monástico italiano. Se conoce su penetración en España a través de San Leandro y San Gregorio, grandes amigos y compañeros de estudios durante una estancia compartida en Constantinopla.

La más importante labor enciclopedista alto medieval la lleva a cabo el Obispo Isidoro de Sevilla (570-636). En sus monumentales *Etimologías* se ocupa de las serpientes (libro XII, cap. 4). Allí leemos:

*«el dragón es el mayor de todas las serpientes, e incluso de todos los animales que habitan en la tierra. Los griegos le dan el nombre de drákon, derivado del cual es el latino draco. Con frecuencia, saliendo de sus cavernas, se remonta por los aires y por su causa se producen ciclones. Está dotado de cresta, tiene la boca pequeña, y unos estrechos conductos por los que respira y saca la lengua. Pero su fuerza no radica en los dientes, sino en la cola, y produce más daño cuando la emplea a modo de látigo que cuando se sirve de su boca para morder. Es inofensivo en cuanto al veneno, puesto que no tiene necesidad de él para provocar la muerte; mata siempre asfixiando a su víctima... se crían en Etiopía y en la India, viviendo en el calor en medio del incendio que provocan en las montañas»<sup>27</sup>.*

San Isidoro no se había inventado a los dragones. Antes que él habló de ellos Plinio, aunque el sabio hispalense lo hizo con singular precisión.

A Plinio el Viejo (23-79) no puede atribuírsele el epíteto de tontiloco, atribuido por Miguel Sánchez Ostiz a tantos de sus personajes. Romano, instruido, con importantes cargos en Germania y en Hispania, procuraba documentar bien sus escritos científicos. Su interés en la verdad llegó a un extremo tal que murió durante una erupción del Vesubio: se acercó demasiado al volcán para observar el fenómeno. Sus fantasías se atribuyen a Ctesias, un historiador y médico griego (VI a.C.), autor de una obra sobre la India; el romano copiaría al pie de la letra alguna de sus fantasías en la *Historia Natural*, muy consultada y criticada durante el Renacimiento, de

forma tal que las *Castigaciones Pliniae* —los libros en donde se ponían de manifiesto sus errores— escritos por numerosos autores, animaron el experimentalismo frente a la autoridad de los clásicos.

Durante la Baja Edad Media ese pensamiento crítico aflora ligeramente en la Escuela Catedralicia de Charrtres, a partir del siglo XII, con figuras como Juan de Salisbury o en el Oxford del siglo XIII, con Roberto Grosseteste, Duns Escoto o Guillermo de Ockan, pero durante la alta Edad Media las cosas no fueron así.

San Isidoro, probablemente, ni siquiera pudo consultar el texto de Plinio, tendría a su mano los pseudos plinios, síntesis fragmentadas de su obra y los *Dyascorides*, resúmenes de la de Dioscórides, junto a la mentalidad de un clérigo, obispo y santo, en una época dominada por el aislamiento y la teocracia.

Su texto influyó en la obra del inglés Beda el Venerable (674-735); en la de su discípulo Alcuino, ayudante de Carlomagno en Francia y en la del discípulo del segundo, Rábano Mauro (776-856), quien trabajó en territorio alemán. De esa manera, Europa se pobló de dragones.

Los ciudadanos, analfabetos en su gran mayoría, adquirirían consciencia de la existencia del monstruo gracias a San Jorge. Si fue santo o no, ni la Iglesia lo sabe, pues desde 1970 su festividad es optativa. Se conoce su existencia durante los siglos III o IV y se le representa alanceando a un dragón para salvar a una doncella. En Inglaterra, Portugal, Cataluña o Génova, de donde es santo patrón, nadie dudaría de la existencia de los monstruos terribles, por encima de las alegorías cristianas<sup>28</sup>. Lo mismo sucedería en Gante, donde un dragón dorado es la veleta protectora de uno de los edificios más elevados de la ciudad.

Muchísimos son los escudos medievales ingleses adornados con dragones. Estatuas de ellos se conservan en el Museo Británico. ¿Quién dudaría de su existencia?

Además de la del santo, la iconografía draconesca aparece pintada en manuscritos medievales iluminados, al menos en el Beato de Liébana, el códice procedente del monasterio de Santo Domingo de Silos, conservado en la British Library<sup>29</sup>, en el Apocalipsis Gulbenkian<sup>30</sup> y seguramente en muchos otros.

Más fácil es acceder a las ilustraciones de los libros impresos a partir de la invención de Gutenberg (1397-1468).

Ya en uno de los primeros incunables científicos, el *Hortus sanitatis*<sup>31</sup> se nos habla del dragón tradicional y del marino, *monstruo terrible por su crueldad, semejante por su tamaño al dragón terrestre* y que, como este, nadaría con alas, no con aletas<sup>32</sup>. No es sólo el libro anónimo. Durante el Renacimiento y el Barroco una buena cantidad de científicos eruditos exponen en sus textos excelentes grabados de dragones, muy parecidos, por cierto a los dinosaurios que hace aparecer en sus películas Steven Spielberg. El principal de todos es Ulisse Aldrovandi (1522-1605)<sup>33</sup>, junto a él, Konrad Gesner (1516-1565)<sup>34</sup> y Charles L'Ecluse (1526-1609)<sup>35</sup>.

Europa entera se pobló de dragones, no sólo en los libros científicos, también en los cuentos populares, en las fábulas y en el imaginario colectivo. Ante esta evolución de los hechos cabría preguntarse quien influyó en quien. Los imaginativos griegos con mentalidad mágica, los sesudos padres de la Iglesia o los no menos sesudos iniciadores de la experimentación personal durante el Renacimiento. Veremos, una y otra vez, como el pensamiento mágico se condena pero, si se reviste de creencia cristiana o científica, se acepta sin problema alguno. Es más, los últimos no dudan en ofrecernos láminas excelentes, en donde se ven dragones de todo tipo y condición.

¿De dónde salían los dragones? Otra leyenda medieval procedente de Plinio, a través de San Isidoro y otros autores, habla de los unicornios. En otro lugar me ocuparé de ellos. Baste ahora explicar su capacidad de hacer manar agua de la vida, de las rocas golpeadas con su milagroso cuerno. Si el líquido maravilloso no se recogía con cuidado, penetraba en las capas más profundas del suelo, en donde llegaba hasta las grutas subterráneas en donde engendraba maléficos dragones. Estamos ante una nueva y bella interpretación del mito de Jano o de Esculapio, en los lindes entre el bien y el mal, la vida y la muerte, mediante la cual se cierra el círculo sobre las condiciones de vida de esos misteriosos, terribles y equívocos animales.

Por si no bastara la palabra de los santos varones y de los estudiosos de la naturaleza, en las boticas empezó a utilizarse su sangre como simple medicinal.

## LA SANGRE DE DRAGÓN

Es una sustancia rojiza, resinosa, insoluble en agua, capaz de quemarse con un olor balsámico bastante grato, usada como astringente hemostático. Se traía de Borneo y Sumatra, en el extremo Oriente, en donde a saber si había o no dragones.

Si para un hombre medieval la palabra de un santo no podía ponerse en duda, menos aún cuando en las boticas encontraba su mismísima sangre. Los dragones vivían en lugares lejanos e ignotos, africanos o hindúes, en donde haría aún más calor que en Sevilla durante el verano. Allí otros misteriosos cazadores obtendrían su sangre y llegaría a nuestras boticas mediante los buenos oficios de caravaneros árabes, marinos venecianos y comerciantes de la misma nacionalidad. Los boticarios tardaron en saber que la sangre de dragón se obtenía de los frutos de un árbol, el *Calamus draco*, de donde extraían una resina odorífica y medicinal.

Entre los siglos XVII y XVIII, Pierre Pomet y su hijo, que tantas fantasías desterraron de los tratados farmacológicos, además de hablarnos de la sangre de dragón obtenida en Canarias, de su *drago*, escriben:

*«La sangre de dragón de las Indias, es una goma que destila del tronco de varios árboles... los frutos redondos... del grosor de nuestras cerezas... cuando se les quita la primera piel parecen como una especie de dragón. Esto le ha hecho recibir el nombre de sangre de dragón, muy inadecuadamente, puesto que es una goma de árbol y no la sangre de un dragón, como muchos lo creen todavía»<sup>36</sup>.*

Como es evidente, la mágica leyenda de los horribles dragones, capaces de provocar todo tipo de desgracias naturales y su sangre medicinal, por contraste, se mantuvo durante mucho tiempo a medio camino entre lo real y lo fantástico.

Nuestro Fray Esteban Villa, en 1698, explica lo que es para él, aunque admite que algunos creen que es la sangre del dragón, otros una planta en cuyas semillas aparece el mitológico animal y algunos ciertas gomas arbóreas. Para el riojano, ejerciente en la botica del burgalés hospital de San Juan, se trataría del cinabrio, el minio, un simple mineral, según su criterio muy parecido a la hematites en virtud<sup>37</sup>.

Cada uno creía una cosa y todos dudaban.

Con todo este trajín de triacas y dragones, no es de extrañar la mezcla realizada por un literato a principios del siglo XVI (1476?-1541).

Fernando de Rojas en la *Celestina* hace exclamar a Melibea cuando la trotaconventos se ofrece a curarle su mal:

«Parésceme que veo mi corazón entre tus manos fecho pedazos. El qual, si tú quisieses, con muy poco trabajo juntarías con la virtud de tu lengua. No de otra manera que quando vio en sueños aquel grande Alexandre, rey de Macedonia, en la boca del dragón, la saludable raíz con que sanó a su criado Tolomeo del bocado de la bívora»<sup>38</sup>.

## LA TRIACA SE CRISTIANIZA

El medieval no fue sólo un problema de leyendas, también de un referente social teocrático en todas sus manifestaciones. Hasta el siglo XI se entendía por *realismo* el método según el cual todo tipo de conocimiento proviene de la fe; a mediados de ese siglo, el *nominalismo* de Roscellino de Camping dio origen a algunas posiciones consideradas heréticas y perseguidas. Lo mismo les sucedió a los *fraticelli*, deseosos de volver a los orígenes eclesiales y, ya en el siglo XIII, se introdujo un cierto *racionalismo* aristotelista, merced a la obra de Santo Tomás de Aquino.

En este mundo teocrático, la alegoría y la metáfora no son recursos literarios, sino medios para expresar una realidad religiosa simbólica, utilizados y repetidos por los escolásticos.

Para ellos, la naturaleza o *Physis* está compuesta por la materia (el cuerpo) y la forma (el alma) conforme al esquema aristotélico. El cuerpo se organiza en grados (elementos, humores y miembros) y el alma puede ser vegetativa, sensitiva o intelectual. Antes del pecado original el hombre tenía una realidad fisiológica sana (*res naturalis*); tras él llegó la enfermedad (*res contranaturalis*), pero Cristo, con su venida al mundo y su sacrificio en la cruz, inauguró una época terapéutica (*status naturae reparatae*).

Con los tres capítulos fundamentales de la actividad sanadora escolástica —fisiología, patología y terapéutica— se consigue de nuevo la salud (*status naturae gloriosiae*), aunque la actividad sanadora ha de ejercerse también sobre el alma<sup>39</sup>.

En este esquema intelectual, síntesis entre el galenismo clásico o arabizado y el catolicismo, aparece la obra del franciscano fray Juan Gil de Zamora (1241?-1321?)<sup>40</sup> vinculado al círculo de Alfonso X y su hijo Sancho. En el *Liber contra venena et animalia venenosa*<sup>41</sup> se menciona la virtud como sinónimo de la triaca, pero también se emplea para referirse a la redención de los pecados, pues el veneno se asimila con el mal y la más ominosa falta.

Lo mismo hace Tomás de Cantimpré (1204-1280), discípulo de San Alberto Magno, al hablar de las serpientes: explica como la triaca se prepara a partir de su carne y así sirve para expeler numerosos venenos. A continuación la compara a la pasión de Cristo; según su discurso, antes de su venida a la Tierra no había remedio alguno para el pecado; tras su pasión en la cruz, *in effusione sanguinis Christi remedium efficacissimum contra omne venenum*. Es decir: la triaca sería un gran remedio para los venenos materiales, como la efusión de la sangre de Cristo lo es para los espirituales<sup>42</sup>.

¡Lo que le faltaba al medicamento! Los escolásticos le conceden un estatuto sacral por vía alegórica.

En 1307 se traduce el *De venenis*, de Maimónides, escrito en 1198, en cuyo tercer capítulo de la tercera sección habla del Mitridato y la Triaca<sup>43</sup>; en esa época (siglos XIII y XIV) se produce una primera eclosión de los estudios dedicados a los venenos. Se ocupan del tema, entre otros, Arnau de Vilanova (1239-1311) o Pietro de Abano (1257-1315)<sup>44</sup>.

El medicamento se ve así convertido en un auténtico ejemplo de adaptación a las realidades materiales, intelectuales, psicológicas y espirituales de los diferentes periodos de su existencia. Primero se adapta a una concepción empírico científico mágica, luego a un pensamiento a medio camino entre lo maravilloso y la religión y, por fin, se ve transformado en una alegoría de las virtudes cristianas.

Ungido intelectualmente con lo mejor de cada época, adquiere también un valor económico muy evidente, tanto en Italia como en el resto de Europa.

Sin salir de España, en 1498, el maestre Diego Malavert, boticario vecino de Córdoba y Diego Catalán, herbolario, formaron una compañía para vender y comerciar en hierbas y triaca<sup>45</sup>.

## ARNAU, MONTPELLIER Y LAS PROPIEDADES OCULTAS DE LA TRIACA

La triaca se consideraba caliente y seca. Al final del proceso, todos los componentes se mezclan con vino y miel, fermentan y se obtiene el producto definitivo. Por el procedimiento fermentativo (aparentemente una ebullición) se consideraba caliente. Por la consistencia finalmente sólida, seca. Se relacionaría con el elemento fuego y, de acuerdo con la teoría de los contrarios, serviría para curar enfermedades frías y húmedas. Esas normas elementales de galenismo no servían para explicar las propiedades últimas del medicamento, ni sus esperadas virtudes alexifármacas. Las cualidades finales deberían proceder de la suma de las de todos sus componentes y, al ser tantos, resultaba muy difícil de demostrar. Si sólo actuara por sus dinamis o cualidades, los envenenamientos habrían de tener un carácter frío y húmedo, lo cual no resultaba acorde con la experiencia.

Para acomodar la teoría galénica y las supuestas virtudes de su más querido fármaco, se hubo de acudir a las cualidades secretas, muchas de ellas debidas, según los diversos autores a la influencia astral.

En la escuela de medicina de Montpellier, durante el siglo XIII, todas estas cuestiones interesaron mucho. Uno de los primeros en ocuparse de ellas fue Arnau de Vilanova en su *Epistola de dosi tyriacalium medicinarum*<sup>46</sup>. Para él la triaca podía actuar como los demás medicamentos de acuerdo con sus dinamis o cualidades seca y caliente pero, en el caso de los venenos entraba en acción merced a sus propiedades ocultas, mediante las cuales era posible emplear cantidades pequeñas para conseguir un gran fin, e imposible determinar racionalmente dosis exactas. Sólo la experiencia permitía conocer el espectro de uso entre la dosis mínima y la máxima.

Algunos quisieron establecer una alternativa al galenismo basándose en las propiedades ocultas del medicamento. El más destacado fue Nicolás de Polonia. Se había formado en Montpellier y reaccionó vehementemente contra la medicina académica. Su poema *Antipocras* es un cántico a la medicina empírica, fundamentada en las propiedades ocultas que oponía a la búsqueda de causas de la tradición hipocrático-galénica. Para ello se sirvió de la triaca y de muchas fórmulas preparadas con serpientes y escorpiones. Nicolás interpreta las propiedades ocultas de origen celeste como una ema-

nación de Dios y una prueba de la superioridad de la fe sobre la razón, en un camino de confluencia religiosa distinto al anterior, más cercano a la astrología y a la magia<sup>47</sup>.

## LA TRIACA DURANTE LA EDAD MODERNA

La auténtica edad de oro del medicamento transcurrió durante los siglos XVI y XVII, en algunos países, entre ellos España, continuó con gran vigor durante la Ilustración para empezar su decadencia a partir del siglo XIX hasta desaparecer por entero bien entrado el XX.

La eclosión renacentista de tratados sobre el tema es inmensa. En Venecia (1522), Colonia (1531) y Valencia (1552) se publica la obra de Nicandro de Colofón<sup>48</sup>.

En la propia República veneciana se publica un *Tratado de la Triaca*, junto a la obra de Averroes en 1553<sup>49</sup>. Unos años después (1572) aparece el libro de Bartolomeo Maranta<sup>50</sup>, discípulo de Luca Ghini y educado en el jardín de simples establecido en Pisa por Cósimo de Médici.

Para el análisis general de la forma de obtener el medicamento, emplearé el texto de Lorenzo Pérez, *Libro de Theriaca*, editado tres años después que el del italiano por un boticario, cuyo escrito fue muy utilizado en nuestro país aunque el español estuviese mucho menos formado en la Historia Natural que Maranta.

El autor castellano ha disfrutado de una abundante bibliografía, aunque sigue sumido en amplísima oscuridad. No cabe duda de que fue farmacéutico establecido en Toledo, hijo de boticario, con amplios contactos entre los médicos interesados en la botánica e incluso con los servidores reales, pues conocía bien los jardines de Aranjuez —él mismo lo dice en su libro—. Se ha mantenido que viajó por Italia y Asia, al interpretar mal una cita de Galeno<sup>51</sup>. En cualquier caso redactó un magnífico libro que nos sirve de estupendo soporte para analizar todo lo referente al fármaco, con las facilidades inherentes al idioma y su amplio uso en nuestro suelo.

Empecemos por las propiedades atribuidas al medicamento.

## USOS Y VIRTUDES DE LA TRIACA

Según nuestro autor, tiene los siguientes efectos:

1. Alarga la vida: las venas se hinchan de sangre purificada.
2. Antiveneno, sea tomado por la boca o por mordedura de animal.
3. Aparta de la sangre la una y la otra cólera (cólera y flema).
4. Aprovecha a los asmáticos.
5. Aprovecha a los males de la vejiga, principalmente *para la Estraguria, que es mear gota a gota.*
6. Aprovecha para echar a la criatura muerta del cuerpo.
7. Ayuda a quienes caminan en invierno (les calienta las entrañas, les preserva de la mala calidad del aire, corrige la mala calidad de las aguas corrompidas).
8. Ayuda a quienes se van consumiendo sin saber porqué.
9. Calienta los miembros resfriados.
10. Conserva la sanidad.
11. Contra la pestilencia; hace el mismo efecto, al alterar el aire infectado, que los sahumeros aromáticos.
12. Cura el dolor de pecho, si no tienen calentura.
13. Cura la disentería (llagas en las tripas).
14. Cura la lentería (si vomitan comida sin cocer).
15. Cura la tos fresca y antigua.
16. Cura las lombrices.
17. Cura los síncope, los desmayos.
18. Da apetito y evita el hambre canina.
19. Defiende de los dolores viejos de cabeza, de los vaguidos, de la flaqueza de vista y de la sordera.
20. Echa fuera, con moderación, todos los excrementos, también los sutiles por la orina o el sudor.
21. El corazón recibe sangre pura, sin heces y mantiene todo el cuerpo.
22. Es adelgazante.

23. Es buena para quienes escupen sangre.
24. Es contraria a la lepra; según Galeno, incluso la puede sanar.
25. Evita el vómito y las cámaras (diarreas): la llamada colérica pasión.
26. Fortifica la virtud natural.
27. Mediante su uso, los cinco sentidos hacen perfectas sus operaciones.
28. Preserva a los viejos de las opilaciones.
29. Preserva el cuerpo, acarrea un buen temperamento.
30. Provoca las purgaciones de las almorranas. Detiene también el flujo excesivo de esas purgaciones.
31. Provoca las purgaciones de las mujeres.
32. Purga los riñones de sus suciedades.
33. Quiebra la piedra en los riñones y la echa fuera.
34. Quita la ronquera, aclara la voz, no sólo bebida, sino en forma de lamedor.
35. Remedia las fluxiones reumáticas. Por tanto buena para la gota.
36. Resiste los paroxismos de la gota coral (epilepsia).
37. Sana la Cachexia.
38. Sana la hidropesía.
39. Sana la mordedura del perro rabioso, tomada por la boca y aplicada a la herida y, muchas veces, el miedo al agua que les sobreviene a los mordidos.
40. Sana las calenturas.
41. Sana las cámaras de sangre (diarreas sanguinolentas).
42. Sana las quartanas.
43. Sana las durezas y opilaciones del bazo.
44. Sana las indisposiciones del estómago.
45. Sana las llagas y la piedra que se hace en la vejiga.
46. Sana los dolores de vientre y tripas.

47. Sana los largos dolores de hígado.
48. Sana los males de nervios, el espasmo, la perlesía.
49. Sana los males internos de cualquier miembro principal: comienza por la cabeza.
49. Sana opilaciones del hígado.
50. Sanguifica el hígado.
51. Más adelante, el autor francés Charas la consideró capaz de curar el mal venéreo.

Ante tal número de promesas de curación, ¿quién se iba a resistir? Mediante su utilización podían solucionarse algunos de los males más terribles de la época, desde la lepra hasta la peste, pasando por la temida gota de los poderosos. Curaba cualquier enfermedad interna, desde la cabeza a los pies. No es de extrañar que Lorenzo Pérez escribiera:

*Es antídoto excelentísimo para todo mal que no haya podido sanar por otros medios, pudiéndose decir que a veces ha dado al enfermo no la salud, sino la vida; su obra parece más resurrección que remedio.*

No es extraña su fama. Sí, la ausencia de crítica a lo largo de los siglos. Sorprende la falta de comparación entre las promesas librescas y la realidad clínica hasta muy entrado el siglo XVIII. Parece como si los sanadores y los enfermos necesitasen de la existencia de una panacea, aunque conociesen sus limitaciones, capaz de darles alguna esperanza ante la aparición de ciertas enfermedades entonces incurables. La triaca representa el pensamiento mágico luego cristianizado; también aparece como la concreción de un sentimiento de esperanza y, todos los sentimientos cuando tienen un poso inconscientemente mágico, precisan de complejos rituales. Acaso en ellos, en la gran complejidad de sus componentes, en el carácter exótico y semi desconocido de muchos, en la dificultad de prepararla adecuadamente, en definitiva, en la imposibilidad de efectuar correctamente el rito, estaba la coartada de los sanadores y del público cuando veían quebrada su esperanza. El problema no era del fármaco, sino de los boticarios perezosos o mal instruidos..., de los drogueros o especieros avariciosos..., todo antes de dejar al mundo sin la esperanza de una panacea.

## LOS COMPONENTES DEL FÁRMACO

Tras la figura de Galeno, sus seguidores, los galenistas, consideraron a los vegetales fundamentalmente medicamentos, a los animales prioritariamente alimentos y a los minerales esencialmente venenos. De acuerdo con el esquema mencionado, en la triaca entraban setenta y siete componentes o simples medicinales. De ellos cincuenta y nueve eran del reino vegetal, cinco del mineral y sólo tres animales. Curiosamente, a uno de los animales, las víboras, le otorgaban el supremo poder curativo. Empecemos el análisis por ellas.

## LAS VÍBORAS

### El fundamento terapéutico de su empleo

Como he puesto de manifiesto, el antídoto ganó en popularidad cuando Andrómaco añadió su carne al Mitridato. Galeno las exigió hembras no preñadas.

El fundamento científico de su actividad derivaba del supuesto carácter venenoso de la carne de la serpiente. De acuerdo al principio homeopático establecido por Galeno, *similia similibus curantur* (lo similar cura a lo similar) desarrollado mucho más tarde por Samuel Hahnemann (1775-1843) y los homeópatas, un veneno podría ser neutralizado por otro: de ahí el interés por las víboras. Según Alejandro de Afrodisia, la carne de las serpientes:

*«impedían actuar a la afección amenazadora de ruina, luchando contra ella como genuinos soldados con las armas por su ciudad»<sup>52</sup>.*

En palabras de Maranta:

*«Cuando ya ha entrado el veneno en el cuerpo humano... los médicos racionales han estimado que, metiéndole dentro otro veneno, fácilmente se remueve para ir a encontrarse con su similar».*

El problema estribaba en dar con una ponzoña suficientemente enérgica para atraer a la ingerida, y adecuadamente suave para no producir un inconveniente añadido. Según el italiano, la de la carne de víbora era idónea y no la de otros como el legendario basilisco.

Sin desviarnos demasiado del tema, nos encontramos aquí con otro animal mitológico. En palabras de Isidoro de Sevilla, la segunda serpiente terrible, después del dragón, capaz de matar mediante

su aliento o de acabar con un ser humano con ponerle la vista encima, aunque en el *Hortus sanitatis*, aparece con un aspecto a medio camino entre el del perro y el león. En fin... dificultades añadidas a la labor de identificación de los simples maravillosos.

Para evitar la acción excesiva del veneno, Galeno aconsejó quitar la cabeza de las víboras, cuatro dedos del cuerpo y otros tantos del final de la cola; la mayoría de los autores siguieron sus indicaciones, aunque no cesaron las investigaciones sobre el animal y sus cualidades venenosas.

¿De dónde procedía el veneno de las serpientes, concretamente de las víboras, de la carne, de la saliva...? Alonso López de Corella en el siglo XVI, parece ligarlo a sus secreciones salivares<sup>53</sup>.

En 1664 Francesco Redi (1626-1694)<sup>54</sup> publicó sus *Osservazioni intorno alle vipere*<sup>55</sup>. La vida de este médico y naturalista transcurrió en la corte de los grandes duques de Toscana, Fernando II y Cosimo III. Tuvo una gran influencia política, académica y cultural. Dispuso de una excelente biblioteca y tenía acceso a la *speziería* ducal, la botica de la Corte, de la cual le hicieron responsable en 1666. Para el estudio toxicológico dispuso de una buena cantidad de escorpiones y serpientes, con las cuales efectuó más de trescientas cincuenta experiencias, muchas ante el Gran Duque.

En su libro, nos cuenta cómo en 1663 llegó a Florencia, desde Nápoles, un gran cargamento de víboras para preparar la Triaca; en una charla cortesana discutieron acerca de la importancia de este animal en la preparación del antídoto y sobre cual sería el lugar en donde se localizaba el veneno. En un determinado momento intervino Fernando II y dio orden de que se hicieran investigaciones para aclarar el asunto. El cazador de víboras, Jacopo Sois, demostró la falta de peligrosidad de la hiel del animal. La tocó e incluso la ingirió sin problemas. Lo mismo hizo con el veneno. Tras varios experimentos con animales, Redi concluyó la toxicidad cuando entra en el torrente sanguíneo a través de los colmillos. Sólo emitió teorías sobre la posible existencia de glándulas venenosas. No logró localizarlas.

Enemigo de los argumentos de autoridad, su opinión fue rebatida por la del otro gran experto, M. Charas (1619-1698)<sup>56</sup>, en una monografía excelente sobre el animal, en donde ligaba la acción del veneno a su imaginación colérica. Es decir: si mordía sin estar enfadada, el atacado resultaba inmune; ahora bien, si estaba enco-

lerizada, esa cólera penetraba en sus colmillos y la inoculaba al atacado. El espíritu colérico le mataba o le enfermaba gravemente.

Pudiera parecer que los iatroquímicos, seguidores de Paracelso y propicios a las teorías alquímicas, habrían de ser contrarios a la triaca, el medicamento galenista por excelencia y rebatir, en todo o en parte, la actividad de los simples medicinales y el compuesto. No fue así.

José du Chessne (Quercetanus) (1521-1609) explicaba la vida de la víbora, según él, en una cueva desde el otoño a la primavera; luego se renovaba y cambiaba la piel.

Al morar en la profundidad de la tierra tanto tiempo sin nutrirse, atrae a los espíritus sulfúreos y vegetales, los cuales componen el alma y la vida de todas las cosas. De esa manera, el bálsamo que ejecutamos se impregna de esencia espiritual, del verdadero néctar de la vida, de la auténtica fragancia preciosa y radical de la naturaleza: el medicamento, preparado con la carne de víbora, estaría compuesto de espíritu sulfúreo sublimado. Esa sutil sustancia, penetra en primavera en la corteza de los árboles y arrastra fácilmente los humores malignos, como la piel de las serpientes<sup>57</sup>.

La iatroquímica, lejos de atacar el remedio producido por la carne de víboras y la triaca, lo explica desde sus propios postulados y lo asume en su totalidad.

Nuestro Vélez de Arciniega<sup>58</sup> no se preocupaba de estos temas, aunque rebatía la idea de que las hembras corroían la cabeza del macho, luego del apareamiento, y los vivoreznos mataban a la madre para vengar el asesinato de su padre. También nos explica la razón de no desear a las hembras preñadas, por no añadir al veneno de la madre el de las crías. Para él, además:

*«las víboras han de ser mozas, ni muy viejas, con mucho veneno, ni muy jóvenes, con poco, ni muy grandes, con mucho, ni muy pequeñas, con poco».*

Para distinguir a los machos de las hembras no podían fijarse en el color, que es el mismo. Vélez de Arciniega explica:

*«la hembra mira atrozmente y es muy presta, tiene los ojos algo bermejos y desvergonzados, levanta mucho el cuello, tiene la cabeza ancha y el cuello angosto, el vientre ancho, la cola se adelgaza... tienen más dientes caninos que los machos»...*

La leyenda sobre la generación de esos animales la podemos encontrar reflejada por Fernando de Rojas (1468-1541) en *La Celestina*; para hacerse eco de las supuestas guerras fratricidas existentes entre los animales escribe:

*«La bívora, reptilia o serpiente enconada, al tiempo de concebir, por la boca de la hembra metida la cabeza del macho, y ella con el gran dulzor apriétale tanto que le mata, y, quedando preñada, el primer hijo rompe las yjares de la madre, por do todos salen y ella queda muerta; él, quasi como vengador de la paterna muerte. ¿Qué mayor lid, qué mayor conquista ni guerra que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas?»*<sup>59</sup>

Lorenzo Pérez nos aclara más la elección: las hembras tienen muchos colmillos y los machos sólo dos. Además, aconseja no cazarlas en lugares marinos ni salados, para evitar la salazón de su carne y el exceso de sed a quienes la han de ingerir.

Nos encontramos ante un pequeño arsenal de estudios, más clásicos los españoles, más científicos los italianos y franceses, imprescindibles al difícilísimo oficio del boticario de la Edad Moderna.

## LA ÉPOCA DE LA CAPTURA

Llaman la atención, siempre, los estudios astrológicos efectuados por médicos y boticarios. Los primeros habían de tener en cuenta la influencia de los astros en el desarrollo de las enfermedades y en las complexiones o temperamentos de los enfermos; los segundos en la manera de preparar los medicamentos y en la recogida de los simples.

Las víboras habían de cazarse en verano. Galeno aconsejaba el principio, Andrómaco el final, nuestro Lorenzo Pérez prefiere el final si no ha sido invierno. Antes están metidas en sus abrigos, no gozan del aire y son más venenosas.

Pero, ¿cuándo es verano?

Nos dice nuestro autor:

*«año es el espacio de tiempo que el sol se detiene en dar vuelta a los doce signos del Zodiaco, pasando por los dos equinoccios y solsticios, volviendo al punto en donde comenzó, el cual movimiento cumple trescientos sesenta y cinco días y seis horas, menos doce minutos, que es un quinto de hora y según eso, en cinco años es*

*una hora entera y en ciento veinte años un día natural de error y así pasaremos hasta que se remedie... el solsticio estival es cuando el sol comienza a entrar en Cáncer, a once de junio... asimismo tiene el año cuatro tiempos: verano, estío, otoño e invierno. Y cada tiempo de estos tiene tres meses: los de verano, como dice Marco Varrón, son febrero, marzo y abril, los de estío son mayo, junio y julio, los de otoño, agosto septiembre y octubre y los de invierno noviembre, diciembre y enero. Los griegos y romanos siguen en la numeración de estos cuatro tiempos el nacimiento y ocaso de las estrellas comúnmente llamadas cabrillas.*

*Según Beda, el verano comienza a siete de febrero. El estío a nueve de mayo, el otoño a ocho de agosto y el invierno a 7 de noviembre...*

*De aquí sacaremos que se han de cazar las víboras entrado el mes de abril, que es el postrero de los tres de verano y si por ser invierno se han de cazar en el verano, será entrado el mes de mayo y antes de que comience junio».*

Aunque resulta evidente lo repito. Pese a su inutilidad y falta de eficacia desde un punto de vista contemporáneo, para convertirse en un buen boticario eran precisos conocimientos muy amplios sobre la naturaleza; no sólo eso, también necesitaban de un gran arrojo, si no disponían de los medios suficientes para contratar a un cazador encargado de traerles los animalitos.

## **LA CAZA DE LAS VÍBORAS**

De ese asunto no solía ocuparse el boticario ni los médicos, sino unos expertos dedicados a tan arriesgada misión. Las serpientes no podían criarse en el huerto de simples anejo a las boticas. Casi siempre existía un viborero, en donde se conservaban pequeños lapsos de tiempo, pero la cría en cautividad se consideraba pernicioso por el supuesto aumento del veneno, derivado del enfado de los animales al verse prisioneros. Así que, cada verano, cada primavera diríamos nosotros, los cazadores se lanzaban al monte a por el simple medicinal. Para los boticarios deseosos de hacerlo ellos mismos, se les daban las oportunas indicaciones.

San Isidoro escribió con duda: *«se dice que la serpiente no se atreve a tocar a un hombre desnudo».*

De acuerdo con sus palabras, no sería de extrañar que algún cazador o boticario renacentista saliera a cazarlas en pelota y, de esa inmodesta guisa, muriera o se viera muy perjudicado por la

ausencia de otros cuidados. El método, como es obvio, no se hizo muy popular.

Nuestro Lorenzo Pérez se hace eco del Libro Octavo de Aristóteles, *Sobre la naturaleza de los animales*. Según el mismo, las víboras serían borrachinas, amantes del vino y podrían capturarse mediante unas vasijas de barro con un poco del jugo fermentado de la uva.

Galeno, Dioscórides, Oribasio y otros varios, atribuían los efectos contrarios a la lepra de la triaca a una leyenda. Según la misma, un leproso se bebió el vino en donde estaban ahogadas dos víboras y sanó. Esa anécdota la encontramos repetida, una y otra vez, durante la Edad Moderna<sup>60</sup>.

Si la trampa alcohólica no daba buen resultado, el cazador podía frotarse las manos con raíces de Taragontia o Aro serpentaria (*Aro dracunculus* L.)<sup>61</sup>. Se trata de una planta, común en España, dotada de un penetrante olor fétido; en terapéutica se empleó poco como emético. Seguramente el efecto contra la picadura de las serpientes lo atribuían al olor. Ya veremos como casi todos los antídotos están dotados de esa cualidad.

También aconsejaba una mezcla de Abrótano (*Artemisia abrotanum* L.) que exhala un olor fuerte, como de limón y alcanfor; Toronjil o Melisa (*Melissa officinalis* L.) de olor fuerte y grato y Orégano (*Origanum vulgare* L.) planta también de olor poderoso y agradable. Por si no tuviese las manos suficientemente olorosas, aconseja se las lave a continuación con un poco de vino en donde estuviese disuelto excremento de cabras.

Si quisiera acudir directamente a la magia blanca, se serviría del «*Libro Magno de San Cipriano*», un grimorio de autoría y fecha de escritura incierta<sup>62</sup>, en donde puede leerse la siguiente fórmula cabalística:

*Se destruyen las serpientes por medio de las palabras cabalísticas OSY, OSA, OSY. Luego que las oyen pronunciar, tapan prontamente una de sus orejas con el cabo de su cola y aplican la otra en tierra para no oírlas; porque las hacen caer en estupor e inmovilidad. Cuando se conoce que están es ese estado, es fácil cazarlas o matarlas.*

Así que el cazador o boticario, deseoso de confeccionar una buena triaca, tenía abundantes métodos para capturar víboras: o se desnudaba o se llenaba de jugos malolientes o lo intentaba con vino o hipnotizaba a las sierpes con el osy, osa... en fin...

Nuestro Lorenzo Pérez, luego de un alarde de erudición en donde sólo deja fuera la magia más evidente, se pone sanchopancesco. Aconseja:

*«Muy seguramente las cazan ahora, sin hacer remedio alguno, en los montes de Cercedilla y alrededor de Segovia, con un leño de longitud de seis palmos hendido hasta la mitad, teniendo al principio de la hendidura un agujero que pase de un lado a otro, y por el un cordel con un nudo al cabo del, el cual aflojado, se abre el leño y abierto asen en medio la víbora y después tirando del cordel queda presa».*

Al parecer, el método de los olores no daba demasiados buenos resultados ni a los boticarios, ni a los viboreros y preferían uno similar al empleado en la actualidad para manejar reptiles.

## **LAS VÍBORAS: ¿ALIMENTO O MEDICAMENTO?**

La distinción entre uno y otro, hoy relativamente clara, fue compleja a lo largo de la Historia.

Hipócrates y los hipocráticos consideraban alimento aquello capaz de no causar alteración alguna en la *Physis* o naturaleza individual, mientras el medicamento sí produciría cambios. De ahí, precisamente, la división luego asumida por Galeno. Desde sus conocimientos fisiológicos, los animales parecen más similares a los humanos, por tanto mejores alimentos al identificarse en su naturaleza.

Con las víboras está muy claro. Si se las condimenta de una determinada manera, se convierten en alimento. Si de otra, en medicamento.

Durante el Barroco se puso de moda el empleo de la carne viperina en la alimentación cotidiana, a causa de su fama de antiveneno milagroso, y la suposición de su utilidad en la prolongación de la vida.

Redi nos cuenta como un hombre, con fiebres continuas, desayunaba con polvos de víbora; comía una menestra de pan ensopado en caldo viperino, salpimentado con polvos de víbora y regalada con el corazón y la carne de la serpiente empleada en el caldo; bebía vino en donde se había ahogado una víbora; merendaba una especie de horchata conseguida a partir de la carne de la sierpe y cenaba lo

mismo que al medio día. Otro hombre, septuagenario, se comió en un mes más de noventa víboras.

No eran sólo los enfermos o los crédulos quienes utilizaban ese alimento. La refinadísima, Madame de Sevigné<sup>63</sup>, en sus cartas, da fe de la ingestión de caldo de víbora por parte de Madame de Lafayette para darle fuerza (20 de octubre de 1679). Varios años después, el 18 de julio de 1865, asegura: «*debo mi salud a las víboras... purifican la sangre y la vivifican*». Aconseja hacérselas traer en cajas y comerse dos todas las mañanas, decapitadas, despellejadas y cocinadas como un buen pollo, pues sus efectos son milagrosos.

En fin, parecería una delicatessen de la cocina francesa; Charas asegura:

*«quita toda impureza del cuerpo y de la piel y facilita la belleza; por esto muchas damas de Italia la toman como su alimento ordinario»*<sup>64</sup>.

Los italianos disponían de un libro excelente para ese menester: el *Trattati de Gl'Effetti meravigliosi delle carni di vipere*. Allí, si alguien no deseaba alimentarse con las serpientes, aconsejaba nutrir a gallinas y capones con su carne y luego comérselos, aunque proporcionaba instrucciones para la preparación de jugosos platos serpentíferos.

Al menos una reina de España, Bárbara de Braganza (1711-1758)<sup>66</sup>, casi un siglo después que la Sevigné, seguramente trató de mejorar su comprometida salud mediante la ingestión de este raro alimento. En 1751 se compraron varios de estos animalitos para su real consumo<sup>67</sup>.

Nada más cazarlas se evisceraban, desollaban y descabezaban. Luego eran sometidas a salazón y a un ahumado con sustancias aromáticas; a continuación se cocinaban al gusto del usuario.

Si se deseaba el empleo medicinal, como componente de la Triaca, habían de confeccionarse los pastillos o trociscos de víbora. Para ello los primeros pasos eran exactamente iguales a los dados en las cocinas. Después de lavada, se ponía en una vasija de barro vidriado con la cantidad de agua suficiente —no cualquiera, sino de lluvia—, sal amoniaca (cloruro amónico) o, si se carecía de ella, sal marina blanca (cloruro sódico) y eneldo (*Anethum graveolens* L.); se había de cocer con «*mansa lumbré*» hasta que «*la carne se despide*

*de las espinas*». A continuación la parte carnosa, sin ninguna de las «espinas» (consideradas extremadamente venenosas), se mezclaba con una cantidad similar de pan de harina de primera calidad, sin salvado, molido y cernido sutilmente, con sal y levadura, cocido en clibano (un horno transportable de barro). Una vez secos, los trociscos se untaban con Opopóbalsamo (Bálsamo de la Meca; óleo-resina producida por el *Amyris gileadensis* L. y el *Amyris opobalsamun* L, procedente de Arabia).

En definitiva: dos maneras diferentes de cocinar.

Estas discusiones nos parecen hoy absolutamente estúpidas. Durante el Renacimiento y el Barroco no. En el Reino de Aragón, hasta cuatro médicos, Juan de Alós, Pedro Jerónimo Gil, Miguel Vilar y Luis Almandos<sup>68</sup>, se enzarzaron en una disputa sobre la manera de preparar los trociscos de víbora. Para intentar determinarla publicaron cinco libros. Es normal: la acción alexifármaca de la Triaca se fundamentaba en la supuesta actividad como antídoto de la serpiente; ni siquiera los mejores científicos del momento habían sido capaces de localizar el origen de su veneno, ni la manera de actuación, aunque sí la forma de inocularlo. Pese a todas las limitaciones, la Triaca disponía de un prestigio secular, convertido incluso en alegórico. La fuente de autoridad seguía siendo el testimonio de los clásicos y la pureza del ritual. En el fondo, pese a todos los supuestos avances en el conocimiento de la naturaleza, seguía con su esencia de medicamento mágico.

## HACIA UNA TEOLOGÍA VIPERINA

No paran ahí los problemas. ¿Era la víbora carne o pescado? Puede parecer una bobada, pero en un mundo sometido a frecuentes periodos de abstinencia, impuestos por la Iglesia, la cuestión no es baladí.

En 1721, los Reverendos Padres Cartujos preguntaron al médico Martín Martínez<sup>69</sup>, sobre el asunto. El doctor, diligente, escribió un texto que dio a la imprenta dedicado a Juan Higgins, Protomédico de Felipe V, en donde, luego de prolijas disquisiciones, se muestra acorde con san Ambrosio, el Reverendísimo teólogo Tamburino y otras autoridades, para autorizarles su uso; aunque no aclara si es carne o pescado y lo deja en un terreno incierto<sup>70</sup>.

## LOS ASPECTOS ECONÓMICOS

El de la caza de víboras, como todos los asuntos trascendentales, tiene sus aristas monetarias. Los poco simpáticos animalitos se consideraban la base fundamental del medicamento, y su comercio tuvo gran importancia para algunas repúblicas, como la veneciana y determinadas instituciones a las que más adelante me referiré.

En las pinturas rupestres de «*la Covatina del Tossalet del Mas de Rambla*» en Vilafranca (Castellón) se observa la caza de ofidios pequeños, supuestamente víboras<sup>71</sup>.

El sacerdote e historiador valenciano, Gaspar Juan Escolano (1560-1619), escribe:

*A Vilafranca acuden los boticarios de Valencia por bivoras, para hacer la Triaca Magna; que recogéndolas las meten en cestillas en tiempo frío, les valen mucho dinero»*<sup>72</sup>.

En el siglo XVIII, el abate Cavanilles ratifica la existencia de numerosas víboras en la zona:

*«de un veneno tan activo, que matan al que tuvo la desgracia de ser mordido, si no usa del remedio conocido en el reyno, que se compone de los polvos de cuatro plantas, llamadas vulgarmente bufalaza vera, panical, sardineta y poliol. Sus nombres castellanos son aliso espinoso, que es el alysumm spinosum de Linneo, cardo corredor, que es el eryngium campestre, viborera común, que es el echium vulgare y melisa fructicosa, con cuyo nombre se halla en las obras de dicho autor»*<sup>73</sup>.

El abate no se refiere a su uso como simple medicinal prioritario en la triaca, pero no se resiste a proporcionarnos un antídoto a la picadura.

No sólo se cazaban allí; en las cuentas del vecino poblado de Castellfort, entre los años 1661-1721, se fija el precio de cada ejemplar capturado. El mercadeo llegó a tal punto, que a los vecinos de esa localidad se les llamaba «*escurçons*». A los de la vecina Vilafranca, «*taleques*» al ser introducidas las víboras en taleguillas<sup>74</sup>.

Posiblemente estamos ante la adaptación de una práctica inmemorial, efectuada durante el Neolítico con otras finalidades culinarias o mágicas, a la moda terapéutica del Renacimiento y el Barroco, debido a la gran demanda de esa peligrosa materia prima.

En la Valencia del siglo XV, seguramente por influencia islámica, se encuentra documentada, por primera vez que sepamos en la España cristiana, la preparación de la Triaca en el *Libre dels Furs, Privilegis y Capitols del Col·legi dels Apothecaris de la ciutat y Regne de Valencia*. Precisamente el uso de las víboras vilafranquinas hizo muy famosas a las triacas valencianas.

En su farmacopea de 1601 inician la preparación de la triaca con los trociscos viperinos. Para ello, los examinadores del Colegio acudían a Villafranca de Morella, en donde expertas mujeres, vecinas de esa población, hacían gran acopio de serpientes. En dos o tres días capturaban más de mil. Luego, los representantes colegiales escogían a las hembras no preñadas y elaboraban los trociscos. Los guardaban en una caja sellada con el anagrama colegial<sup>75</sup>.

El comercio se mantuvo hasta bien entrado el siglo XVIII. En esa fecha entró en crisis debido a la competencia del Colegio de Zaragoza y del de Boticarios de Madrid.

La Triaca la preparaban, desde muy antiguo, el Colegio de Boticarios de Valencia, de Zaragoza, el de Barcelona y en el siglo XVIII se le otorgó privilegio al Colegio de Boticarios de Madrid.

Los de Valencia ya hemos visto de dónde sacaban sus víboras.

En Barcelona el año 1493, los protomédicos del Rey Fernando de Aragón impusieron que debía prepararse con trociscos de víbora importada de Egipto, los famosos trociscos de Tiro, bajo multas de 1.000 florines. Esa exótica materia prima era la utilizada por la república veneciana en su famoso polifármaco.

De nuevo todo lejano, complicado y oriental para darle ese matiz misterioso tan deseado al fármaco.

En 1548 los cónsules del Colegio de Boticarios barcelonés abordaron el espinoso asunto, con el deseo de hacer lo mejor para la profesión y no ser multados. A tal efecto solicitaron hacerla con víboras hispanas. Les gustaban, sobre todo, las víboras de Santa Coloma de Queralt y, muy probablemente con ellas las harían antes y las siguieron haciendo después<sup>76</sup>.

En la zona central castellana, ya vimos como Lorenzo Pérez recomendaba las cazadas en Cercedilla (Madrid)<sup>77</sup>. Para la Real Botica se traían de la provincia de Ávila (Las Navas del Marqués, Barnuy-Salineró, Muñana, Muñotello) y de Segovia<sup>78</sup>.

## LOS OLORES Y LAS VÍBORAS

Llama mucho la atención la consideración de ahuyentadoras de las serpientes de las plantas o los objetos de fuerte olor, presente luego entre las hierbas constituyentes de la triaca magna por la atribución de su virtud alexifármaca.

La consideración de esta circunstancia no puede deberse a una práctica empírica incorrecta, por lo continuado en la misma y el amplio arsenal de sustancias naturales empleadas.

Tiene que ver, de nuevo, con el pensamiento alegórico sobre una mágica circunstancia.

El contagio en la antigüedad —lo veremos en otro libro al analizar la peste negra— se consideraba debido a la putrefacción del aire. Esta circunstancia podía derivar de la posición de un planeta maléfico, de los terremotos, de otras circunstancias terrestres y, sobre todo, de la voluntad punitiva de Dios. Luego vino la concepción de las seminarias de Fracastoro y en la Edad Contemporánea la visión actual tras el descubrimiento de las bacterias y los virus a partir del siglo XIX.

Una de las causas de la putrefacción del aire podían ser las sierpes. Entre ellas, ya hemos visto, las dos primeras eran animales mitológicos: el dragón y el basilisco. Este último podía matar con la sola fuerza de la mirada, circunstancia también presente en el mal de ojo, del que se ocupaban los médicos y que se estudiará en otra ocasión.

Cuando Alonso López de Corella trata del basilisco<sup>79</sup> señala:

*«no tan solamente los vapores que salen de los ojos de los basiliscos son venenosos; mas también de otras muchas serpientes. Así dice Aristóteles, en el libro De las propiedades de elementos y de las plantas, que en el tiempo del rey Philipo, todos los caminantes que pasaban por un camino que estaba dentro de dos montes, luego perecían. Lo cual viniendo a noticia de Sócrates... vio que el daño que venía a los caminantes, era por causa de las serpientes...»*

Una de las maneras de luchar contra esta forma de contagio en la peste y demás enfermedades infecciosas era mediante la quema de leños, plantas o resinas de olor. Al evitarse la putrefacción aérea, creían limitar el contagio. Si las serpientes con su mirada podían llegar a matar —conocían muy mal los mecanismos de envenena-

miento y no sabían en dónde estaban las glándulas venenosas— tanto como con la mordedura —si estaban coléricas— el fuerte olor podía acabar con el emponzoñamiento del aire y, por tanto con el contagio, y había de serles molesto y hacerlas huir por mágica analogía.

## EL LAZO DE VÍBORA

No conviene dejar de lado los aspectos meramente mágicos, aunque no sea este uno de los componentes del medicamento.

El así llamado, se trataba de un amuleto destinado a la curación del garrotillo en los niños y de otros males producidos por sofocamiento. Para prepararlo debían cazarse las víboras un viernes de marzo; de ahí la dificultad, por la escasez en esa época. Una vez capturada, se colgaba del cuello con un lazo y se dejaba suspendida en el aire. Mientras vivía se la apretaba de la cola para enrabiatarla, hacerle mover la cabeza y morder en el lazo. Una vez muerta, el lazo y la cabeza de la sierpe desecada se utilizan como cura; el lazo colocado alrededor del cuello de los niños enfermos.

En fin, como diría el Infante Don Juan Manuel:

*«El cuerdo de la víbora hace triaca, y el de mal seso, de gallinas hace veneno»<sup>80</sup>.*

## EL CASTOREO

Era este otro de los simples animales integrantes de la Triaca.

Según el *Diccionario de Farmacia*, los órganos genitales del *Castor fiber* L. están unidos a una bolsa que llega hasta el nacimiento de la cola; a cada lado del conducto hay dos pares de glándulas de los que el inferior, situado en las proximidades del ano, contiene una sustancia oleosa amarilla, de olor desagradable. Probablemente por ello se le atribuyó un poderoso valor alexifármaco. También se utilizó como antiespasmódico. En España era una sustancia exótica. Durante mucho tiempo se supuso extraída de los testículos del animal, en torno a lo cual existía una preciosa leyenda narrada por Cervantes en *El Quijote*. En el capítulo dedicado a contarnos la aventura del yelmo de Mambrino. Escribe:

*«Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido».*

Nuestro Lorenzo Pérez<sup>81</sup> duda de esta versión. A su parecer no se saca de los testículos, sino de «*ciertos tumores*» cuya descripción coincide con la de las glándulas. Sin embargo, ante su falta, recomienda seguir las indicaciones de Galeno y utilizar cuajo de foca o los testículos de nutria, según la opinión de Hermolao Bárbaro.

Andrés Laguna<sup>82</sup> contradice directamente la versión cervantina:

*«Los que dicen que aqueste animal redime su vida con los compañeros, por los cuales es acosado: y que a bocados yendo huyéndose los arranca, y deja a los cazadores, falsamente se lo levantan: visto que no puede alcanzar a ellos, por estar encogidos y retirados: y aunque alcanzase, no lleva el cuitadillo ese espacio, y antes dejaría los ojos, que la tal prenda».*

De la misma opinión es Francisco Vélez de Arciniega, quien nos proporciona la fuente de la leyenda: en el emblema 152 de Alciato se lee<sup>83</sup>:

*No ignorando el castoreo le persiguen,  
Por sus testículos medicinales.  
No pudiendo escapar quando le siguen,  
A causa del gran vientre, y pies señales:  
Arráncalos sabiendo que le sirven  
Dándolos de librarle destos males.  
Aprende deste ejemplo a sin medida  
Dar la hacienda por salvar la vida.*

## LA MIEL

Es un producto suficientemente conocido en la actualidad.

Se produce en el estómago de las abejas a partir del néctar floral.

Si lo afirmásemos así, durante el Renacimiento, Andrés Laguna nos lo rebatiría; Lorenzo Pérez, añadiría a su refutación cierta violencia iracunda:

*«es más de idiotas que de letrados entender que las abejas hacen miel de las flores».*

¿Cuál era la opinión de los sabios? El mismo autor nos ilustra:

*«según escribe Plinio en el libro XI, cap. XII, viene del aire, mayormente en el nacimiento de las estrellas y engendrarse principalmente en los días caniculares, no del todo antes del nacimiento de las Cabrillas, cuando amanece. Así que cuando aclara, se hallan las hojas de los árboles rociadas con miel y si alguno han estado al sereno, a las madrugadas sienten las vestiduras untadas de este licor y los cabellos pegajosos. Ahora sea esto sudor del cielo, o cierta saliva de las estrellas, o zumo del mismo aire que se limpia... más con caer de tanta altura y mientras baja ensuciase mucho, infectado por los vapores de la tierra que encuentra y además de esto siendo chupado de las hojas, de otras plantas y metido en los vientrecillos de las abejas (vomítanle por la boca) corrompido también por el zumo de las flores y detenido en las colmenas».*

Para él la miel es del mismo linaje y materia a la del rocío.

Es fácil entender el gran valor terapéutico atribuido a la sustancia desde la prehistoria: se comía uno el polvo de las estrellas, por tanto lo más cercano a una sustancia pura, constituida por el quinto elemento, el incorruptible éter. Había recogido algunas impurezas en su contacto con la tierra y con el estómago de las abejas, pero algo debería conservar de su incorruptibilidad y, por tanto, no podía sino transmitirla a los humanos. De ahí su empleo en la terapéutica desde tiempos remotísimos.

En la actualidad se pone de manifiesto la ausencia de azúcar hasta su introducción por los árabes y el empleo de la miel como edulcorante en todas las fórmulas farmacéuticas. Se trataba de mucho más, de una sustancia ofrecida por los cielos para hacernos partícipes de su eterna perfección en las cercanías del *primum mobile* aristotélico.

Una sustancia así no podía faltar en la Triaca; es más su presencia resultaba absolutamente fundamental. Un técnico farmacéutico actual hablaría de su utilización, junto al vino, como vehículo y excipiente del resto de los simples medicinales: se equivocaría. Era eso y mucho más. El carácter sagrado y mágico de la Triaca se ponía de manifiesto en este simple. Por eso Lorenzo Pérez se enfada tanto con quienes lo quieren asimilar a cualquier otro producto terreno: no, la miel valía mucho más. A través de ella se vislumbraba un resquicio de la magnanimidad y poderío del Creador; en poco tiempo se desvanecería esa poética ilusión<sup>84</sup>.

Hasta el siglo XVI, al menos, se consideraba un magnífico anti-veneno, tomada caliente con aceite rosado. También se empleaba en las intoxicaciones por hongos y en las mordeduras de perros rabiosos. Todas estas atribuciones reforzaban su presencia en la Triaca.

## LOS SIMPLES MINERALES

Además de la sal y del agua de lluvia, la Triaca llevaba el *Chalcitos tostae*, mejor conocido por Caparrosa vulgar o Calcanto (sulfato ferroso); su principal función consistía en dar color negro al preparado. Para ello debían someterlo a complejas operaciones consideradas de gran importancia.

Llevaba también asfalto o betún de Judea, un elemento exótico empleado desde antiguo para embalsamar cadáveres, acaso por una conexión mental, tan frecuente en ese mundo de analogías inconscientes, entre la capacidad de hacer perdurar a los cuerpos muertos y de preservar la salud en los vivos.

No podía faltar otro de los asombrosos medicamentos mágicos de la antigüedad: la tierra sellada.

## LA TIERRA SIGILLATA, TIERRA SELLADA O TIERRA LEMNIA

La auténtica se trata de una tierra aluminosa, blanca o rosácea, procedente de la isla de Lemnos (Limnos, Grecia) a la que se atribuían propiedades alexifármacas, absorbentes y astringentes. Por los análisis actuales sabemos su composición en sílice, alúmina, carbonato de magnesio, carbonato de cal y óxido de hierro. Según el contenido en éste último elemento podía tener un color rojizo o blanquecino.

El bolo arménico era una arcilla ferruginosa de origen Persa, empleada en ocasiones en lugar de la tierra sellada.

Su eficacia dependía de su exotismo y del ritual de recolección. Sin ningún tipo de cortapisa, nos encontramos ante un medicamento mágico en estado puro. En la actualidad sólo se le atribuyen propiedades antiácidas<sup>85</sup>.

Evidentemente se suplantaba por cualquier tipo de arcilla, con gran escándalo de los buenos médicos y boticarios que veían en esa falsificación la falta de poder terapéutico del preparado.

Lorenzo Pérez narra, con absoluta propiedad, el proceso:

*«suele venir de Lemnos, isla de muchas lagunas a do se engendra en cierta cueva cavernosa, los vecinos la cogen y luego la labran y mezclan con sangre cabruna, la forman en ciertas pastillas y la marcan con un sello que tiene una cabra esculpida. Llamándola sello de cabra. Galeno y Dioscórides dicen que se mezclaba sangre cabruna y que una sacerdotisa romana sellaba la llamada Lemnia o Sphragida. Dice Galeno, en Lemnos, cerca de una ciudad llamada Ephesiada, se ve un monte bermejo y estéril que parece quemado, del cual una sacerdotisa de la Diosa Diana, después de haber propiciado con cebada y trigo que por él derramaba, cogía gran cantidad de tierra y la remojaba con agua y convertida ella en lodo, después de haberla meneado valientemente la dejaba sosegar un poco... quitaba el sobrante, dejaba secar el lodo hasta que tenía consistencia de cera blanca formaba pastillas y las marcaba con el sello de Diana, de ahí el nombre de tierra sellada.*

*Dos nos traen de Lemnos por vía de Constantinopla, una formada en pastillas y sellada, otra en pedazos, bruta y no labrada.*

*De aquí en adelante los que quisieren ejercitar legítimamente su oficio, usarán por tierra Lemnia el llamado impropriamente Bolo Armenico Oriental y echarán del perverso uso que tienen, la rúbrica sinóptica, y otros diversos barros, que ponen por verdadera tierra Lemnia, más aptos cierto para hacer de ellos cántaros, que dignos de ser recibidos en tan celebérrima composición».*

En definitiva se trata de una arcilla, dispuesta generalmente, en forma de obleas y con un sello sobre ella: un auténtico medicamento mágico. No actuaba por su naturaleza (la composición química, diríamos hoy) sino por el lugar en donde se encontraba, la manera de recogerlo, la forma de presentarlo y las personas encargadas de ello. El lugar poderoso en fuerzas salutíferas, el ritual, las gentes bendecidas por las fuerzas ocultas o los dioses... Las principales características de las actividades mágicas, persistentes a todas las teocracias.

Para los boticarios resultaba un auténtico rompecabezas. No disponían de método alguno mediante el cual determinar el origen de la tierra: habían de fiarse de los mercaderes. Para estos últimos debía ser un negocio floreciente y fácil de falsificar. Los venecianos garantizaban la pureza del simple y hacían negocio hasta del barro.

En el siglo XVII, tres catedráticos de la universidad de Valencia se ocupan del simple, empleado como medicamento contra la peste<sup>86</sup>. Escriben:

«sólo ay aquí que advertir, que aquí ni en Castilla no tenemos el bolo armeno verdadero que se traía de tierra de Lemnia, sino uno que se saca de una cueva que está en una montaña, al pie de la cual nace el principio, y la fuente de los baños de Fortuna, y un hombre del lugar de Fortuna le saca de dicha cueva y le lleva al lugar de Avanilla, puerto de Castilla, y Valencia, que está cerca de allí, adonde le van a buscar de Murcia para Castilla, y de aquí para Valencia».

Conforme con esta noticia, algunos de los boticarios españoles buscaban ese simple mineral en los restos de un balneario termal romano sito junto al pueblo murciano de Fortuna. Cerca de los antiguos baños romanos está la llamada «Cueva Negra,» plagada de letreros pintados de la época altoimperial en donde se documenta el culto a las ninfas y a divinidades como Baco, Cibeles y Esculapio. En las proximidades de esa cueva, santa para los romanos, se extraía la tierra sigillata, el bolo español, no arménico, en el que se conjugaban algunos de los efluvios mágicos puestos anteriormente de manifiesto, ahora hispanizados<sup>87</sup>.

## LOS SIMPLES VEGETALES

Empecemos por aquellos considerados directamente alexifármacos:

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
Almáciga	Pastiches	<i>Resina pastiche</i> off. Resina producida por la <i>Pistacia lentiscos</i> L.	— Antídoto contra veneno, porque preserva de la corrupción. — Contra la tos antigua. — Sirve a los que arrancan sangre del pecho.	— Estomacal. — Catarros crónicos. — Masticatorio para perfumar el aliento y endurecer las encías.
Ammi officinal	Ammi	<i>Ammi visnaga</i> Lamark; en la Triaca el procedente de la <i>Ptychotis verticillata</i> D.C., <i>coptica</i> o <i>foeniculata</i>	— Contra mordeduras de serpientes. — Contra retención de orina y menstuo. — Se da con las cantáridas para que modifique las dificultades	— Carminativo.

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
			de orina producidas por esos medicamentos corrosivos.	
Amomo	Amomi	<i>Ammomum cardamomum</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Constriñe.</li> <li>— Contra la gota.</li> <li>— Provoca el sueño.</li> <li>— Quita dolor colocado sobre la frente.</li> <li>— Se mezcla en medicinas contra ponzoña.</li> <li>— Socorre a los mordidos del alacrán.</li> </ul>	— Para curar contusiones.
Anís	Anís	<i>Pimpinella anisum</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Acrecienta la leche.</li> <li>— Aumenta la lujuria.</li> <li>— Consume la hidropesía.</li> <li>— Contra las ventosidades.</li> <li>— Deshace la piedra.</li> <li>— Mitiga el dolor de Cabeza.</li> <li>— Provoca la orina.</li> <li>— Quita el mal olor.</li> <li>— Restriñe el vientre.</li> <li>— Útil contra animales que arrojan veneno.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Aumenta secreción láctea.</li> <li>— Carminativo.</li> <li>— Estomacal.</li> <li>— Expectorante.</li> <li>— Regula funciones menstruales.</li> <li>— Tónico.</li> </ul>
Bálsamo de la Meca	Opobálsamo	Óleo-resina procedente del <i>Amyris gileadensis</i> L. y <i>Amyris opobalsamum</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Alexifármaco: se da con leche a quienes fueron mordidos por serpiente.</li> <li>— Contra el asma.</li> <li>— Contra el dolor de costado.</li> <li>— Contra la ciática.</li> <li>— Contra la dificultad de orinar.</li> <li>— Contra la gota coral.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Béquico.</li> <li>— Estomacal.</li> </ul>

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
			<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra la tos.</li> <li>— Contra los retortijones de tripas.</li> <li>— Contra los vahídos.</li> <li>— Facilita el parto.</li> <li>— Mitiga el cansancio.</li> <li>— Mundifica llagas sucias.</li> <li>— Provoca el menstruo.</li> <li>— Quita temblores.</li> </ul>	
Bálsamo de la Nueva España	Sustituto del Opobálsamo	<i>Myrospermum toluiferum</i> Ach. Rich.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Antitísico.</li> <li>— Estomático.</li> </ul>	
Bistorta o pentafilo	Pentaphylli	<i>Polygonum bistorta</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Astringente.</li> <li>— Corrige llagas.</li> <li>— Preservativo contra pestilencia.</li> <li>— Preservativo contra todo veneno mortífero.</li> <li>— Retiene y confirma el parto.</li> <li>— Suelda heridas frescas.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Antes antiabortivo.</li> <li>— Lavados de boca.</li> <li>— Lavados vaginales.</li> </ul>
Calaminta	Calaminthae	<i>Satureja calamintha</i> Scheele	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Alexifármaca.</li> <li>— Con su olor espanta a las serpientes.</li> <li>— Emenagoga.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Estomacal.</li> <li>— Tónica.</li> </ul>
Cálamo	Calami odorati	<i>Andropogon calamos-aromaticus</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contraveneno.</li> <li>— Estimulante de la orina.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Anticatarral.</li> <li>— Estomática.</li> <li>— Tónica.</li> </ul>
Canela	Cinamomi (la llama también Cassia a la de mala calidad). Se emplean de las dos	<i>Cinnamomum ceylanicum</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra mal de riñones.</li> <li>— Contra mordeduras de serpientes.</li> <li>— Provoca la orina.</li> </ul>	
Cardamomo	Cardamomi	<i>Amomum granum paradisi</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra ciática.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Aromático.</li> </ul>

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
			<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra gota coral.</li> <li>— Contra las anchas lombrices.</li> <li>— Contra las perlesías.</li> <li>— Contra la tos.</li> <li>— Dado por debajo, en perfume, mata a la criatura en el vientre.</li> <li>— Deshace la piedra.</li> <li>— Para los heridos del escorpión y de otras fieras que arrojan de sí ponzoña.</li> </ul>	
Carpobálsamo	Carpobalsami	<i>Balsamodendrom opobalsanum</i> Kunt	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contraveneno.</li> <li>— Para mitigar el cansancio.</li> </ul>	— Aromático.
Costo	Costus	<i>Costus speciosus</i> Fée; <i>Aucklandia costus</i> Falconer; <i>Costus arabigus</i> L.; <i>Costus indicus</i> Fée	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Antipestilencial.</li> <li>— Contraveneno.</li> <li>— Cura úlceras interiores.</li> <li>— Debilidad del vientre.</li> <li>— Para evitar males de corazón.</li> <li>— Tos por causa fría.</li> </ul>	
Dauco	Seminis dauci	<i>Daucus carota</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra dolor de costado.</li> <li>— Contra hidropesía.</li> <li>— Contra mordeduras de fieras ponzoñosas.</li> <li>— Contra retención de orina.</li> <li>— Despierta virtud genital.</li> <li>— Para no ser mordido por serpientes.</li> <li>— Provoca el menstruo.</li> <li>— Raíz comestible (zanahoria).</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra anemias y avitaminosis.</li> <li>— Diurética.</li> <li>— Para combatir el escorbuto.</li> </ul>

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
Escila o cebolla albarrana	Silla	<i>Urginea maritima</i> Baker	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Ablanda el vientre.</li> <li>— «Colgada la cebolla albarrana sobre el umbral de la puerta, preserva de hechicerías la casa» (Dioscórides, libro II, cap. CLXII)</li> <li>— Cura las grietas de los pies.</li> <li>— Cura la ictericia.</li> <li>— Mejora la hidropesía.</li> <li>— Mejora la tos antigua.</li> <li>— Provoca la orina.</li> <li>— Útil para las mordeduras de las víboras.</li> </ul>	
Escordio o Alaria por su sabor a ajo	Scordii	<i>Teucrium scordium</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra venenos mortíferos y mordeduras de serpientes.</li> <li>— Contra: <ul style="list-style-type: none"> <li>* Disentería.</li> <li>* Dolor de la gota.</li> <li>* Retención de orina.</li> </ul> </li> <li>— Cura llagas viejas.</li> <li>— Preserva la corrupción de los cuerpos. Por eso se consideró bueno contra la pestilencia.</li> <li>— Provoca el menstuo.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Antiséptica.</li> <li>— Estomacal.</li> </ul>
Dictamno, Fraxinella o Fresillo Dictami	Dictami	<i>Dictamos albus</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Aprovecha al estómago.</li> <li>— Aprovecha a los asmáticos.</li> <li>— Ataja los venenos mortales, las mordeduras de animales</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Abortivo.</li> <li>— Regula funciones menstruales.</li> <li>— Tónico estomacal.</li> </ul>

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
			venenosos y la pestilencia.	
Galbano	Chalbani	<i>Gummi resina galbanum off.</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Aplicado por abajo, provoca el parto y regula el menstruo.</li> <li>— Bebido con vino y mirra, resiste al tóxico.</li> <li>— Contra el asma y la tos antigua.</li> <li>— Extermina a las serpientes con su sahumerio y no muerden a quienes se impregnan de él.</li> <li>— Mitiga el dolor de dientes.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Espasmódico.</li> <li>— Emenagogo.</li> </ul>
Genciana	Gentianae	<i>Genciana lutea</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Bebida la raíz con pimienta, ruda y vino, vale contra la mordedura de serpientes.</li> <li>— Contra dolor de costado.</li> <li>— Cura enfermedades del estómago.</li> <li>— Cura enfermedades del hígado.</li> <li>— Favorece el parto.</li> <li>— Para curar caídas desde lo alto.</li> <li>— Remedia la inflamación de ojos.</li> <li>— Roturas y espasmos de los nervios.</li> <li>— Suelda heridas frescas y llagas.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Estomacal.</li> <li>— Tónico.</li> </ul>
Hinojo	Fiebuculi	<i>Foeniculum vulgare</i> Millar	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Acrecienta la leche.</li> <li>— Contra las mordeduras de serpientes.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Aperitiva.</li> <li>— Carminativa.</li> <li>— Diurética.</li> </ul>

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
			<ul style="list-style-type: none"> <li>— Para curar enfermedades de los ojos.</li> <li>— Sana las mordeduras de los perros.</li> <li>— Útil a los dolores de riñones.</li> </ul>	
Jengibre	Zinziberis	<i>Zinziber radix</i> off. <i>Amomun zinziber</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Ablanda ligeramente el vientre.</li> <li>— Contra animales que echan de sí ponzoña.</li> <li>— Contra veneno.</li> <li>— Resuelve los impedimentos que ofuscan la vista.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Aromático.</li> <li>— Estimulante.</li> <li>— Tónico.</li> </ul>
Marrubio	Marrubii vir entes	<i>Marrubium vulgare</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra veneno y mordedura de animales ponzoñosos.</li> <li>— Cura: <ul style="list-style-type: none"> <li>* Afecciones respiratorias.</li> <li>* Úlceras del pulmón.</li> <li>* La fiebre.</li> </ul> </li> <li>— Esclarece la vista.</li> <li>— Provoca el Menstruo.</li> <li>— Purga la ictericia.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Activo sobre arritmias extrasistólicas.</li> <li>— Propiedades expectorantes y fluidificantes de las secreciones bronquiales.</li> </ul>
Nabo hortense	Seminis buniadis dulces	<i>Brassica napus</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Embota la fuerza de los venenos mortíferos.</li> </ul>	
Nardo céltico. Espica céltica	Nardo gallicae o Açumbar	<i>Valeriana céltica</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Bebido con vino sirve a las mordeduras de animales ponzoñosos.</li> <li>— Sirve a la ictericia.</li> <li>— Sirve a la inflamación del hígado.</li> </ul>	

<b>Nombre común</b>	<b>Nombre antiguo</b>	<b>Aproximación al nombre científico</b>	<b>Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII</b>	<b>Virtudes atribuidas en el siglo XX</b>
Nardo índico o Espicardo	Malobathri	<i>Nardostaehis jatamani</i> DC	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Enfermedades del hígado.</li> <li>— Contra el mal de riñones y la ictericia.</li> <li>— Medicinas contra ponzoña.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Afrodisíaco.</li> <li>— Aromático.</li> <li>— Epilepsia.</li> <li>— Histeria.</li> </ul>
Nardo silvestre	Asari	<i>Asarum europeum</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Las mismas que los otros nardos.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Emética.</li> <li>— Purgante.</li> </ul>
Opoponaco o Pánace	Opopanacis	<i>Opopanax chironium</i> Koch	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra la gota.</li> <li>— Contra la mordedura de las fieras que rabian y de los animales que sacan ponzoña.</li> <li>— Contra retortijones de vientre.</li> <li>— En las medicinas contra el cansancio.</li> <li>— Extirpa los carbuncos.</li> <li>— Mata a la criatura en el vientre.</li> <li>— Provoca el menstuo.</li> </ul>	
Perejil	Petroselini	<i>Petroselinum hortense</i> Hoffman	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra dolor de costado.</li> <li>— Contra retortijones del vientre.</li> <li>— Contra ventosidades.</li> <li>— Medicinas contra veneno y para los mordidos por serpiente.</li> <li>— Provoca el menstuo.</li> <li>— Provoca la orina.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Aperitivo.</li> <li>— Diurético.</li> <li>— Emenagogo.</li> <li>— Estimulante.</li> </ul>
Polio	Polii	<i>Teucrium polium</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra enfermedades del bazo.</li> <li>— Contra la hidropesía.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Estimulante.</li> <li>— Tónica.</li> </ul>

Nombre común	Nombre antiguo	Aproximación al nombre científico	Virtudes atribuidas hasta el siglo XVII	Virtudes atribuidas en el siglo XX
			<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra la ictericia.</li> <li>— Provoca el menstruo.</li> <li>— Relaja el vientre.</li> <li>— Útil contra las mordeduras de serpientes.</li> </ul>	
Ruibarbo	Sustituto del Rapóntico	Plantas del género <i>Rheum</i> ; <i>Rheum palmatum</i> , <i>Rheum undulatum</i> ; <i>Rheum compactum</i> ; <i>Rheum raponticum</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra calenturas pestilenciales.</li> <li>— Contra gusanos engendrados por el cuerpo.</li> <li>— Contra venenos y mordeduras de serpientes.</li> <li>— Purgante.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Purgante</li> <li>— Tónico si se torrefacta previamente.</li> </ul>
Sagapeno o Serapino de las boticas	Sagapeno	<i>Ferula persica</i> W. (resina obtenida de esa planta)	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Contra: <ul style="list-style-type: none"> <li>* Dolor de costado.</li> <li>* Gota coral.</li> <li>* Tos antigua.</li> </ul> </li> <li>— Fortifica la vista y resuelve las cataratas.</li> <li>— Mata a la criatura en el vientre</li> <li>— Para mordidos por serpiente.</li> <li>— Provoca el menstruo.</li> </ul>	
Terebinto	Terebinthinae	<i>Pistacia terebintus</i> L.	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Incita a la lujuria.</li> <li>— Limpia el pecho.</li> <li>— Mueve a la orina.</li> <li>— Útil a las picaduras de tarántula.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Astringente.</li> <li>— Para combatir la ascitis.</li> </ul>

Nos encontramos con treinta y tres simples vegetales —casi el 50% de los constituyentes de este tipo— cuya utilidad se liga, directamente, a su pretendida actividad antivenenosa, a la supuesta eficacia en la curación de las mordeduras de serpientes, aunque se reputan con otros muchos y variados beneficios terapéuticos.

La atribución alexifármaca arranca de los albores de los tiempos y se debe a consideraciones de tipo mágico<sup>88</sup>.

Tratemos de verificar algunas características comunes a todas ellas.

La inmensa mayoría son aromáticas, con unas fragancias dispares. Desde suave y agradable para la almáciga o la canela, hasta fuerte y penetrante, como el caso del ajo, el escordio, la aliaría, o fortísimo y desagradable, parecido al asa fétida, del sagapeno.

Del total de los simples de origen vegetal con supuestas propiedades alexifármacas, sólo cuatro carecen de olor: la bistorta, el ruibarbo, el nabo y la zanahoria; si bien las hojas de la última son muy fragantes y el ruibarbo era el purgante más activo, más eficaz en la expulsión de la supuesta materia pecante, causa del envenenamiento.

Hasta el siglo XIX la terapéutica sigue purgando humores, sea cual sea la hipótesis empleada por los médicos: la sangría, con lanceta o sanguijuelas y la purga, con fármacos o clísteres, se emplea con profusión. En el Renacimiento el más afamado era el ruibarbo.

Dice Cervantes en *El Quijote*:

«—No señor compadre —replicó el barbero—; que éste que aquí tengo es el afamado Don Belianis.

—Pues ése —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya».

La otra característica es el carácter exótico de la mayoría, primordialmente árabe y oriental, servido generalmente por los mercaderes venecianos. En España se podían encontrar el anís, la bistorta, la calaminta, la cebolla albarrana, el escordio, la genciana, el hinojo, el marrubio, el nabo, el nardo silvestre, el perejil, el polio, el terebinto y la zanahoria: menos de la mitad de los considerados directamente activos contra los venenos.

Entre los treinta y seis simples restantes, no considerados directamente alexifármacos, veinticinco disponían de un fuerte olor: la acacia (*Acacia vera* Hill); aristoloquia (*Aristolochia pistachia* L.); azafrán (*Crocus officinarum* o *sativa*); cantueso (*Lavandula stoechas* L.); láudano de jara (*Cistus ladaniferus* L.); eneldo (*Anethum graveolens* L.); estoraque (*Styrax officinale* L.); galanga (*Alpinia galanga* Wild);

goma arábiga (goma de *Acacia vera* Wild); hipericon (*Hipericum perforatum* L.); incienso (*Boswellia serrata* D.C. y *Boswellia glabra* Roxb); iva o incienso de tierra; junco oloroso (*Andropogon schoenanthus* Roxb); leño de bálsamo (*Balsamodendrum opobalsamum* D. C y *Balsamodendrum gileadense* Kunt); lirio cárdeno (*Iris germanica* L.); mejorana (*Origanum majorana* L.); maro (*Teucrium maro* L.); matricaria (*Chrysanthemum parthenium* Bernardi); meo (*Deum athamanticum* Jacquin); mirra (*Balsamodendrom*) pimienta larga (*Piper longum* L.); rapóntico (*Rheum raponticum* L.); rosa (diversas especies del género *Rosa*); tordillo (*Tordylium maximum* L.); valeriana menor (*Valeriana phu* L.) y el vino.

Curiosamente de éstos, sólo once son exóticos, los demás se pueden acopiar en nuestro suelo.

La característica del olor fuerte parece ir estrechamente unida a dos ideas: hacen huir a las serpientes, sirven como antídoto contra sus mordeduras y, por analogía, para combatir los efectos de los demás venenos.

Esa equivalencia mágica debió efectuarse desde antes de la obra de Nicandro en el Oriente cercano y se importó al acervo terapéutico en la forma descrita.

Sin embargo, entre los simples medicinales olorosos conocidos en la península o en Europa, esas atribuciones sanativas son menores.

Parece fácil creer lo defendido por las autoridades clásicas. Si falla, puede deberse a la adulteración de los mercaderes, a la falta de pericia en el ritual de recolección o a los defectos en la forma de prepararlo. Cuando se dispone de la droga medicinal a mano, es menos sencillo fabular; resulta más simple observar las falacias.

Entre las plantas no olorosas nos encontramos con algunos purgantes como el agárico blanco (*Boletus laricis* L.); la harina de algarroba (*Ervum ervilia* L.) o los aloes (*Aloexitum agallochum*); junto a ellos varios simples con sabor amargo: la centaurea mayor (*Centaureum umbellatum* Gilibert); los camedrios, yerbas de las calenturas o triaca de Inglaterra (*Teucrium chamaedris* L.); las cubebas (frutos mezclados del género *piper*) o dulces como el regaliz (*Glycyrrizhae officinalis*). A su lado el aspalato (*Dipsacus fullonum* L.) y, sobre todo, el opio.

En definitiva, simples vegetales de fuerte olor o de acerado sabor, junto a algún purgante y el opio, son los componentes fundamentales de la Triaca.

## EL OPIO

Tanto la amapola (*Papaver somniferum* L.) de donde se obtienen los productos extraídos de sus cápsulas o del resto de la planta, como sus efectos, son conocidos desde muy antiguo.

En la civilización romana fue muy utilizado. Se conservan diversas estolas funerarias adornadas con los frutos de las adormideras, en representación alegórica del sueño profundo producido por la muerte.

Durante el Renacimiento se sabía acerca de la peligrosidad del producto. Escribe Andrés Laguna:

*«so especie de medicina, suele muchas veces matar el opio, por la grande inadvertencia de los médicos. Porque como aqueste licor así bebido, como aplicado, con su facultad estupefativa corrompe totalmente el sentido de cualquier parte; y por este respecto haga que el dolor no se sienta... algunos médicos indiscretos, cuando se queja mucho el paciente, o cuando no puede bien dormir, darle a beber sin duelo medicinas opiatas, con las cuales se adormece en un pesado sueño, que no despierta jamás. Por donde conviene administrar el opio muy cautamente, y de arte, que pensando quitar el dolor, no quitemos la vida al enfermo»<sup>89</sup>.*

Lorenzo Pérez, en la página 158 de su libro, ofrece instrucciones precisas sobre la manera de obtenerlo.

Se agarran las cabecillas de la adormidera, se les hacen unos cortes y el licor expulsado (la lágrima, dice él) se pone en una escudilla, luego se machaca en un mortero y se guarda reducido a pastillas.

El meconio se obtiene del majado de las cabezas, luego de haber sacado su zumo, y de las hojas. Posteriormente se cuece hasta consistencia de miel.

El opio, hoy, se tiene por el único componente auténticamente activo de la triaca, si bien, a lo largo de los siglos, no se le daba particular relevancia en su preparación: era un simple más, nada que ver con los maravillosos efectos atribuidos a la carne de las víboras.

La historia del opio está íntimamente relacionada con la de los medicamentos, la economía, las drogas de abuso, el imperialismo, la doble moral y la perplejidad ética. Mientras seguía empleándose para la Triaca y los medicamentos opiados en Europa, como uno de los pocos fármacos capaces de producir sedación, analgesia y con virtudes contra las cámaras o diarrea, los efectos placenteros, cuyo abuso causaba grandes problemas personales y sociales, fueron conocidos y se pusieron de moda, principalmente en China.

Las importaciones del producto de la adormidera hacia el país asiático empezaron de mano de los holandeses. En 1729 el emperador Yong-Tcheng las prohibió, pues estaban empezando a desequilibrar su balanza comercial. No tuvo éxito. Se siguió introduciendo ilegalmente, primero mediante comerciantes portugueses y luego por los ingleses de la *East India Company*, monopolista exclusiva de las plantaciones hindúes, a partir de 1773.

En 1796 los gobernantes chinos promulgaron un segundo edicto. Se castigaba con pena de muerte a los contrabandistas y a los dueños de los fumaderos de opio. Ante la imposibilidad de detener el tráfico, el emperador chino trató de negociar con los ingleses una cierta paridad entre las importaciones de opio y las exportaciones de té. Uno de los principales traficantes fue James Mathelson, un médico de la Compañía; varios altos cargos de la administración inglesa se involucraron en tan lucrativo negocio.

En 1820 las autoridades chinas extienden la pena de muerte a los consumidores. El emperador envía una carta a la reina Victoria de Inglaterra dándole cuenta de los estragos morales y sociales causados por el consumo del opio. La misiva supone una sorpresa para la corte inglesa, pues allí no suponía problema alguno pese a su abundante consumo como medicamento.

Además de la Triaca y otros opiados, el gran clínico Thomas Sydenham (1624-1698) había puesto muy de moda su *láudano*, compuesto por vino de España, azafrán, polvo de canela, clavo de especia y opio. La gran simplicidad de la fórmula y su efectividad analgésica y estupefaciente, la hizo muy empleada hasta el siglo XX<sup>90</sup>. En Europa se consumían cantidades mayores de opio que en China y, aparentemente, no existía problema alguno de abuso.

El asunto se lleva a la Cámara de los Comunes. Se aprueba por mayoría absoluta una moción mediante la cual consideran *«inopor-  
tuno abandonar una fuente de ingresos tan importante como el mo-*

*nopolio de la East India en materia de opio*». El gobierno chino incrementa la represión e Inglaterra envía un cuerpo expedicionario en la considerada primera guerra del opio (1839-1842). Derrotado el ejército chino, suscriben el tratado de Nankin, mediante el cual abren cinco puertos al libre comercio, otorgan a los ingleses una indemnización de veintiún millones de dólares y ceden Honk-Kong. Por deseo expreso de los vencedores, el opio sigue prohibido. Creen que así se consiguen más beneficios.

La segunda guerra del opio (1856-1857) se produce debido a que la autoridad cantonesa se niega a pagar algunas deudas a los ingleses. Los franceses se unen, aprovechando el asesinato de un misionero de esa nacionalidad. En el tratado de Tientsin se impone la legalización del tráfico mediante el pago de un impuesto del cinco por ciento del total y la absoluta libertad de acción para las misiones cristianas. La emperatriz Tse-uhí, firmante del tratado, era opiómana. Bajo cuerda recomendó continuar la resistencia a la labor de los misioneros.

En Inglaterra la costumbre de fumar opio no causaba ninguna alarma moral ni social. Se la consideraba algo similar al uso de estimulantes alcohólicos, aunque se conocían los graves riesgos del exceso y el hábito producido por el mismo. Algunos intelectuales como Tomas de Quincey (1785-1859), Aldoux Leonard Huxley (1894-1963) en su libro *Las puertas de la percepción*, o el mismísimo Sigmund Freud (1856-1939)<sup>91</sup> experimentan con los alcaloides obtenidos del opio y de la coca y ponen por escrito sus experiencias y reflexiones.

La primera gran batalla contra el hábito de fumar opio la emprenden los Estados Unidos de América ante la llegada de gran número de obreros chinos, habituados a su consumo. En 1875 la alcaldía de San Francisco cierra todos los fumaderos de la ciudad y organizan la conferencia de Shangay para «ayudar a China en su batalla contra el opio». No acude el principal país productor, Turquía, y Persia manda a un mercader de opio como delegado. Inglaterra se opone a cualquier control. Los representantes europeos se niegan a entender los problemas individuales, sociales, económicos y morales causados por un simple medicinal tan utilizado desde antiguo.

En 1906 los Estados Unidos de América, mediante la *Chinese Exclusion Act*, excluyen la mano de obra china. El gobierno de aquel país responde con un embargo sobre los bienes estadounidenses<sup>92</sup>.

El problema había empezado a tomar relevancia en los países occidentales. El 23 de enero de 1912 se acordó, en La Haya, el primer convenio internacional en donde se establecían medidas sobre el contrabando y comercio de estupefacientes. El opio para fumar, en todas sus formas, quedaba expresamente prohibido. El 19 de febrero de 1925 se reunió una conferencia en Ginebra y se firmó el *Convenio del Opio*; el 13 de julio de 1931 se redactó un nuevo convenio para limitar la fabricación y reglamentar la distribución de estupefacientes. Luego se firmaron el Convenio internacional de Ginebra (1936) y los Protocolos internacionales de Nueva York (1946), París (1948) y, otra vez, Nueva York (1953).

Desde la aparición de la Organización Mundial de la Salud (1948), todos los acuerdos internacionales se encuentran bajo sus auspicios.

En 1961 se elaboró un convenio único sobre estupefacientes. El opio para fumar sigue prohibido; se publican unas listas de alcaloides autorizados en terapéutica, con grandes restricciones de dispensación, y otros sólo utilizables en la investigación médica.

Pese al control administrativo de carácter científico-médico, persuadidos los científicos de su poca eficacia terapéutica en contraste con los terribles problemas producidos, el tráfico ilegal y el consumo se ha convertido en una seña de identidad y en una de las mayores lacras sanitarias de nuestros días.

Paralelamente a su reglamentación administrativa, los investigadores continuaron con el intento de desentrañar los misterios del opio y sus posibles capacidades terapéuticas.

En 1804, el farmacéutico parisino Charles Derosne (1780-1846) aisló la morfina a partir del opio. En 1807, otro boticario alemán, Federico Guillermo A. Sertürner, la describe en el *Trommsdorf Journal*. Se habían empezado a descubrir los principios activos de las plantas, las moléculas químicas responsables de su actividad farmacológica. Se les dio el nombre genérico de alcaloides, empleado desde 1817 por el boticario francés Carlos F. Guillermo Meismmer (1792-1853).

Hasta ese momento, los simples vegetales se habían utilizado de manera empírica. Se atribuía su acción al color, al olor, a la manera de recolectarlos, a su virtud fría, caliente, húmeda o seca... a mil cosas y a ninguna. Por eso resultaban tan difíciles de dosificar. A

partir de entonces, se inicia una vía mediante la cual pueden determinarse los contenidos de principios terapéuticos activos en los vegetales, y utilizarlos con precisión científica. Se abre también la vía para su investigación farmacológica y, sobre todo, para la síntesis química de moléculas idénticas o similares, susceptibles de ser estudiadas y de producir efectos terapéuticos desconocidos en los productos obtenidos de la naturaleza; por otra parte, se posibilita la fabricación industrial de medicamentos, cada vez más seguros y eficaces, y con ellos la atención farmacológica a grupos de población progresivamente más amplios.

Los inicios no fueron excesivamente brillantes. Del opio se obtuvo, además de la morfina, la codeína, la tebaína, los alcaloides del grupo de la papaverina y los del de la noscapina.

En 1836 el francés Lafarge idea el primer trocar hueco para inyectar morfina; la primera aguja hipodérmica la pone en circulación el irlandés Francis Rynd (1801-1861)<sup>93</sup>. En 1851 el francés, Charles Gabriel Pravaz (1791-1853)<sup>94</sup> inventó la jeringa hipodérmica que lleva su nombre, para el tratamiento coagulante de los aneurismas. En 1853 el escocés Alexander Wood tuvo la idea de emplearla para introducir medicamentos bajo la piel, concretamente sustancias opiadas. Poco a poco surgieron modelos más perfeccionados (Lüer, Roux, Malassez...).

Todo está dispuesto para aprovechar el poder analgésico de la morfina mediante su inyección directa en el torrente sanguíneo. Se utilizó profusamente entre los heridos de la Guerra Civil norteamericana (1861-1865) y los de la guerra franco-prusiana (1870-1871). Los supervivientes se hicieron morfinómanos y el problema alcanzó tal extremo que a la adicción se le llamó «*la enfermedad del soldado*».

Empeñados en encontrar una molécula química con las mismas propiedades analgésicas de la morfina, aunque con menos problemas de adicción, en 1875 se acetiló la morfina: se obtuvo la diacetilmorfina o heroína, unas cuatro u ocho veces más analgésica que la molécula original, con todos sus inconvenientes potenciados<sup>95</sup>.

La heroína fue comercializada por la casa Bayer en 1898 en calidad de antitusígena. Se pretendía un mejor efecto y menos peligro frente a otras pastillas para la tos que entonces contenían cocaína. Actualmente, tras los convenios internacionales citados, sólo puede utilizarse en investigación científica, con grandes precauciones y restricciones.

## EL VINO

En la actualidad, conocemos perfectamente la constitución del vino, obtenido de la fermentación natural del zumo de las uvas. Está compuesto, principalmente, por agua y alcohol, con algo de azúcar, albúmina, ácido acético, bitartrato potásico y varias sales, del tipo de los tartratos, sulfatos, cloruros y algunos colorantes.

Se ha bebido desde tiempos remotísimos. A pequeñas cantidades resulta estimulante y a grandes narcótico. Se ha empleado también como medicamento. Los vinos blancos se consideraban diuréticos, los tintos tónicos y al de mesa se le tenía por favorable al aumento del calor natural —el último y misterioso responsable de la vida—: lo consideraban de inmejorable ayudaba a la nutrición, a la digestión y al buen tono muscular.

Andrés Laguna no tenía buena opinión del vino. En su anotación a la vid escribe:

*Porque si ponemos en una justa balanza todos los inconvenientes y males que consigo acarrea el vino, y en otra los provechos que del se sacan, sin duda conoceremos ser sin comparación aquellos mucho más graves y perniciosos, que los otros útiles al género humano.*

Más adelante añade una frase que no le hizo ninguna gracia a la Inquisición:

*(La embriaguez) la cual en tiempos pasados ocupaba solamente las Alemanias, y las regiones septentrionales, ya se extiende por toda España e Italia, ejercitando su bestial tiranía; y la que oprimía y sojuzgaba solamente a los plebeyos y populares, tiene ya un mixto imperio sobre los varones y Príncipes: sobre los hombres de letras: y lo que no se puede decir sin lágrimas, sobre los eclesiásticos: los cuales a lo menos debieran ser un dechado y ejemplo de toda sobriedad y templanza del mundo<sup>96</sup>.*

Pese a sus prudentes palabras, el vino se empleó en la terapéutica desde tiempos remotos y, en forma creciente, hasta finales del siglo XIX y principios del XX. En el *Diccionario de Farmacia del Colegio de Boticarios de Madrid* (1865) encontramos referenciados más de trescientos tipos diferentes de vinos medicinales. Los quinaidos continuaron su caminar hasta bien entrado el siglo XX, e incluso pueden encontrarse en la actualidad, aunque su dispensación no se efectúe en las boticas.

Muy conocido fue el preparado en Bilbao por el doctor Aristegui, el *vino Ona*, registrado como especialidad farmacéutica con el número 11.048, con propiedades tónicas, reconstituyentes y aperitivas, aconsejado en las debilidades generales, la atonía nerviosa y la asenia genital y compuesto de vino generoso, quina Loja, nuez vómica y algún otro componente.

Para la Triaca, Lorenzo Pérez aconseja vino antiguo de variedad Salerno. A los que nacían en las alturas de los collados los llamaban Gaurano, en medio Saustiano y en los llanos, Salerno. Lo prefiere algo dulce y con una antigüedad entre seis y veinte años. Es partidario del italiano. Si no hay, escoge el de Medina del Campo o de Ciudad Real. Sin embargo, en las farmacopeas alemanas y belgas se recomendaba vino de España o de Málaga<sup>97</sup>.

Lo exótico, lo ajeno, lo real o aparentemente maravilloso, siempre está presente en el fármaco. No interesa lo bien conocido, sino aquello de lo que se pueden suponer virtudes fantásticas, siempre muy difíciles de comprobar empíricamente.

## EL RITO

Hasta aquí hemos asistido a la elección de simples difíciles de obtener en su mayoría, muchos de ellos exóticos, cuya identificación resultaba casi imposible en muchas ocasiones, con una gran preferencia hacia los procedentes del Oriente, a través de las caravanas controladas por los árabes, en la ruta de la seda, y comercializadas por venecianos y genoveses. Muchos de los componentes habían de ser recolectados mediante complejos rituales.

Llegar hasta este punto sin ningún medio de análisis, con muy pocos textos en donde se describían las drogas medicinales, basándose sólo en la honestidad de los comerciantes y en la experiencia de los boticarios más ancianos, resultaría algo verdaderamente complicado.

Ahora comenzaba el ritual de la preparación que, como todas las liturgias, debía ser cumplido escrupulosamente para obtener los efectos deseados.

Primero se preparaban los pastillos o trociscos de víbora, a base de carne de víbora hembra no preñada, sal amoníaca o marina y

eneldo. La carne se mezclaba con harina de pan y, para hacer los trociscos, las manos del artesano se untaban con opobálsamo.

A continuación se preparaban pastillos o trociscos scillicorum, a base de cebolla albarrana y harina de trigo o de algarroba.

En tercer lugar, los pastillos o trociscos de hedycroo.

Una vez dados estos pasos, se tomaban las raíces, vírgulas, hojas, cortezas, flores, frutos, simientes y demás partes susceptibles de pulverizarse y se molían.

La operación se llevaba a efecto en un mortero de piedra dura, o mejor en almirez de bronce muy limpio. Se tapaba con doble lienzo para no perder el polvo, de la manera habitual en las operaciones de los maestros boticarios avezados. Se tamizaba sutilmente y luego se volvía a cernir la parte más gruesa.

La tierra sigillata y los pastillos de hedycroo (efectuados con anterioridad) se molían juntos y aparte. El agárico se trataba junto a una infusión de jengibre. El opio, la acacia, el zumo de regaliz y el hipocistide se infundían en vino y se trabajan apartados del resto. Lo mismo se hacía con el sagapeno, el opopanaco, el galbano y la goma acacia. También el incienso se molía por separado, con ayuda de un poco de vino. Sin mezclar con el resto, se trabajaban la mirra, el castoreo, el terebinto junto al estoraque y la calcite.

A continuación se disponían cinco vasos. En el primero se colocaban los polvos. En el segundo los zumos, la mirra, el incienso, el castoreo, el azafrán y las gomas. En el tercero la calcite; en el cuarto el terebinto y el estoraque y, en un quinto recipiente, la cantidad de miel desespumada que debía recibir el electuario.

Se mezclaba todo en un mortero o en una vasija de barro vidriado. Se echaba, primero, una tercera parte de los zumos, la tercera parte de la miel y se mezclaba bien. A continuación, la calcite, la cantidad de polvos necesarios para espesarla, todo muy caliente; luego la tercera parte del terebinto y el estoraque.

Se aconsejaba lo mezclase un hombre robusto, con buenas fuerzas, mediante una mano de almirez bien labrada y muy limpia. Lo restante se iba añadiendo, poco a poco, en el mismo orden.

Cuando estaba todo bien unido, se sacaba del mortero y se ponía en una vasija grande.

Se removía nuevamente mediante un agitador untado con opobálamo. Debía hacerse al sol, con la boca de la vasija cubierta con dos pergaminos, para evitar las contaminaciones con polvo o suciedad. Cada cuatro o cinco días se volvía a remover, «a extrema fuerza», por un largo espacio de tiempo. Se continuaba la misma rutina hasta pasados entre cuarenta días y dos meses.

Se aconsejaba conservarla en vaso durísimo, mejor de oro o plata. No se debía llenar del todo. Para favorecer lo que llamaríamos procesos de fermentación, dejaban libre un espacio. Así posibilitaban su «traspiración», el que pudiera «cocer» bien. Además, había de hacerse con tiempo cálido (desde abril hasta agosto) pues el frío paraba la actividad fermentativa.

Consideraban activa la fermentación durante doce años.

El mejor grado de maduración, durante el cual se podía emplear como remedio contra los venenos y mordeduras de perros rabiosos, se producía a los cinco años. En su calidad de antídoto se consideraba efectivo hasta pasados treinta y cinco años. A partir de los cuarenta lo tenían por disminuido en su vigor terapéutico.

## LOS CONFLICTOS

En principio, salta a la vista la poca importancia de la teoría galenista en la preparación del polifármaco, el considerado galénico por excelencia.

Era casi imposible aplicar aquí la teoría de los contrarios y la de los grados. Lo tenido por dogmático respecto al diagnóstico de las enfermedades, resultaba de imposible utilización en la terapéutica, en donde se imponían las antiguas creencias farmacológicas, revestidas de una paupérrima ornamentación teórica. Esto es así si no se aceptan las teorías de Avicena sobre los medicamentos compuestos, según la cual los simples se unirían de manera sustancial y darían lugar a una nueva sustancia con sus propias cualidades. Ahora bien, si se acepta su teoría ha de tomarse en consideración que el nuevo cuerpo no se formaría hasta concluida la *fermentación*; mientras tanto cada uno de los simples conservaría sus cualidades y, en el caso que nos ocupa de la triaca, la *fermentación* podía durar décadas, con lo cual sería más impredecible su empleo terapéutico<sup>98</sup>.

La medicina podía ser una filosofía practicada por universitarios, sometidos a unos planteamientos más o menos lógicos, mediante los cuales obtenían cierto reconocimiento social.

La terapéutica farmacológica la efectuaban, bajo su directa supervisión y mandato, artesanos incapaces de dirigir la totalidad de sus pautas de comportamiento científico-profesional mediante las doctrinas médicas al uso.

Esa contradicción se vivía sin ninguna crítica. Por una parte estaba la medicina filosófica, y por otra la terapéutica, anclada en los albores de la humanidad y revestida de todos los ribetes mágicos, conscientes o inconscientes, arrastrados a lo largo de civilizaciones y culturas. Pese a ello, los médicos participaban en la preparación del fármaco, imponían algunos cambios y lo recetaban sin ningún rubor, ni miedo.

Desde estas pautas de actuación en las que la empiria inmemorial se acomoda a las sucesivas teorías, podemos entender bien su pervivencia en el tiempo.

Si no producía los efectos terapéuticos deseados ante algún embate de la enfermedad o ante ninguno, los médicos podían, con toda facilidad, echar la culpa a los boticarios. Estos se abrían equivocado en uno de los cientos de pasos efectuados hasta conseguir el producto final, o no habrían empleado los simples recomendados, o podían haber sido engañados en la compra por comerciantes sin escrúpulos o convertirse, ellos mismos, en adulteradores de los medicamentos; incluso podían achacarles el no guardar los tiempos aconsejados para utilizarlo o no hacerlo al sol o en época diferente a la primavera o verano (verano y estío según el lenguaje renacentista explicado por Lorenzo Pérez), o con agua de pozo en lugar de lluvia, o sin la debida limpieza, o sin aplicar la fuerza adecuada en la agitación, por otra parte tan difusa... las acusaciones podían ser interminables y las defensas de los boticarios muy difíciles.

Por contra, los boticarios tenían fácil la acusación a los traficantes de drogas medicinales. Podían haberles vendido unas por otras similares, o no haberlas adquirido en los lugares adecuados, o no haberse asegurado de si la recolección se efectuaba con los rituales precisos.

La panacea resultaría eficacísima si todo se hacía tal y como mandaba la tradición de las autoridades clásicas, aunque en algu-

nos aspectos se contradecían unos a otros, pero el fallo, en un ritual tan complejo, aparecía como casi inevitable.

En este aspecto, la triaca se asemeja mucho a la piedra filosofal de los alquimistas, tanto si se pretendía utilizar para curar como para obtener el oro.

El remedio tiene un claro componente platónico. En algún lugar, en la caverna de las ideas, habría una triaca perfecta, capaz de curar casi todas las enfermedades. Su puesta en práctica en el mundo sublunar e imperfecto, resultaba casi imposible, pero el desdeñarla abocaba a la humanidad a la aceptación de su extraordinaria impotencia ante la mayor parte de las enfermedades. No sólo eso. Los médicos quedaban como muñecos de barro, misteriosos golem dotados de cerebro y boca, pero ayunos de manos. Los medicamentos han sido siempre los emisarios de las palabras del sanador. Los boticarios resultarían inútiles y los seres humanos quedarían privados, incluso, del consuelo de la esperanza.

## **LAS DISPUTAS EN TORNO A LA TRIACA**

En estas coordenadas de pensamiento y actuación, las disputas resultaban inevitables y curiosas.

### **La Triaca y el Papa de Roma**

Ulises Aldovrandi (1522-1605) se licenció en medicina en 1553, fue profesor de lógica y filosofía en Bolonia y obtuvo la cátedra de *simples* (1556-1600). En 1568 se le nombró director del huerto botánico boloñés, el jardín de plantas creado por él y publicó diversos trabajos relacionados con la Historia Natural.

En el año 1574 se confeccionaba la Triaca en la especiería boloñesa de los padres de San Salvador. Aldovrandi aconsejó introducir el costo y el cardamomo. Los boticarios de Bolonia contemplaron la novedad con recelo. Pasados cuatro días, reclamaron a la corporación médica. No les escucharon. Se fabricó y vendió. No contentos con el resultado, los especieros recurrieron al Prior de los Padres de San Salvador y al Magistrado Supremo de la Comuna.

Llamado a su presencia, Aldovrandi demostró lo adecuado de la utilización de esos simples, acorde a reputados autores clásicos. La triaca se vendió y fue empleada en las epidemias de peste de Florencia, Génova y Venecia.

El colegio de boticarios, descontento del resultado de sus reclamaciones y amparado, probablemente, en las malas consecuencias de la aplicación del medicamento durante las pestes citadas, al año siguiente trató de prepararlo por su cuenta en la farmacia del *Meloncillo*. Hasta allí acudió Aldovrandi junto al Prior del convento de San Salvador. Luego de observar las operaciones, denunció la mala práctica en la obtención de los trociscos de víbora. Habían cometido la herejía de hacerlos con hembras preñadas, machos y reptiles no muertos durante el mes apropiado. La cuestión tuvo resonancia en Nápoles y Florencia. Aldovrandi presentó un recurso ante el colegio médico: perdió la votación por nueve a tres. Los trociscos se consideraban adecuados por la mayoría de los colegiales. A sus ojos, la cuestión no era baladí. Ante la alarma social creada, el gobernador de la ciudad ordenó detener las operaciones preparatorias.

Los boticarios recurrieron al colegio de médicos y estos, molestos con el naturalista al no haber aceptado la mayoría de sus votos, lo declaran decaído en la colegiación y suspendido en su actividad médica durante cinco años. A su amigo Alberghini, lo suspendieron por dos.

Como Bolonia pertenecía a los Estados Vaticanos, Aldovrandi recurrió al Pontífice, Gregorio XIII (1572-85), quien requirió el parecer de varios médicos, entre ellos el también matemático Jerónimo Cardano (1501-76) y Girolamo Mercuriale (1530-1606). Todos se alinearon con la opinión de Aldovrandi.

Ante la importancia de la cuestión, el Papa reclamó para sí la resolución del asunto. El Colegio de Médicos de Bolonia le envió a un emisario. Aldovrandi se presentó en persona. Le amparaban el arzobispo Paleotti, el Gran Duque de Toscana, el Cardenal Buoncompagni, Guastavillani y un pariente suyo, Giovanni Aldovrandi, embajador del senado romano. De una cuestión meramente científica o político-científica, circunscrita al ámbito de las instituciones gremiales, se había pasado a otra en la que participaban los administradores de las ciudades y, por fin, el mismo Papa, lo que daba a una cuestión científico-administrativo-sanitaria, visos de controversia religiosa.

El dos de marzo de 1576, el Sumo Pontífice declaró nula la deliberación del Colegio de Médicos de Bolonia, le dio al naturalista una limosna para su huerto botánico, le repuso en su actividad sanitaria y le animó a continuar con la publicación de su obra.

Como puede observarse, lo de la Triaca no se podía tomar a humo de pajas<sup>99</sup>.

## La Triaca y la magia natural

Uno de los principales exponentes de la magia natural renacentista es Marsilio Ficino.

En su texto sobre medicina, *Tres libros sobre la vida*<sup>100</sup>, se ocupa de la influencia astral sobre los simples y los compuestos. En el segundo caso emplea como ejemplo paradigmático el de la Triaca.

*Dime, si no de qué modo acude la triaca en ayuda contra el veneno. No expulsa el veneno, pues de hecho restringe el bajo vientre. Ni tampoco muda del todo y al instante la naturaleza del veneno, que no es tan débil y mudable que pueda conseguirse. Lo que hace es reforzar el espíritu vital, que es muy sutil y mudable y afín, según cierta proporción al propio veneno, de tal suerte que tras haber adquirido la capacidad de actuar junto con la triaca como un instrumento, se alza en parte con la victoria sobre el veneno, en parte lo transforma y en parte lo mantiene alejado de las vísceras precordiales.*

Hasta aquí mantiene una teoría de actuación prácticamente tradicional. El compuesto no actúa por medio de sus simples, sino por las facultades ocultas del compuesto —similar a lo mantenido por Arnau— pero a través de su afinidad con el espíritu vital. Aquí está lo novedoso de su teoría espiritualista. Esos espíritus o quintas esencias, entidades intermedias entre las diversas almas (del universo, del mundo, de los seres inteligentes) y su corporeidad, aunque su manera de actuación es por la similitud entre el espíritu, el veneno y el fármaco, muy semejante, por tanto a lo sostenido por Galeno.

La novedad está en la atribución de sus propiedades. Ficino cree ver en la Triaca una triple virtud: la celeste, plasmada en su afinidad con el espíritu vital, otra terrestre derivada de los aromas de los simples vegetales con que se compone, y otra elemental, astringente y aromática, propia de los elementos. Las virtudes celestes cree poder mejorarlas si los materiales elegidos están influidos por Júpiter.

ter y el Sol y se prepara en el momento astral preciso, pues las acciones naturales dependen de la armonía con los cuerpos celestes, con lo cual añade y redondea un requisito de la ritualidad mágica, la elección del momento astral oportuno para su preparación, ya que:

*Se considera que esta armonía posee tal poder que extiende a menudo su maravillosa virtud no sólo a las fatigas de los agricultores y a los fármacos preparados por los médicos con hierbas y aromas, sino también a las imágenes fabricadas por los astrólogos a partir de piedras y metales.*

Las circunstancias astrales se tuvieron muy en cuenta en la práctica farmacéutica fina del renacimiento y el barroco.

La renacentista magia natural de Ficino encuentra en el fármaco, como no podía ser de otra manera, un paradigma de su práctica terapéutica.

## **La Triaca y la Alquimia**

Como señalé, fue Joseph de Chesne, Quercetano (1596-1609) quien, lejos de refutar el medicamento galenista por excelencia, lo adoptó a los criterios iatroquímicos. Este médico francés, calvinista y seguidor de Paracelso, ocupó buena parte de su vida en asuntos diplomáticos. Dejó sus ideas plasmadas en la *Pharmacopea dogmaticorum restituta*<sup>101</sup>, aunque no se tiene constancia de que preparara personalmente el complejo fármaco.

Fue Frédéric Greiff, un boticario de Tubinga, quien confeccionó con gran secreto la llamada «triacca celeste». Pronto le salieron imitadores en toda la región de Baden-Wurtemberg.

En el siglo XVIII fue un boticario de Estrasburgo, apellidado Stroehlin, quien la difundió al hacerse cargo de la botica de *Saladin*. Llamó a los representantes de la Facultad de Medicina, a los boticarios, a los estudiantes y al público en general y la preparó en presencia de todos. Sustituía los componentes del medicamento por sus quintaesencias. Se puso de moda en la mayor parte de Europa, aunque resultaba setenta y siete veces más cara que la tradicional<sup>102</sup>.

A principios del Barroco, Martín Ruland o Rulandius, un médico alquimista alemán, protegido de Rodolfo II, en su *Lexicon Alchimiae sive dictionarium alchemisticum* (Frankfort, 1612), nos envía desde la voz triacca a la piedra filosofal; es decir, las identifica. La

piedra transmutatoria conseguiría el oro o la curación universal, como la Triaca; ambas, en su mente, parecen tener idénticas mágicas cualidades.

El asunto se aclara si acudimos a la obra de Antoine-Joseph Pernety, escrita más de un siglo después<sup>103</sup>. Al referirse a la Triaca escribe:

*«El sentido más usado del término Triaca es lo que los filósofos han llamado el magisterio perfecto, porque ese es el remedio más excelente de la naturaleza y del Arte, para curar tanto los venenos como otras enfermedades del cuerpo humano y de los metales».*

En el siglo XX es un catalán, Antonio de Paula Novellas y Roig quien, en una monografía histórica farmacológica titulada *La Triaca de Andrómaco*, presentada en su calidad de miembro de la Real Academia de Medicina barcelonesa y correspondiente de la de Madrid, en el año 1944, ni más ni menos, se manifestaba devoto de la farmacia espagírica y creyente en la Triaca como el símbolo más elevado y puro del arte. Asegura que en su preparación se empleaban «elementos espirituales» desconocidos por el hombre moderno y atestigua su efectividad curativa mientras perduró la pureza del rito de su preparación (la establece en el año 1792). A partir de esa fecha, rota su tradición, perdida la autoridad de sus hechos, ridiculizada y contrahecha, quedaba roto el encanto<sup>104</sup>.

Y se quedó tan tranquilo. Nos dio testimonio de cómo el pensamiento mágico, la superstición en este caso, la credulidad ciega, puede mantenerse inmune al paso de los siglos, a los adelantos científicos, al contraste empírico con la realidad y a la investigación farmacológica...

## **La Triaca y la iatromecánica**

Si los alquimistas y paracelsianos, contrarios a los secuaces de Galeno, para quienes la Triaca era el remedio por excelencia, no se atrevieron con ella y la asimilaron a sus prácticas, tras obtener la quintaesencia de sus componentes, no iban a ser menos los cartesianos.

Aquí las cosas se hacen menos comprensibles. Los seguidores de Descartes, ése que pensaba luego existía y consideraba el mundo como una máquina perfecta, no podían entrar a considerar un fármaco tan farragoso y anclado, evidentemente, en creencias mágicas.

Cuando les preguntaban a los médicos por la forma de actuar de la Triaca no podían contestar. Aseguraban que se debía a causas ocultas o no evidentes. ¡Desde luego! La teoría de los contrarios o alopática de Galeno no podía aplicarse a ese maremagno de ingredientes. Unos eran calientes, otros fríos, algunos húmedos, otros secos... la de los similares o protohomeopática, sólo podía atribuirse a la carne de las víboras. Como hemos indicado, la mayoría de los remedios eran muy olorosos, otros no; algunos de muy acre sabor, otros dulces o insípidos... no había forma racional de explicar su teórica actuación de panacea. Tras la razón sólo quedaba el rito en la recolección de algunos simples y en la preparación del medicamento, la autoridad de quienes lo llevaban a efecto y de quienes intervenían en su confección (médicos, boticarios, autoridades políticas locales y estatales, autoridades gremiales y religiosas, hasta el mismísimo Papa de Roma) y, en algunos simples y en la manera de llevar a cabo el rito, la fuerza sanativa del lugar. Es decir, los planteamientos mágicos por excelencia.

El sacerdote y filósofo Pierre Gassendi (1531-1602), profesor de matemáticas en el Colegio Real de París y astrónomo, aunque destructor de la filosofía cartesiana, fue atomista y partidario de una explicación mecanicista de la naturaleza.

Lejos de manifestarse contrario a la acción de la Triaca, criticó a cuantos atribuían sus cualidades a causas ocultas. Mantuvo su acción por razones corpusculares. La acción alexifármaca del remedio sería similar a la del jabón al limpiar una mancha. Los corpúsculos de la carne de víbora atraen a los del veneno y luego los expulsan del cuerpo humano. De esa manera se explicaba lo inexplicable, lo imposible de constatar por la experiencia; es más, se niega la experiencia, lo que habría sido puesto en entredicho por la realidad de las muertes de los enfermos en las numerosas epidemias a través de los tiempos. De la magia se pretendía pasar a la razón<sup>105</sup>; lástima que fuese una razón ilógica y, en este caso, instalada en lo fantástico.

A la vista de los hechos, el poder de la magia parece infinito si privándonos de él hemos de renunciar, también, a la esperanza.

## POMPA Y PROTOCOLO. LOS ANTECEDENTES MEDIEVALES

La historia de la Triaca, como hemos visto, pone de manifiesto un milenario encantamiento terapéutico entre Oriente y Occidente.

De primitivo origen oriental, su uso romano con la adición de las víboras, la consolida para la terapéutica europea. Tras la caída de Roma, sigue su imparable carrera en Bizancio y el imperio islámico. Vuelve a Europa, como gran parte del saber helenístico sanitario medieval, a través de Salerno y Montpellier.

En el *Regimen Sanitatis Salernitano*<sup>106</sup> se recomendaba para la apoplejía, la pleuresía, la hidropesía fría, la epilepsia y la expulsión del feto muerto, entre otras indicaciones.

Un maestro salernitano, Bernardo el Provenzal, escribió un tratado de Materia médica, hacia 1150, titulado, *Commentarium magistri Bernardi Provinzialis super Tabulas Salerni*. Allí se rebela contra la complejidad de las fórmulas farmacéuticas y la utilización de unas drogas por otras. Proclama como falsa la triaca preparada en Salerno por no llegar Orobo, que se sustituía por Robelia y nos da fe de su preparación y uso<sup>107</sup>.

Se sabe también que en el Montpellier medieval, los boticarios, muy bien provistos de materias primas, aprovisionaban al resto de sus compañeros de varios medicamentos compuestos de difícil preparación. Entre ellos la confección de alquermes y la triaca<sup>108</sup>. Para evitarse problemas, dar solemnidad al ritual y convertirlo, en sí mismo, en una certificación curativa, invitaban al proceso preparativo a los médicos y a los dirigentes del gremio boticaril.

Quien se llevó la palma en la sacralización laica del rito fue la república veneciana. Esa fastuosidad, la impronta ritual establecida no sólo por las autoridades sanitarias, sino también por las civiles y el acceso directo a las drogas orientales, hizo de la veneciana la más deseada de las triacas del mundo. La intervención de las autoridades civiles y eclesiales en los actos de preparación del fármaco, que van a convertirse en habituales en toda Europa, son clara expresión de la mentalidad colectiva. No se trataba, como en la actualidad, de vigilar la eficacia y seguridad de los medicamentos, pues no había medios científicos para llevar a cabo dicha certificación. Se trataba de dar una impronta legal y social a un rito con reminiscencias mágicas, seguramente impulsados por intereses sanitarios,

pero sobre todo económicos. El mercado de la Triaca supuso una importantísima fuente de ingresos para la República veneciana.

Ya desde 1258 un artículo del *Capitolari degli speciali*, el código que regulaba las actividades de los especieros, vedaba la venta en el territorio republicano de cualquier triaca no preparada en Venecia. La *Giustizia Vecchia* era la magistratura a través de la cual el Gobierno de la República controlaba la actividad de los artesanos. En 1441 ordenó que una partida de triaca falsificada fuese quemada en el puente de Rialto y, a partir de 1480, se guardaban los componentes del fármaco en un armario especial conservado en la sede de la magistratura<sup>109</sup>.

## EL ESPLENDOR RENACENTISTA Y BARROCO

A partir del Renacimiento, gracias a esa certificación del ritual, la Triaca veneciana se impuso en toda Europa. El complejo rito, tal y como se celebraba en 1595, lo conocemos gracias a la obra de Giorgio Melichio<sup>110</sup>.

Su preparación la vigilaba el Magistrado de la Sanidad; los simples se exhibían, durante cuatro días, en vasos bellísimos. Quien quisiera, tenía derecho a comprobar su autenticidad. Al cuarto día se convocaba al prior y a los consejeros médicos. Hacían un examen público de los simples y se procedía a la preparación, también a la vista de todos. La República no monopolizó ni la preparación, ni su posterior comercio, sólo aseguraba la pureza del ritual. Para ello no autorizaba más que a unas cuantas boticas. Las más importantes fueron la de *Struzzo*, de la *Madonna*, de la *Cabeza de Oro*, de la *Vecchia*, del *Peregrino*, del *Águila Negra* y del *Redentor*. Esas farmacias estampaban bellísimos carteles de propaganda sobre las virtudes del medicamento. Llevaban impresos los logotipos de los establecimientos y las dosis en que debía ser utilizado. Lo hacían en italiano, pero también en inglés, francés, castellano, griego, árabe, turco o armenio. Hasta mediados del siglo XIX el tráfico de la Triaca fue un puntal de la economía veneciana. En esa época las autoridades sanitarias se desligaron del ritual de preparación, aunque no lo prohibieron. La farmacia de la *Cabeza de Oro* continuó preparándola hasta 1950. No sé si dejó de hacerlo por convencimiento en su inutilidad o por las dificultades reseñadas respecto a la utilización del opio.

No fue sólo la república veneciana, vimos como en Bolonia sucedía lo mismo y la polémica sobre sus componentes hubo de resolverla el mismísimo Papa de Roma. Garantizaba su correcta preparación el Collegio degli Speziali y el de los médicos. Para su preparación, la autoridad pública llegaba hasta el claustro del archiginnasio de la república.

También se preparaba públicamente en Florencia, Pisa y en Génova. Había una gran competencia entre las distintas repúblicas. Si los boticarios florentinos la compraban en Génova, se la quitaban las autoridades de su ciudad.

En la república genovesa, durante la Ilustración, la autoridad garante del ritual preparatorio era el Arzobispo y, una vez preparada, se guardaba en un recipiente situado en la botica del hospital de crónicos.

En Francia sucedió de manera similar, aunque no tuvo tanto éxito.

El experto en drogas americanas y exóticas, Anthoine Colin, autor hacia 1519 de la versión francesa de la *Histoire du Baume*, de Próspero Alpino, y de la adaptación de los textos de Acosta, traducidos previamente al latín por L'Ecluse<sup>111</sup>, preparó el remedio en la alcaldía de Lión, en presencia del lugarteniente del Rey, de los magistrados y de todo el cuerpo médico, según narra Lorenzo Chatalan en su *Discours, demonstration et ingrediens de la Theriaque*<sup>112</sup>.

Algo similar sucedió en otros lugares de Francia. Los estatutos otorgados a los boticarios de La Rochelle, el 24 de enero de 1601, les exhortan a la preparación de la Triaca, el mitridato y la confección de alquermes o jacinatos, todas muy difíciles de conseguir.

En Rouen, en 1675, el boticario Congnard efectuó una preparación pública del medicamento para competir con la de Montpellier y Venecia. Lo mismo hicieron, trece años después, varios farmacéuticos de Toulouse<sup>113</sup>.

Desde 1556, los boticarios ginebrinos obtuvieron la autorización de fabricarla, reunidos, en la Cloître de San Pedro. Debían efectuarla en público. También a Valéran Doré le dieron permiso para fabricarla individualmente, a condición de dejar una cantidad en el Ayuntamiento, en provisión para tiempos de peste. En la capital suiza se preparó, por última vez, en 1721, tras una epidemia pestífera<sup>114</sup>.

## MOYSE CHARAS Y LA TRIACA MAGNA

Quien primero la preparó en público, en París, fue Moisés Charas.

Nacido en Uzès, en el Languedoc, de padres hugonotes, estudió latín, se hizo aprendiz, luego «compañero» y por fin maestro boticario. Luego de haber ejercido durante algún tiempo en Orange, se instaló en París (circa 1646) y obtuvo con rapidez el nombramiento de «boticario de Monsieur, el hermano del Rey». Se estableció en el faubourg Saint-Germain, en la botica llamada «*Las víboras de oro*», cuya denominación nos pone sobre la pista de cual era su principal negocio. Allí, por primera vez, preparó la Triaca en público. En el año 1668 lo hizo ante el Procurador del Rey, el Decano y los profesores de la Facultad de Medicina, los Guardias o directivos del gremio de los boticarios y una docta asamblea. Al final obtenía un certificado en donde podía leerse:

*«Nosotros, Decanos, ex Decanos, Doctores, Regentes de la Facultad de Medicina y los tres Guardias de la Farmacia, dispuestos por orden del Lugarteniente General de la Policía, certificamos que Moyses Charas, boticario ordinario de Monsieur, hermano único del Rey, ha preparado en nuestra presencia públicamente la composición de trescientas libras de triaca, según la descripción de Andrómaco, que ha sido hecha con una exacta y curiosa elección y preparación de todos los ingredientes, por lo cual nos ha satisfecho...»*<sup>115</sup>

El éxito de su medicamento lo basó en el buen conocimiento del principal de los simples, las víboras, que también daban nombre a su botica. Sobre ellas escribió en 1669 el libro antes mencionado<sup>116</sup>.

Su Triaca obtuvo gran fama en Francia. Gracias a ella se hizo rico. Sus conocimientos y la protección real le sirvieron para que Antoine d'Aquin, el Intendente del Jardín del Rey, en 1672, le reclutara como sub-demostrador de química en lugar de Cristóbal Glasser.

Por consejo del Intendente dio a la prensa su *Pharmacopée Royale Galénique et Chymique* (París, 1676), redactada en francés, cuando todavía el latín seguía siendo la lengua franca de la ciencia, que fue traducida rápidamente a numerosos idiomas.

En 1680 hubo de exiliarse en Inglaterra a consecuencia de la persecución a los protestantes, desatada por la revocación del Edicto de Nantes. Se licenció en Medicina en la universidad de Londres y ejerció con gran éxito. En 1683 se trasladó a los Países Bajos y

de allí vino a España, recomendado por el embajador para tratar a Carlos II en sus muchos padecimientos. En 1686 fue denunciado a la Inquisición por su credo y actividades. Se salvó gracias a la protección del embajador holandés. Viajó a Galicia en donde volvió a ser denunciado, sin poder eludir la cárcel en esta ocasión. Después de un largo proceso admitió su conversión al catolicismo y consiguió la libertad en 1689. Tras una corta estancia en Holanda, volvió a París en 1691. En Francia fue nombrado miembro de la Academia de Ciencias en 1692. Como vimos, frente a Redi que mantenía la peligrosidad del veneno de la víbora al ser inoculado por los colmillos, él pensaba que sólo resultaba venenoso si la víbora estaba encolerizada<sup>117</sup>.

## **EL RITUAL SEUDO-MÁGICO DURANTE LA ILUSTRACIÓN**

El Rey de Nápoles, Fernando IV de Borbón, en 1779 impuso el monopolio estatal sobre la preparación del antídoto. La preparación la llevaba a cabo la Real Academia de Ciencias y Bellas Letras y todos los boticarios del reino estaban obligados a comprar media libra anual. Se fijaba un precio algo menor al de la Triaca veneciana. Pese a ello seguía entrando de contrabando, dada su gran fama. Cerrada la Real Academia, en 1807, por iniciativa de José Bonaparte, pasó al neonato Instituto de Estimulación de la Ciencia Natural, clausurado, a su vez, en 1860, fecha en la cual acabó la aventura de la triaca estatalizada en Nápoles<sup>118</sup>.

En el París de 1700, gracias al triunfo de Moyse Charas a finales del Barroco, se guardaba dentro de un armario de tres llaves, en una jarra, en la sede de la agrupación de boticarios parisinos. Entre 1730 y 1784 se encomendó la preparación a «*La sociedad de la Triaca*». Podían pertenecer a la misma cuantos boticarios pagasen una cuota y se efectuaba en público con gran ceremonial y tremenda solemnidad. La última representación pública del rito se celebró el 23 de julio de 1792<sup>119</sup>.

## **LOS DETRACTORES DE LA TRIACA**

Llama la atención las poquísimas personas que, a lo largo de tantos siglos, alzaron su voz contra el fármaco, negándose ante lo evidente. Si Galeno aseguraba haber efectuado experimentos con

gallos, mediante los cuales afirmaba su capacidad alexifármaca, Teodosio de Parma, un modesto y desconocido profesor de la escuela de Bolonia, publicó en 1553 una carta en donde daba cuenta de todo lo contrario. Según él había efectuado numerosas experiencias con palomas. En ningún caso la triaca las había resguardado o curado de los envenenamientos. Como Copérnico, con su *De Revolutionibus*, el parmesano no hizo públicos sus descubrimientos en vida. A diferencia de él, durante muchos años no fueron tomados en consideración. Ante la disyuntiva de tomar partido por Galeno o por Teodosio, no hubo duda. Tal vez no fue demasiado conocido su texto. En cualquier caso, el criterio de autoridad, la extraordinaria influencia de la magia en la terapéutica farmacológica, y la orfandad en que se mantuvieron los humanos durante muchos siglos con respecto a medicamentos verdaderamente eficaces, desaconsejaron hacer caso a Teodosio a aquellos que conocieron su texto<sup>120</sup>.

Desde una oposición muy distinta obtuvo también la crítica de Guy Patin (1601-1672).

Este personaje, Decano de la Facultad de Medicina de París y profesor del Colegio de Francia desde 1655, mantuvo correspondencia con muchos de sus contemporáneos. Como escritor se manifestó ligero, humorístico, sarcástico; como filósofo, libertino, pero como médico es muy difícil encuadrarle. Oscuro, enemigo de cualquier novedad, aparentemente galenista, muchos lo consideran una especie de esperpento, propio de la pluma de Molière, antes que de la realidad científica de su época. Desde la ortodoxia galenista se opuso a los remedios químicos, pero también a los fármacos complejos, según él, fruto de la ambición crematística de los embrollones boticarios. A sus esfuerzos se debe la prohibición de los remedios químicos en Francia hasta 1666 y la pugna mantenida con los excelentes profesores de química del Jardín del Rey. Su crítica no es, como la de Teodosio, fruto de su experimentación personal, sino de sus prejuicios científicos. Para él, la Triaca era un medicamento excesivamente complejo, mediante el cual los boticarios sólo deseaban ganar dinero. En su pugna personal, propugnó una especie de «medicina de cocina». Él recomendaba a sus pacientes algunas plantas, les decía en dónde encontrarlas y la manera de prepararlas para evitar el ir a la botica y someter a los farmacéuticos, partidarios de los medicamentos químicos, mediante el hambre. Desde esas coordenadas, sus críticas a la triaca cobran un valor muy diferente a las del renacentista boloñés<sup>121</sup>.

Muy distinto también fue el ataque lanzado en 1745 por William Heberdem (1710-1801) contra el polifármaco. Este médico erudito, de notable fama en el mundo anglosajón, tal vez uno de los más famosos del siglo XVIII, cuya descripción de la angina de pecho se tiene por la primera en la historia de la medicina, escribió en una breve monografía de diecinueve páginas sobre el tema. La tituló: *Antitheriaka: an Essay on Mithridatium and Teriac*. Allí negaba que los fármacos tuvieran acción alguna contra los venenos o los tóxicos y cualquier acción terapéutica.

La peculiaridad de la organización y la enseñanza sanitaria anglosajona, tan diferente también en su ejercicio a la del resto del continente, restó fuerza a su diatriba. La *Pharmacopea Edinburgensis* eliminó a la triaca y el mitridato desde 1756, pero permanecieron en las españolas, francesas y alemanas. En la de Francia, el *Codex medicamentarius sive pharmacopoeia Gallica*, todavía estaba en la edición de 1908<sup>122</sup>.

En España, lo veremos inmediatamente, su preparación sirvió de base a una de las instituciones farmacéuticas más importantes, el Colegio de Boticarios de Madrid, antecedente de la Real Academia Nacional de Farmacia.

## EL DESARROLLO ILUSTRADO DE LA TRIACA EN ESPAÑA

Hemos visto ya el temprano interés del Colegio de Farmacéuticos valenciano en su preparación, prácticamente desde sus inicios en la Baja Edad Media.

Sabemos también la manera de actuar del Colegio de Farmacéuticos de Barcelona durante todo el Renacimiento, muy similar a la de la República veneciana<sup>123</sup>.

La polémica sobre la fórmula para hacerla tal y como Andrómaco quería, empezó en torno a si los trociscos habían de ser preparados con víboras de Tiro (Egipto) o podían hacerse con serpientes autóctonas. Como no podía ser de otra manera, prevaleció el criterio de utilizar las catalanas, concretamente las cazadas en Santa Coloma de Queralt, tras consulta a los directivos políticos y médicos. La petición de asesoramiento llegó hasta el Real Consejo: se les autorizó al empleo de animales autóctonos. El colegio delegaba en algunos boticarios su caza o, al menos, la preparación de los trocis-

cos sobre el terreno. Ante la dificultad de reunir a la corporación en pleno, delegó en una «*vuitena*» que acudió hasta Santa Coloma para buscar las víboras, matarlas y confeccionar allí mismo los trociscos. El desplazamiento se hacía a petición de los médicos pues, «*como son aprisionadas, por su maldad producen más veneno*», dice en el *Llibre de la Madalena*; es decir, los boticarios y médicos catalanes sostenían la misma hipótesis que M. Charas mantendría un siglo después, la más común por otra parte. Según la misma, la cautividad enfadaría a las víboras y esa cólera aumentaría la toxicidad de su veneno. De ahí la importancia de matarlas y preparar los trociscos sobre el terreno.

Un segundo paso se daba con la preparación de los trociscos de Escila. Cuando se consideraba oportuna la época del año, los boticarios delegados del Colegio se reunían en casa de uno de sus directivos con los representantes de los médicos. Les mostraban los bulbos de escila y, si los daban por buenos, pasaban a su preparación.

El gran ritual se organizaba en la Plaza de Sant Jaume. En 1574 el responsable fue Mestre Jeroni Joan, quien era médico y farmacéutico a la vez.

En esa plaza pública, los simples se mostraron a los médicos, pero dada su condición de espacio abierto a los ciudadanos, es de suponer que pudieran ser admirados y escrutados por cuantos quisieran hacerlo. Una vez revisados, los médicos felicitaron a los responsables colegiales de los boticarios. El citado colegiado, que compartía ambas titulaciones, pronunció su «*Laudem Theriaca*» ante los representantes de los médicos, de los farmacéuticos, de los «*consellers*» de la ciudad y es de suponer del público amedrentado por la ciencia y el poder, admirado de la sabiduría del conferenciante y esperanzado ante las expectativas curativas del fármaco.

La ceremonia debía ser imponente, con toda la fuerza de la ciencia y de la administración ciudadana que exige el rito. Una vez efectuado el ceremonial, se recogían los simples, se llevaban a casa del «*clavario*» y, unos días más tarde, en presencia ya sólo de médicos y boticarios, se preparaba el medicamento.

Los boticarios barceloneses, como vemos, no tenían nada que envidiar a los de la República veneciana, es más son numerosos los testimonios de destrucción de triacas por considerarlas no preparadas de acuerdo con las normas, si bien se hizo con menos escándalo

que la quema pública en el puente del Rialto. Al parecer la pompa y suntuosidad de la preparación del medicamento se mantuvo a lo largo del tiempo<sup>124</sup>.

## LA IRRUPCIÓN DE ZARAGOZA

Los terceros en llegar a la institucionalización de los métodos preparatorios de la triaca fueron los miembros del Colegio de Farmacéuticos zaragozano.

Con fecha de 26 de septiembre de 1715 se otorgó un privilegio al Colegio de Farmacéuticos de Zaragoza para que sólo él pudiera preparar la triaca para todo el reino.

En esta concesión de la nueva dinastía es en donde deben buscarse las dificultades de desarrollo de las triacas del colegio de Valencia.

En 1707 se suprimen los fueros de Valencia, en 1711 los de Aragón, en 1715 los de Mallorca y 1716 se dictan los Decretos de Nueva Planta en Cataluña. Paralelamente se dictan una serie de disposiciones (1710, 1728, 1731 y 1737)<sup>125</sup> encaminadas a capacitar al Real Tribunal del Protomedicato como único expendedor de títulos, unificar las exigencias curriculares y ostentar el monopolio anti-intrusismo, con lo cual se desmontaban las bases del antiguo poder gremial en los territorios aragoneses. Esa concesión, al Colegio de farmacéuticos de Zaragoza, del monopolio de la preparación de la triaca para todo el reino, que de cumplirse dejaba fuera de juego a los Colegios de Farmacéuticos de Barcelona y Valencia, parece ir encaminada al mismo fin de destruir el entramado gremial anclado en costumbres bajo-medievales.

La interpretación parece correcta pues, ante la gran tradición de los colegios citados, el de Zaragoza, como institución, había empezado en 1712, sólo cuatro años antes de serle concedido el privilegio. Puede aducirse la modernización en los métodos farmacológicos, votada por el Ayuntamiento y los médicos zaragozanos. Si tomamos en consideración que tal puesta al día consistía en preparar los trociscos de víbora sin pan, frente a la costumbre tradicional de hacerlo con su harina, resulta poco consistente. Pese a ello, el método moderno precisó de una regia sanción el 5 de noviembre de 1725.

Si el Papa, supremo representante de la Iglesia en la tierra y ostentador del poder civil en los estados vaticanos hubo de definirse sobre el método de preparación del fármaco durante el Renacimiento, lo mismo sucede con el monarca español en la Ilustración.

Dos siglos después que el Papa, cuando los científicos anglosajones están a punto de sacarlo definitivamente de las farmacopeas, la casa real española se convierte en la garante del mágico ritual.

La preparación zaragozana se hacía en el convento de San Francisco de Asís, en presencia de todos los boticarios y un representante del Ayuntamiento. Allí los simples eran comprobados por un médico y el boticario visitador de boticas. Una vez dado el visto bueno, se preparaba con su constante supervisión en el mismo convento. Una vez fabricada se repartía por las boticas del reino con la supervisión del delegado del Ayuntamiento, quien se preocupaba también de que no faltase el remedio<sup>126</sup>.

## EL COLEGIO DE BOTICARIOS DE MADRID

La estructura gremial farmacéutica se desarrolló, desde la Edad Media, en el antiguo reino de Aragón. En Castilla las cosas fueron diferentes. El Real Tribunal del Protomedicato fue quien se encargó de todo lo referente a la sanidad desde su fundación en el Renacimiento. Al estar constituido por los médicos reales, los farmacéuticos quedaron muy relegados y sometidos a meras ordenanzas municipales. Más aún en Madrid donde, desde 1561, Felipe II estableció la corte y en ella y en las cinco leguas alrededor era el ámbito propio de la actuación *per se* del Protomedicato.

Pese a ello, en la capital hubo dos cofradías de boticarios con fines puramente religiosos. La congregación del Señor, San Lucas, y Nuestra Señora de la Purificación, establecida en 1589. En 1684 apareció otra nueva, la de Nuestra Señora de los Desamparados.

En 1721 se unieron ambas, por circunstancias puramente religiosas, ligadas a las mayores facilidades de culto presentadas por la de los Desamparados. La resultante se llamó «*Congregación y Colegio de los Boticarios de Madrid bajo al advocación de Nuestra Señora de los Desamparados y San Lucas Evangelista*».

Al unirse ambas se tuvo la idea de formar un colegio y dotarle de una estabilidad económica superior a la de las cuotas mediante

la preparación de medicamentos. En 1732 obtuvieron el privilegio de la preparación de la triaca; en 1736 el de la destilación del aguardiente, el cual podía ser vendido en las farmacias como componente de los medicamentos, pero no como bebida de placer, y en 1792 el privilegio de la extracción del aceite de almendras dulces.

En 1737 se aprobaron sus estatutos. El artículo primero afirma que el objetivo del Colegio es:

*«el cultivo y adelantamiento de la Farmacia, Química e Historia Natural, para lo cual se formará un jardín botánico y un laboratorio químico, donde públicamente se hagan todos los años por sus colegiales un curso de operaciones químicas y otro de elecciones y demostraciones de plantas y drogas exóticas».*

El origen de este Colegio es muy diferente al de las Reales Academias. Estas últimas se crean a impulsos, unas veces del propio monarca, las más de los interesados en algún tema importante que es sancionado por la voluntad de la corona.

En 1713 nace la Real Academia Española para intentar fijar un idioma común en una nación que carecía del mismo. En 1734 la Real Academia Médica Matritense, para estudiar y paliar las enfermedades que seguían siendo una prioridad política ante la ausencia de remedios eficaces, y en 1735 la Real Academia de la Historia, para dar una interpretación conjunta a un mosaico histórico tan problemático y fragmentado como el español.

El Colegio de Boticarios de Madrid es algo muy diferente en su constitución y en sus ambiciones. En primer lugar, sus componentes siguen siendo artesanos en su formación, ligados a una enseñanza mediante maestrías con la única excepción de las clases de Botánica y Química impartidas en Madrid; a diferencia de lo que harían los cirujanos durante la Ilustración, no van a ser capaces de articular un sistema de docencia desligado de las estructuras gremiales que les equipare a médicos, abogados o teólogos. En una ciudad dominada en lo sanitario por los médicos del Rey, el Colegio de Boticarios procede de una común creencia religiosa con amplias aspiraciones gremiales y científicas, aunque admite a profesionales de toda España. Al no estar los tiempos para esas veleidades, ni en lo referente a la Farmacia, ni en ningún otro campo de la actividad económica, tratan de convertirse en centro docente. La docencia ligada a los gremios fracasó rotundamente durante la ilustración<sup>127</sup>, y la planteada en el Colegio de Boticarios no fue menos. Cuando en 1805

se ordenó crear un Colegio de Farmacia, dependiente de la Junta Superior Gubernativa, para la enseñanza de los boticarios, el preexistente Colegio de Boticarios le cedió sus locales. Hubieron de separarse porque la docencia era incompatible con el privilegio de la triaca y las largas sesiones de golpes en los morteros campaniles. El Colegio continuó con actividades de tipo científico-profesional, pero cuando en 1895 primero, y en 1917 de manera obligatoria se ordenó la colegiación, rehusó convertirse en el Colegio Oficial de Farmacéuticos de la Provincia y continuó, en tierra de nadie, dedicado a asuntos científicos.

No fue hasta 1932, por influjo de don José Giral, entonces ministro de Marina, cuando se convirtió en Academia de Farmacia, llamada casi inmediatamente Academia Nacional de Farmacia<sup>128</sup>.

El Colegio de Boticarios, pues, es antecedente también de los estudios de Farmacia y de los centros de administración profesional colegiada. Sólo debido a la testarudez de los componentes que en 1917 no quisieron convertirse únicamente en un centro administrativo, subsistieron y se transformaron en Academia.

La mayor diferencia con las demás instituciones académicas —aparte de las reseñadas— deriva, precisamente, de todo lo relacionado con la Triaca.

El privilegio de Felipe V nos explica cómo fue el propio Colegio de Madrid el que puso al monarca y sus asistentes sobre aviso de los modos rituales de latitudes. Pedía autorización para prepararla y la obligación de que si lo quisiera hacer algún profesor de fuera de la capital, lo efectuase con los mismos requisitos de publicidad y garantías sanitarias. Es decir, el colegio solicitaba permiso para obtenerla, pero no el monopolio. Fue el Protomedicato quien lo intentó imponer. En su informe asegura:

*«no hay memoria de haberse ejecutado en España la Composición del Medicamento Teriaca magna de Andrómaco, como, y en la manera que se ha excecutado en esta ocasión»*,

lo cual era una mezquina falsedad. La misma Casa Real acababa de otorgar privilegio al Colegio de Zaragoza y no podía haberse olvidado —los boticarios al menos no lo habían hecho— la actividad de los Colegios de Valencia y del de Barcelona, tan llena de solemnidad. El Protomedicato, sin embargo, quería centralizar también esa competencia para evitar fraudes en una sanidad que tendía a un control absoluto por parte de esa institución. No es de extrañar. El

estado sanitario de España era deplorable y se deseaba una igualdad en todos los trámites burocráticos y en las actividades con la intención de evitar fraudes. El problema no estaba, sin embargo, en la organización administrativa, sino en la eficacia científica de los tratamientos. Por eso, ni la renovación legal de Felipe II, durante el Renacimiento, ni la de los Borbones, durante el XVIII, dio resultados excelentes, aunque se establecieron criterios mucho más racionales y con mucha mayor rapidez.

En el mismo privilegio se informa de la manera de prepararse el medicamento, cuya pompa ritual resultaba muy inferior a la barcelonesa.

Los simples, colocados al parecer en una preciosa vajilla de porcelana china, se expusieron durante tres días en las Descalzas Reales, un convento del centro de Madrid, maravillosamente decorado y estrechamente ligado a la realeza desde el Renacimiento. Allí acudieron el Protomédico, el fiscal del Protomedicato y otros médicos y boticarios. Pasado ese tiempo se preparó en el mismo convento y quedó en la Oficina de farmacia de ese centro religioso, bajo la vigilancia del Protomédico quien también lo tasó<sup>129</sup>.

Una vez obtenido el privilegio, la exposición se efectuaba en la casa colegial, en la calle de San Pedro, frente al Hospital de la Pasión; durante unos días se enseñaban los simples a quien quisiera verlos y se preparaba públicamente el medicamento. El anuncio se comunicaba a la población mediante carteles impresos.

En 1736, una Real Provisión autorizaba a multar a los drogueros y boticarios a quienes se les encontrase triaca *«que sea de fuera de sus reinos»*, lo que nos da idea de que se luchaba contra la procedente de Venecia o Nápoles, pero no contra la aragonesa, valenciana o catalana. De acuerdo con esta hipótesis, en 1765 se habla de impedir la entrada de la triaca de Venecia y de Roma y un año después, una Real Orden del Carlos III manda:

*«que se observe puntualmente la obligación en el reconocimiento de si hay o no en las visitas de boticas, la triaca que fabrica el colegio de esta corte, Zaragoza, Valencia y Barcelona que tienen privilegio para ello».*

Debía denunciarse la que no fuera legítima de esos colegios.

Con el paso del tiempo, el de Madrid intentó convertirse en el único proveedor de ese medicamento y dirigió una carta al Rey para

impedir prepararlo al de Valencia, o que se hiciese con la supervisión de miembros del Colegio madrileño<sup>130</sup>.

En el siglo XIX, lejos de caer en el descrédito, en el *Diccionario de Farmacia del Colegio de Farmacéuticos de Madrid*, editado en 1865, cuando ya se conocían bien los alcaloides, los glucósidos, la química no era dualista, sino unitaria, el darwinismo se sometía a examen e iba triunfando poco a poco, la fisiología avanzaba y Claude Bernard había explicado bien la manera de estudiar la acción de los medicamentos y de provocar enfermedades en el laboratorio para ensayarlos; cuando hacía más de un siglo que había desaparecido de los textos terapéuticos anglosajones, en este libro, tan útil para quienes nos dedicamos a la Historia, luego de hacer un breve relato de la relación de la institución con el medicamento, se proporciona la fórmula utilizada, algo más reducida que la tradicional:

Trociscos escilíticos	24,000 gram.
Agárico	6,000
Azafrán	3,000
Bálsamo de la Meca	6,000
Betún de Judea	1,000
Calaminta montana	3,000
Camepiteos	2,000
Canela	6,000
Canela de Malabar	3,000
Cardamomo menor	2,000
Carprobálsamo	2,000
Castoreos	1,000
Cominos de Marsella	2,000
Distamo crético	3,000
Espicacéltica	2,000
Esquenanto	3,000
Extracto de regaliz	6,000
Flor de cantueso	3,000
Fólio índico	2,000
Galbano	1,000
Goma arábica	2,000
Hojas de costo arábigo	3,000
Incienso	3,000
Marrubio blanco	3,000
Miel superior	Triple cantidad

Mirra	3,000
Nardo índico	3,000
Opoponaco	1,000
Perejil de Macedonia	3,000
Pétalos de rosas castellanas	12,000
Pimienta blanca	3,000
Pimienta larga	12,000
Pimienta negra	3,000
Raíz de aristoloquia tenue	1,000
Raíz de cálamo aromático	2,000
Raíz de cinco en rama	3,000
Raíz de genciana	2,000
Raíz de jengibre	3,000
Raíz de lirio de Florencia	6,000
Raíz de rapóntico	3,000
Raíz de valeriana	2,000
Simiente de ameos	2,000
Simiente de amomo racemoso	2,000
Simiente de anís	2,000
Simiente de dauco crético	1,000
Simiente de hinojo	2,000
Simiente de meo atamántico	2,000
Simiente de nabos	6,000
Sulfato de hierro desecado	2,000
Sumidades de camedrios	2,000
Sumidades de centaura menor	1,000
Sumidades de escordio	6,000
Sumidades de hipericon	2,000
Sumidades de sagapeno	2,000
Tierra de Lemnos	2,000
Trementina de Chio	3,000
Trociscos de Hedicroy	
Trociscos de víboras	
Vino de lo mejor	Cantidad suficiente
Yerba con simiente de bolsa de pastor	2,000
Zamarilla	2,000
Zumo de acacia del país	2,000
Zumo de hipocístidos	2,000

Cada 3,9 gramos contiene aproximadamente 5 cg. De opio  
Calmante, tónico. Dosis de 1 a 3 gr.

En el mismo texto se mencionan los siguientes electuarios:

Triacal; triacal celeste; triacal daitaseron de Mesué; triacal mayor; triacal de esmeralda; triacal de pobres y triacal veterinario.

## **LA REAL BOTICA Y LA TRIACA DE TOLEDO**

Al menos entre los años 1747 y 1751, la Real Botica adquirió Triaca al Colegio de Boticarios de Madrid, pero también la preparó en sus dependencias, al menos en el año 1751. Los simples se expusieron en sus locales y los boticarios reales la compusieron<sup>131</sup>.

Se pone de manifiesto, una vez más, la falta de exclusividad del privilegio del Colegio madrileño.

En Toledo se debió de preparar una triaca muy afamada. Seguramente por Lorenzo Pérez, su padre y sus sucesores. En una visita efectuada en la Real Audiencia de Charcas (actual Bolivia), durante el año 1675, en el inventario de una de las boticas de la ciudad de la Plata, aparece la Triaca de Toledo<sup>132</sup>, muy posiblemente preparada por la escuela dejada por el citado Lorenzo Pérez en aquella ciudad.

De la misma manera que Venecia exportaba el medicamento a todo el mundo, desde España se hacía a los territorios virreinales y a la fama de la barcelonesa, valenciana y zaragozana, ha de añadirse la toledana, al menos desde que Lorenzo Pérez escribiera su libro.

Una carrera acaso demasiado larga para un medicamento inútil del todo y para todo a los ojos de la ciencia actual, en donde las creencias mágicas de los simples medicinales aparecen en todos sus aspectos: la importancia del ritual de recolección, de la persona que los prepara, del rito en la manera de prepararlo, junto a la validación de la liturgia por las autoridades civiles, eclesiásticas y profesionales, y unos evidentes intereses económicos. Una situación tan históricamente compleja pone de manifiesto la dificultad en el cambio de las mentalidades, la imposibilidad de obviar circunstancias culturales y humanas en el análisis de cualquier situación relacionada con la historia del medicamento o con la práctica actual de la farmacia y la gran diferencia existente entre los avances en la historia de la ciencia y de la medicina con respecto a la terapéutica; una cosa es conocer el universo, otra el ser humano y otra muy diferente aplicar esos conocimientos a remediar las enfermedades

de los seres vivos. Durante muchos siglos la terapéutica fue sólo el reducto de la esperanza; hoy afortunadamente ofrece esperanza, seguridad y eficacia.

## EL ORVIETANO

Si a ojos de un científico o un ciudadano medianamente informado, la triaca es un medicamento mágico, el que tratamos ahora es, simplemente, la superchería dentro de la magia.

Aprovechándose de la miseria terapéutica de los tiempos, un famoso charlatán italiano, natural de Orvieto, aunque naturalizado francés, de nombre Cristoforo Contugi, se hizo rico con un medicamento de composición desconocida: el Orvietano.

Los remedios secretos son el antecedente remoto de nuestras especialidades farmacéuticas. Eran fármacos cuya composición sólo conocía el preparador, por lo tanto prohibidos en el uso terapéutico cotidiano. Para evitar la persecución de las autoridades, solicitaban algún permiso de comercialización de cualquier poder, civil o eclesiástico, y así se vendían.

Christoforo Contugi salió de su ciudad en 1642 y se presentó ante el decano de la Facultad de Medicina de París con una carta firmada por Teofrasto Renaudot (1586-1653) y otros diez médicos para que examinaran su remedio.

El cómo entró en contacto con el doctor francés es fácil de adivinar.

Renaudot llegó a París procedente de Loudun, una ciudad próxima a Richelieu y en las cercanías de Tours. Desde su llegada tuvo la protección de Armand Jean du Plessis (1582-1642), el Cardenal Richelieu. Gracias a la misma obtuvo el privilegio de Luis XIII (1601-1643) de editar *La Gazette de France*, cuyo primer número vio la luz el 30 de mayo de 1631. Médico ingenioso y de buen humor, para distraer a sus enfermos escribía gacetillas con las noticias del día. De ahí pasó a ese texto considerado uno de los primeros periódicos del mundo, en donde llegó a contar con las colaboraciones de su protector. Como tenía una sección de rudimentarios anuncios tiene también la prioridad en el campo de la publicidad gráfica y al divulgar algunos conocimientos relacionados con la ciencia, en el del periodismo científico.

El mecenazgo real hizo que en 1640 le otorgasen una carta de patente para que se ocupase «no sólo en la investigación de los secretos y cosas más escondidas del arte de la medicina», sino que en su oficina «toda persona curiosa pudiera hacer experiencias de los múltiples inventos útiles al público y especialmente a los pobres».

Para ello debía tener «toda suerte de hornos, alambiques, matraces, recipientes y otros vasos de química y espargiria para extraer, por las operaciones de dicho arte, toda suerte de aguas, óleos, sales, magisterios, extractos, quinta esencias, cales, tinturas, régulos, precipitados...»

De esa manera Renaudot organizó una consulta gratuita a los pobres que era muy visitada, ante el disgusto de la facultad médica parisina, liderada por Guy Patin. El final del médico no fue bueno. En torno suyo se produjo una proliferación tal de personajes deseosos de dar a conocer supuestos secretos infalibles, que acabó desacreditado, en la pobreza, la marginación y acusado de hechicería<sup>133</sup>.

En ese ambiente de asistencia gratuita a los pobres, búsqueda de los remedios ocultos de la naturaleza y una valoración de lo más novedoso de la ciencia del momento, sin distinguir entre lo realmente científico y lo mágico o supersticioso, Cristoforo Contugi debió convencer a Renaudot de la excelencia de su remedio.

Al parecer no fue él su primer preparador. Simón Paulli (1602-48), el anatomista, cirujano y botánico, autor de la *Flora Danica* (1648) dice que su autor fue un circunforáneo llamado Lupi de Orvieto, quien habría preparado un producto contra los dolores, la fiebre, la mordedura de los animales venenosos y la peste.

Otro italiano, Gerónimo Ferranti, erigió un teatrillo en el patio del Palais Royal, desde donde vendía el remedio, apoyado en su elocuencia y en unos cartelitos semejantes a los empleados en España por los ciegos para recitar sus romances. En 1628, Giovanni Vitruvio recibió del cardenal Aldobrandini, el privilegio de venderlo en los estados de la Iglesia<sup>134</sup>.

El aspecto teatral del asunto despertó el interés del mismísimo Jean-Baptiste Poquelin, alias Molière, quien en su *L'amour médecin*, (1665) escribe irónicamente:

*L'or de tous les climats qu'entoure l'Océan  
Peut il jamais payer ce secret d'importance ?  
Mon remède guérit par sa rare excellence*

*Plus de maux qu'on n'en peut nombrer dan un an  
La gale –la rogne –la teigne –la fièvre –la peste –la gooutte  
Verole –descente –rougeole  
O grande puissance de l'orvietan.*

Tiempo después es François-Marie Arouet, Voltaire (1694-1778), quien lo hace aparecer en uno de sus cuentos. En *Popurrí* habla de un pueblo suizo, en el camino de Appenzel a Milán:

*«Era precisamente en ese pueblo donde los charlatanes de Orvieto habían abierto la tienda de su orvietán. No tardaron en darse cuenta de que, insensiblemente, la canalla se iba a las marionetas, y de que vendían en la región la mitad menos de jabones y de unguento para las quemaduras...»*<sup>135</sup>

Pese a las ironías, Pierre Pomet lo incluye en su *Histoire Generale des Drogues*<sup>136</sup>, junto a la triaca y el mitridato, pues era un electuario de composición más parecida a la primera que al segundo. Además de muchas hierbas teóricamente alexifármacas, entre las cuales no estaba ningún derivado del opio, llevaba carne de víbora y miel. En España, ya en el siglo XIX, en el muchas veces citado *Diccionario de Farmacia*, aparece su fórmula entre los electuarios. Nos da la composición e indica que compitió con la triaca al atribuirse idénticas propiedades.

El Orvietano empezó como remedio secreto. Se vendió en la plaza pública por charlatanes y, a pesar de su radical inutilidad, alcanzó gran fama, entró en las farmacopeas y se dispensó, con una constitución muy parecida a la de la triaca, en las boticas de los conventos y en las públicas de toda Europa.

De esa manera la triaca o sus similares triunfaba en el terreno de la farmacología oficial; en el de lo que en su propia época se tomaba por charlatanería; entre las principales corrientes científicas renacentistas, barrocas e ilustradas; en el mundo del poder temporal, en el del eclesiástico y en el de los negocios. Algo muy difícil de entender si no acudimos al más profundo territorio del miedo a la muerte, de la orfandad terapéutica ante multitud de enfermedades, leves algunas, mortales las más y al de la indiferencia terapéutica. Unos médicos recetaban remedios encarnizados como la purga, la sangría, dolorosos cauterios. Otros se inclinaban por el agua. Algunos trataban de estrujar los secretos de la naturaleza con excelente fe. Otros, los bolsillos de los pacientes desahuciados. Nadie se daba por vencido en la lucha contra la enfermedad y la muerte.

## UN FINAL SENTIMENTAL

Aunque uno se sienta en plena actividad científica, la entrada en la Real Academia Nacional de Farmacia supone un hito en la carrera profesional. Permítanme una ligera reflexión de agradecimiento hacia quienes me han permitido hoy estar aquí.

En primer lugar, claro, las académicas y académicos que han tenido la amabilidad de presentarme y votarme. Ese hecho no habría sido posible si no hubiera nacido. Lo hice —como se diría en el siglo XVI— a un tiro de arcabuz de aquí, en la Plaza de San Ildefonso, en la casa situada sobre la Oficina de Farmacia, sita enfrente de la parroquia; mi recuerdo agradecido a mi madre y a mi padre, quien, por cierto, estudió en esta institución cuando era Facultad de Farmacia. Mi abuelo Antígono fue miembro de esta Academia y su dolorida memoria se guarda en una lápida colocada en nuestro museo. Entre los boticarios que han influido en mi vida no puedo dejar de mencionar a Guillermo Folch, mi querido maestro y amigo, también académico, tan prematuramente desaparecido. Como ven, entrar en esta casa, en cierta manera supone volver a la mía de siempre, a la de una larga estirpe de boticarios, aunque lo hago con muchos más años y, paradójicamente, con mejor y más sereno espíritu.

No puedo ni quiero olvidar a mis maestros y compañeros del Colegio del Pilar, en donde aprendí las bases de casi todo lo que después desarrollé en la universidad o por mi cuenta, ni claro está a mis maestros universitarios, muchos de ellos miembros ya desaparecidos de esta institución.

En el privilegiado ejercicio como catedrático universitario he de agradecer —además de al destino— a la Universidad Complutense, a la Facultad de Farmacia, al Departamento de Farmacia y Tecnología y sobre todo al grupo de Historia de la Farmacia, la convivencia cotidiana y el compañerismo, en ocasiones casi familiar (en el buen y en el mal sentido) con que me llevan tratando desde hace más de cuarenta años. El personal administrativo y de servicios asignado a nosotros ha sido imprescindible para hacer posible mi actividad, en ocasiones demasiado acelerada, y tienen todo mi agradecimiento. También me siento en deuda con los alumnos de licenciatura y de tercer ciclo. Con su generosidad y ambición permiten a los profesores con la suficiente sensibilidad efectuar un ejercicio alquímico de permanente juventud espiritual.

Mi investigación no hubiera sido lo que es sin la ayuda inicial del casi legendario seminario dirigido por José Luis Peset y Joaquín Fernández, el contacto con ellos, con el núcleo de Historiadores de la Medicina y de la Ciencia de la Complutense y del CSIC, con personas como Laín Entralgo, Diego Gracia o Elvira Arquiola, entre los maestros, o Antonio Lafuente entre los discípulos, me permitieron imprimir una cierta novedad a mis trabajos iniciales, como también el estudio de los textos de quien luego conocí y admiré más, José María López Piñero o mi compañero generacional José Manuel Sánchez Ron.

El Ateneo y la dirección de la Cátedra Rodríguez Carracido, junto a la infatigable labor difusora de las humanidades farmacéuticas de Daniel Pacheco y Benito del Castillo, permitieron dar mayor proyección social a mi trabajo científico.

Mis colaboraciones en la prensa farmacéutica me han obligado a mantenerme siempre en forma y en contacto con los profesionales farmacéuticos.

La pertenencia al patronato de la Fundación de Ciencias de la Salud, además de una aventura personal apasionante, ha supuesto la posibilidad de entrar en contacto con las gentes excepcionales que formaron y forman su Patronato y su entramado estructural y me han enseñado, sobre todo, lo que es el trabajo de excelencia y en equipo.

Y luego están los amigos. Sin familia uno no tiene raíces. Sin amigos, ¡qué habría sido de mí! Permítanme recordar, entre todos, a Antonio Amaya, desgraciadamente ya desaparecido, y a Lisi Lega, afortunadamente a nuestro lado, sin los cuales la vida habría sido mucho más oscura.

Entre los amigos y algo más, mi hijo Ignacio, que nos acompaña desde su nacimiento y hace también que vivamos nuestra vida de manera más luminosa y apasionada, y claro está, Begoña, mi mujer desde hace ya tanto tiempo que no distingo bien entre mis límites y los suyos. Juntos hemos pasado momentos difíciles, nos hemos acompañado en las variadas etapas de una actividad vital cambiante y procuramos disfrutar serenamente de la vida.

Cuando uno se detiene y se mira, se da cuenta de lo poco que hubiera sido, de lo complicado que es vivir sin compasión ni piedad, sin amor en definitiva, para con uno mismo, hacia los demás y de

los demás. Yo soy parte de mis amigos, de las instituciones en donde trabajo, de mis padres y maestros, de mis alumnos, de mi esposa, de mi hijo y esa humana condición y mi trabajo es lo que ahora pongo al servicio de esta Real Academia, a la que agradezco mucho que me acoja entre sus miembros.

He dicho.

## NOTAS

<sup>1</sup> Antonio PORTOLÉS, *Supervivencia e individualidad en biología*, Madrid, Instituto de España/Real Academia Nacional de Farmacia, 2001.

<sup>2</sup> Antonio PORTOLÉS (coord.), *Autoinmunidad: algunos aspectos básicos y clínicos*, Madrid, Real Academia Nacional de Farmacia, 1996.

<sup>3</sup> Antonio PORTOLÉS, *Aportaciones al estudio de la antibiótico-resistencia in vivo*, Madrid, CSIC, 1962.

<sup>4</sup> Antonio PORTOLÉS, *Inmunofarmacología. Nuevos horizontes en biomedicina y farmacoterapia: discurso leído en la sesión del día 16 de octubre de 1986 para su ingreso como Académico de Número*, Madrid, Instituto de España/Real Academia Nacional de Farmacia, 1986.

<sup>5</sup> Antonio PORTOLÉS (coord.), *Sesión extraordinaria conmemorativa del centenario del nacimiento de José María Albareda Herrera*, Madrid, Anales de la Real Academia de Farmacia, 2002.

<sup>6</sup> Sesión necrológica en Homenaje al Excmo. Señor Don Antonio Portolés Alonso, con la participación del Excmo. Señor Don David Martín Hernández; el Ilmo Profesor Doctor Don Rubén López, la Excmo Señora Doña María del Carmen Francés, presidida por el Excmo. Señor Don Juan Manuel Reol Tejada, *Anales de la Real Academia de Farmacia*, 2006, 72, págs. 165-192.

<sup>7</sup> Javier PUERTO, *Historia de la Ciencia. Una disciplina para la esperanza*. Madrid, Akal, 1991; *El Mito de Panacea. Compendio de Historia de la Terapéutica y de la Farmacia*, Aranjuez, 1997.

<sup>8</sup> M.<sup>a</sup> del Carmen FRANCÉS CAUSAPÉ, *El devenir de la Historia de la Farmacia en España* (puede consultarse en la página web de la Real Academia Nacional de Farmacia).

<sup>9</sup> Antonio GONZÁLEZ BUENO, *Guía de Fuentes para la Historia de la Farmacia*, s.l., Fundación Profesor Nacle Herrera, 2006.

<sup>10</sup> Proyecto de investigación: *Historia de los medicamentos mágicos en España*, subvencionado por la Universidad Complutense de Madrid. PR1/08-15927-A.

<sup>11</sup> Pierre POMET, *Historie Generale des drogues simples et composees...* Paris, Chez Etienne Ganeau & Louis-Etienne Ganeau fils, 1735, Tomo II, pág. 178. Este libro lo escribió el padre, droguero, en el siglo XVII y lo reeditó, corregido y ampliado, el hijo de idéntico nombre en la fecha citada. Por eso, en unas ocasiones atribuyo su obra a un siglo o a otro, aunque el grueso de su saber procede del Barroco.

<sup>12</sup> Lorenzo PÉREZ, *Libro de Theriaca, limpio de los errores hasta nuestros tiempos en ella cometidos y utilísimo para preparar y conseguir muchos simples y compuestos cada día recibidos en el uso de Mediciana...* Toledo, Juan de Ayala, 1575, pág. 8.

<sup>13</sup> Pedro GARCÍA BARRENO (ed.), Claude BERNARD, *Introducción al estudio de la medicina experimental*, Barcelona, Crítica, 2005.

<sup>14</sup> Biblioteca Nacional de París, Supplément grec 247; ed. Facs. M. MOLEIRO, ed. Barcelona, 1997.

<sup>15</sup> Se puede localizar en los mapas publicados por Georges DUBY, *Atlas histórico mundial*, Barcelona, Ed. Debate, 1987, págs. 20 y 35.

<sup>16</sup> El escritor Apolodoro vivió hacia el 140 a.C.

<sup>17</sup> Luis Alberto DE CUENCA, *Necesidad del mito*, Murcia, Nausícaä, 2008.

<sup>18</sup> De Cratevas nos dan noticia Fridolf KUDLIEN, «Medicina helenística y helenístico-romana (300 a.C.-100 d.C.)», en Pedro LAÍN (dir.), *Historia Universal de la Medicina*, Barcelona, Salvat, 1972, T. II, pág. 193; Heinrich SCHIPPERGES, «La medicina en el medioevo árabe», en Pedro LAÍN (dir.), *op. cit.*, T. III, pág. 89; Francisco GUERRA, «La materia médica en el Renacimiento», en Pedro LAÍN (dir.), *op. cit.*, T. III, pág. 131; N. F. J. ELOY, *Dictionnaire historique de la médecine ancienne et moderne*, Mons., chez H. Hoyois, 1778, T. I, pág. 728.

<sup>19</sup> El texto latino y la traducción italiana lo publicó Enrico COTURRI, Firenze, Olschki, 1959.

Durante el Renacimiento se hicieron diversas publicaciones del texto. En el libro *Galeni Librorum pars secunda: quorum indicem VIII pagina continet...* Venteéis, in aedibus Aldi et Andreae Azulani soceri, 1525, aparece el tratado *De theriaca ad Pisonem* y *De theriaca ad Pamphilianum*.

<sup>20</sup> Alain TOUWAIDE, «Los poemas de Nicandro y *el Parisinus* en las ciencias médicas de Bizancio», en M. MOLEIRO (ed.), *op. cit.*, págs. 109-162.

<sup>21</sup> Luce BOULNOIS, *La ruta de la seda, dioses, guerreros y mercaderes*, Barcelona, Ed. Península, 2004, pág. 111.

<sup>22</sup> Javier PUERTO, *El Mito de Panacea. Compendio de Historia de la Terapéutica y de la Farmacia*, Aranjuez, Doce Calles, 1997, y David Gonzalo MAESO, «Un jaenés, ministro de dos califas (Hasday ibn Shaprut)», *Boletín del Instituto de Estudios Jiennenses*, Jaén, 1956.

<sup>23</sup> Ibn YULYUL, *Tratado sobre los medicamentos de la Triaca*, ed. y trad. por Ildelfonso GARIJO, Córdoba, cátedra de Lengua y Literatura árabes de la Universidad de Córdoba, 1992.

<sup>24</sup> Ib Sinna AVICENA, *Liber Canonis. Avicena revisus et ab ovni errore mendaque purgatus zumaque cum diligentia impressus. Translatus a Gerardo Cremonensi in Toledo ab arabico in latinum*. Venedig, 1507, liber V, Summa I, Tractatus, I, 1:507b. Reimpresión en Hildesheim: Georg Olms Verlagsbuchhandlung, 1964. De la difusión del Canon entre los médicos judíos se ocupa Lola FERRE, «Avicena hebraico: la traducción del *Canon de Medicina*», *MEAH*, sección Hebreo, 2003, 52: 163-182.

<sup>25</sup> B.N.F. Departamento de manuscritos orientales (Ms. Arabe, 2964, antiguamente Suplemento árabe, 2433). Llevado a la biblioteca en 1883, formaba parte de la colección particular del farmacéutico parisino, J. F. Bonastre; Jeanne MOULIERAC, «Les thériaques», en *A l'ombre d'Avicenne, la médecine au temps des califes*, Paris, Institut du Monde Arabe, 1996-1997, págs. 100-103.

<sup>26</sup> Una curiosa e interesante historia de los dragones, traducida al castellano, Kart SHUKER, *Dragones. Una historia ilustrada*, Textcase, impreso en China, 2006, con una amplia bibliografía. También, Máximo IZZI, *Diccionario ilustrado de los monstruos: ángeles, diablos, ogros, dragones, sirenas y otras criaturas del imaginario*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2000.

<sup>27</sup> ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* (versión española de José OROZ RETA y Manuel A. MARCOS CASQUERO), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1983, pág. 81.

<sup>28</sup> Carlos PUJOL, *La casa de los santos*, Madrid, Ediciones Rialp, 1991, pág. 144.

<sup>29</sup> The British Library, add. Ms. 11695; aparece el dragón de las siete cabezas con finalidad, sin duda, metafórica, fue copiado e iluminado entre 1091 y 1109.

<sup>30</sup> Apocalipsis Gulbenkian, Museo Calouste Gulbenkian de Lisboa, Ms. La. 139. Seguramente se copió e iluminó en Londres entre 1265-1270. También aparece el dragón de las siete cabezas, atacado por una cohorte de ángeles y santos.

<sup>31</sup> *Hortus sanitatis, vel tractatus de herbis et plantis, de animalibus omnibus et de lapidibus*. Argentinae, Johanes Pruess, 1497.

<sup>32</sup> *Hortus Sanitatis, sive tractatus herbarum, lapidum, animalium...*, cap. 26.

<sup>33</sup> Ulisse ALDROVANDI, *...De piscibus libri V...* Bononiae: apud Bellagambam, 1613; *De animalis insectis libri septem...*, Bononiae: Clementem Ferronium, 1638; *Monstrorum historia...* Bononiae: Nicolai Tebaldini, Marci Antonii Berniae, 1642.

<sup>34</sup> Konrad GESNER, *Historiae animalium liber II...* Francofurti: Ioannis Wecheli; Roberti Cambieri, 1586.

<sup>35</sup> Charles L'ECLUSE, *Exoticorum libri decem: quibus animalium, plantarum...* Leiden, Officina Plantiniana, 1605.

<sup>36</sup> Pierre POMET, «Histoire Generale...», *op. cit.*, Libro I, pág. 31.

<sup>37</sup> Fray Estevan DE VILLA, *Examen de boticarios compuesto por... monje de San Benito, en el Real Convento de San Juan de Burgos y administrador de su botica*. Çaragoça, Gaspar Tomás Martínez, 1698, fol. 58-59.

<sup>38</sup> Fernando DE ROJAS, *La Celestina*, Ed. Pedro M. PIÑERO, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 255.

<sup>39</sup> Diego GRACIA GUILLÉN, «La fisiología escolástica de Fray Bernardino de Laredo», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 1973, 12, págs. 125-192.

<sup>40</sup> Luis GARCÍA BALLESTER, *La búsqueda de la salud. Sanadores y enfermos en la España medieval*, Barcelona, Península, 2001.

<sup>41</sup> Cándida FERRERO HERNÁNDEZ, *Liber contra venena et animalia venenosa*, Barcelona, Tesis Doct al inédita, Universidad Autónoma de Barcelona, 2002.

<sup>42</sup> Tomás DE CANTIMPRÉ, *Liber de natura rerum*, lib. IX. Dir. Luis GARCÍA BALLESTER, Granada, Universidad, 1974.

<sup>43</sup> F. ROSNER, «Moses Maimonides. Teatrise on Poisons», *JAMA*, 1968, 205, 98-100.

<sup>44</sup> V. Juan A. PANIAGUA, *El maestro Arnau de Vilanova médico*, Valencia, Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 1969; Lynn THORNDIIKE, A

*history of magic and experimental science*, New Cork, Columbia University Press, 1923?-1958 (VIII vols.).

<sup>45</sup> Luis GARCÍA BALLESTER, «La búsqueda...», *op. cit.*, pág. 580.

<sup>46</sup> Arnaldo DE VILLANOVA *Opera Medica Omnia (AVOMO) III, Tractatus de amore heroico-Epistola de dosi tyriacalium medicinarum*, Michael McVAUGH (ed. e introd.), Barcelona, Universitat de Barcelona, 1975.

<sup>47</sup> Sebastià GIRALT SOLER, *DECUS ARNALDI. Estudis entorn dels escrits de Medicina pràctica, l'ocultisme i la pervivència dels corpus atribuït a Arnau de Vilanova*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2002. Tesis doctoral dirigida per José Martínez Gázquez.

<sup>48</sup> *Nicandri Theriaca. Eiusdem Alexipharmaca: interpretario innominati authoris in Theriaca, commentarii deuersorum authorum in Alexipharmaca exposition ponderum, mensuratum signorum et characterum*, Venetiis, in aedibus Aldi et Andrea Asulani socii, 1522.

*Nicandri Colophonii... Theriaca/Pedro Iacobo Steue... interprete et narratore... Valentiae, Ioannem Mey, 1552.*

*Nicandri... Theriaca et Alexipharmaca, cum scholis/interprete Iohanne Lonicero, Colonia, Iohan Soteris, 1531.*

<sup>49</sup> *Averrois Cordibensis Colliget Libri VII... Tractatus de Theriaca, nunquam antea impresus... Venetiis, apud Iuntas, 1553.*

<sup>50</sup> Bartolomeo MARANTA, *Della Theriaca et del Mithridato libri due...*, Venecia, Marc'Antonio Olmo, 1572.

<sup>51</sup> Antonio José CAVANILLES, «Discurso sobre algunos botánicos españoles del siglo XVI», *Anales de Ciencias Naturales*, 1804, 7, págs. 99-141; Miguel COLMEIRO, *La botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana, estudios bibliográficos y biográficos*, Madrid, imp. Rivadeneyra, 1858. Quintín CHIARLONE y Carlos MALLAINA, *Historia de la Farmacia* (2.<sup>a</sup> ed.), Madrid, José M. Ducazcal, 1865; Rafael ROLDÁN GUERRERO, *Diccionario biográfico y bibliográfico de autores farmacéuticos españoles*, Madrid, IMPHOE, 1976; José María LÓPEZ PIÑERO, Thomas F. GLICK, Víctor NAVARRO BROTONS, Eugenio PORTELA MARCO, *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, Barcelona, Península, 1983.

<sup>52</sup> Luis GIL, «Therapeia...», *op. cit.*, pág. 179.

<sup>53</sup> Alonso LÓPEZ DE CORELLA, *Secretos de Filosofía y Astrología y Medicina y de las cuatro Matemáticas Ciencias. Colegios de muchos y diversos autores y divididos en cinco quinquagenas de preguntas*. Zaragoza, 1547. Introducción y edición Juan CRUZ CRUZ, pág. 328. Pregunta CLIX por qué causa la saliva de los hombres es veneno.

*Matar al escorpión  
la tal saliva bien puede,  
y aún al hombre da infección:  
para aquesto no hay razón  
que por propiedad procede.  
Así dicen que no es bueno  
beber lo que otros han dejado;  
pues si la saliva ha quedado  
suele ser como veneno.*

Dice en su glosa López de Corella: «que la saliva del hombre sea veneno para otros muchos animales venenosos, proviene de propiedad, como la saliva de muchos animales es venenosa para el hombre. En la saliva está impresa el calor de los miembros principales. Por ser la saliva del hombre veneno a las cosas venenosas vino en costumbre que al ver un sapo dijese: escúpele.

La saliva de un hombre sano no es veneno a otro hombre. Lo mismo que la saliva de un escorpión o una víbora no es veneno para otra por su similar compleción.

La saliva de un hombre no es veneno, aunque si tomase muchas cosas malignas podría dañar a otro.

Así dice Avicena que dañaría mucho la saliva del hombre que en ayunas hubiese comido lentejas, en especial si el tal está airado».

Las palabras del médico renacentista podrían tomarse como un ligero vislumbre de la teoría moderna del contagio, en realidad no. Mediante ellas se ve que lo contagioso podría ser el mal efluvio de la saliva y que a las serpientes se las considera venenosas por la misma.

<sup>54</sup> Salvatore DE RENZI, *Storia della Medicina italiana*, Napoli, dalla tipografia del filiatre-Sebezio, 1846, T. IV, págs. 85-89; [www.francescoredi.it](http://www.francescoredi.it) «Francesco Redi. Scienziato e poeta alla Corte dei Medici».

<sup>55</sup> Francesco REDI, *Osservazioni intorno alle vipere*, Firenze, All infegna Della Setella, 1664.

<sup>56</sup> M. CHARAS, *Nouvelles experiences sur la vipere*, Paris, chez l'auteur; Olivier de Varrinthe, 1669.

<sup>57</sup> Alberico BENEDICENTI, *Malati-medici e farmacisti, storia dei rimedi traversa i secoli e delle teorire che ne spiegano l'azione sull'organismo*, Milano, Tipografía Sociale del cav. Carlo Sironi, 1924, pág. 1019.

<sup>58</sup> Francisco VÉLEZ DE ARCINIEGA, *Historia de los animales más recibidos en el uso de la medicina*, Madrid, Imprenta Real, 1613.

<sup>59</sup> Fernando DE ROJAS, «Celestina», *op. cit.*, pág. 89.

<sup>60</sup> Alonso LÓPEZ DE CORELLA, «Secretos de Filosofía...», *op. cit.*, pág. 391.

<sup>61</sup> La identificación aproximada de los simples puede hacerse mediante el *Diccionario de Farmacia del Colegio de Farmacéuticos de Madrid*, Madrid, imprenta de los señores Martínez y Bogó, 1865, y Pío FONT QUER, *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*, Barcelona, ed. Labor, 15.<sup>a</sup> ed., 1995.

<sup>62</sup> *El libro magno de San Cipriano, Tesoro del hechicero*, Barcelona, Editorial Humanitas, 1990.

<sup>63</sup> Marie DE RABUTIN-CHANTAL, MARQUISE DE SÉVIGNÉ, *Cartas escogidas*, ed. Fernando SOLDEVILLA, Buenos Aires, El Ateneo, 1944. Para su peripecia vital puede consultarse, Roger DUCHÈNE, *Madame de Sévigné*, Poitiers, Fayard, 2002.

<sup>64</sup> M. CHARAS, «Nouvelles experiences...», *op. cit.*, pág. 136.

<sup>65</sup> Carlo PANICELLI, *Tratato de gl'effetti maravigliosi delle carni di vipere. Per conservare il corpo sano, e sicuro da veleni, prolongar la gioventù, ritardar la vecchiezza, liberare da Mopti mali incurabili, con altri mirabili effetti*, Firenza, Simona Ciotti, 1630.

<sup>66</sup> Hija de los reyes de Portugal, Juan V y María Ana, nacida en Lisboa, casó en 1729 con el Príncipe de Asturias, que luego reinaría como Fernando VI. Fue de salud muy delicada.

<sup>67</sup> Archivo General de Palacio. Reinados. Fernando VI. Caja 97, exp. 2, citado por Carolina Mónica AYALA BASANTE. *La Real Botica durante el reinado de Fernando VI (1746-1759)*. Madrid, Universidad Complutense, 2006 (Tesis doctoral inédita, dirigida por María Esther Alegre Pérez y Gloria Frutos Cabanillas).

<sup>68</sup> Juan DE ALÓS, *Pharmaco-medica dissertatio de viperis trochiscis...*, Barcinone, ex praelo Martín Jalabert, 1664; *Criticum apologema... theriacales pastillas...*, Barcinone, 1665; Pedro Jerónimo GIL DE CASTELDASES, *Clypeus veritatis, explicans Faleni mentem ada compositionem throciscorum de viperis...*, Zaragoza, Juan de Ibar, 1665; Miguel VILAR, *Statera Iatrica Valentina in Theriacis viperis pastillis...*, Barcelona, Martín Jalabert, 1664; Luis ALMANDOS y otros, *Sobre la composición de la Triaca Magna*, Zaragoza, 1664.

<sup>69</sup> Martín MARTÍNEZ, Madrid, 1684-Madrid, 1734. Fue profesor de Anatomía, médico de Cámara de Felipe V, examinador del Protomedicato y director de la Regia Sociedad de Medicina de Sevilla. Médico renovador, sus ideas fueron divulgadas por Feijoo en su *Teatro crítico*. Entre sus obras destacan: *Medicina scéptica y cirugía moderna*, Madrid, 1722-25; *Anatomía completa del hombre*, Madrid, 1728, y *Philosophia escéptica*, Madrid, 1730.

<sup>70</sup> Martín MARTÍNEZ, *Discurso sobre las víboras*, s.l. 1721. Publicado por Diego NUÑEZ y José Luis PESET, *De la Alquimia al panteísmo. Marginados españoles de los siglos XVIII y XIX*, Madrid, ed. Nacional, 1983, págs. 283-304. V. J. M. LÓPEZ PIÑERO, T. GLICK, V. NAVARRO, E. PORTELA, *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, Barcelona, Península, 1983, vol. 2, págs. 34-35.

<sup>71</sup> N. MESADO, *Las pinturas rupestres de «la Covatina del Tossalet del Mas de Rambla», Vilafranca-Castellon», Lucentum*, Universidad de Alicante, 1989, vol. VII-VIII.

<sup>72</sup> Juan Gaspar ESCOLANO, *Décadas de la historia de la insigne y coronada ciudad de Valencia*, aumentada por Juan B. PERALES, Valencia, 1878-1880. Tres tomos.

<sup>73</sup> Antonio Josep CAVANILLES, *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía y Agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, Madrid, Imprenta Real, 1795, Tomo I, pág. 79.

<sup>74</sup> Rafael MONFERRER GUARDIOLA, «El cólera de 1855 y 1885 en Castellfort. Recuerdo médico, aspectos sociales y epidemiología», *Boletín de Amigos de Morella y su comarca*, año IX, 1987-88 y <http://es.geocities.com/portellweb/histo>. V. *Llibre de comptes de Castellfort de 1661-1721*. «Item pagá per lo valor de 83 escursons que per ordre de sa majestad s'agafaren en lo terme de la present villa i per ordre del Consell se pagaren a un sou cada hu».

<sup>75</sup> La captura de las víboras se puede leer en *Officina medicamentorum, et methodus recte eadem componenda, cum variis scholiis, et aliis quamplurimis, ipsi operanicesariis, extentia Valentínour Pharmacopolarum. Auctore eorundem Collegio. Valentiae, Iohanem Chrystonomum Garriz, 1601, pág. 207. Se ocupó de las mismas, Rafael FOLCH, «Las Farmacopeas de Valencia», *El Monitor de la Farmacia*, 1930, XXXVI, págs. 2-7, 1931, XXXVII, págs. 33-38 y 81-87. De todos los temas relacionados con el colegio de Valencia y su Farmacopea se ha ocupado, con singular acierto, Pedro VERNIA, *Historia de la Farmacia valenciana*, Valencia, Borgino, S. A., 1994.*

<sup>76</sup> Ramón JORDI, «Relaciones del Colegio de Boticarios de Barcelona con los médicos de la ciudad y sus interrelaciones con la triaca (1531-1574)», *Circular Farmacéutica*, 1987, núm. 296, págs. 305-326.

<sup>77</sup> De algunos de estos temas se ocupó Rafael FOLCH ANDREU, «Las serpientes y su veneno. Medicamentos que con ellas se han preparado», *Farmacia Nueva*, 1959, núms. 273, 274, 275.

<sup>78</sup> V. Carolina Mónica AYALA BASANTE, «La Real Botica durante el reinado de Fernando VI...», *op. cit.*, págs. 156-159.

<sup>79</sup> Alonso LÓPEZ DE CORELLA, «Secretos de Filosofía...», *op. cit.*, pág. 118.

<sup>80</sup> Infante Don Juan Manuel, *El Conde Lucanor*; también Ignacio MALAXECHEVERRÍA, *Fauna fantástica de la península ibérica*, San Sebastián, Kriselu, 1991.

<sup>81</sup> Lorenzo PÉREZ, «Libro de Theriaca...», *op. cit.*, pág. 303.

<sup>82</sup> Andrés LAGUNA, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*, Salamanca, Mathias Gast, 1566, Libro II, cap. 23.

<sup>83</sup> Andrea ALCIATI, *Andrea Alciati Emblemata...*, Valentiae, apud haerederum Hieronymi Vilagrassa, 1676.

También Rafael FOLCH ANDREU trató sobre el simple medicamentoso animal en «El castor y el castoreo», *Farmacia Nueva*, 1958, núm. 261.

<sup>84</sup> Sobre el empleo farmacológico de la miel a lo largo de la historia, v. José María DE JAIME LOREN, *La miel en la farmacia y en la alimentación a lo largo de la Historia*, Valencia, Universidad Cardenal Herrera-CEU, 2004.

<sup>85</sup> Juan ESTEVA DE SAGRERA, *Historia de los antiácidos*, Barcelona, Laboratorios Almirall, s.f.

<sup>86</sup> Melchor DE VILLENA, Vicente Miguel GIL, Diego PRUÑONOSA, *Relación y discurso de la esencia, preservación y curación de las enfermedades pestilentes que hubo en la muy noble, y leal ciudad de Valencia el año pasado de 1648, por los doctores, Melchor de Villena, catedrático de yerbas, y demás simples, Vicente Miguel Gil, catedrático de Hipócrates, y Diego Puñonosa, catedrático de anatomía, y examinadores de medicina en la universidad de Valencia, a la augustísima y católica R.M. de Filipo IV el Grande, Rey de las Españas y Emperador de América*, Valencia, casa de los herederos de Crisóstomo Garriz, por Bernardo Nogués, 1648?, fol. 16.

<sup>87</sup> <http://www.um.es/ipoa/fortuna/arqueo/folleto.htm>

<sup>88</sup> Para entender el modo de operar respecto a este tipo de plantas: Guy DUCOURTHIAL, *Flore magique et astrologique de l'antiquité*, Paris, ed. Belin, 2003. La determinación aproximada del nombre científico de las plantas se ha efectuado mediante los libros antes citados de Pío FONT QUER y el *Diccionario del Colegio de Farmacéuticos de Madrid*; en el primero pueden consultarse las virtudes atribuidas en la actualidad y en el *Dioscórides* de Andrés LAGUNA, también citado con anterioridad, las sugeridas durante el Renacimiento.

<sup>89</sup> Andrés LAGUNA, «Pedacio Dioscórides...», *op. cit.*, libro VI, cap. XVIII.

<sup>90</sup> A. CHALMETA, *Nuestro laudano de Sidenham*, Madrid, J. Sánchez Ocaña, 1932.

<sup>91</sup> Thomas DE QUINCEY, *Confesión o fan English opium Ester*, Harmondsworth, Penguin, 1971 (existen varias traducciones en castellano). V. Jules BOISSIÈRE, *Fumadores de opio*, Valencia, Pretextos, 2005. Aldous HUXLEY, *Las puertas de la percepción. Cielo e infierno*. Primera edición en 1954.

<sup>92</sup> Antonio ESCOHOTADO, *Guía de drogas*, Barcelona, Ómnibus Mondadori, 1960; *Historia General de las drogas*, Madrid, Alianza, 1995.

<sup>93</sup> Pedro LAÍN, Diego GRACIA, «La Gran Bretaña», en Pedro LAÍN (dir.), *H.U.M., op. cit.*, Tomo V, pág. 268.

<sup>94</sup> Pedro LAÍN, «Farmacología, farmacoterapia y terapéutica general», en Pedro LAÍN (dir.), *H.U.M., op. cit.*, Tomo VI, págs. 259-166.

<sup>95</sup> G. VALETTE, *Manual de Farmacodinamia*, Barcelona, Toray-Masson, S. A., 1966.

<sup>96</sup> Andrés LAGUNA, «Pedacio Dioscórides...», *op. cit.*, Libro V, cap. I.

<sup>97</sup> [www.gianniferretti.it/teriaci.ht](http://www.gianniferretti.it/teriaci.ht) en donde se analizan los diferentes componentes aconsejados por las principales farmacopeas europeas.

<sup>98</sup> Diego GRACIA, «El fármaco en la Edad Media», en Diego GRACIA, Guillermo FOLCH (dir.), *Historia del medicamento*, Barcelona, ediciones Doyma, 1984, Tomo I, págs. 67-99.

<sup>99</sup> Alberico BENEDECENTI, «Malati-medici e farmacisti...», *op. cit.*, T. II, págs. 1022-1023.

<sup>100</sup> Marsilio FICINO, *Tres libros sobre la vida*, Madrid, Asociación Española de Neuro-psiquiatría, 2006, pág. 12 y ss.

<sup>101</sup> Joseph DE CHESNE (QUERCETANO), *Pharmacopoea dogmaticorum restituta*, Francofurti, typis Ioannis Bringeri, impensis Rulandiorum, 1614, es la edición conservada en la Universidad Complutense. Se publicó por primera vez en Lyon en 1603, Huyesen, 1607, Paris y Lyon, 1613...

<sup>102</sup> L. REUTTER DE ROSEMONT, *Histoire de la Pharmacie a travers les ages*, Paris, J. Ryonnet & Cie, 1931, T. II, págs. 121-128.

<sup>103</sup> Antoine-Joseph PERNETY, *Dictionnaire Mito-hermétique, dans lequel on trouve les allégories fabuleuses des poètes, les métaphores, les énigmes et les termes barbares des philosophes hermétiques expliqués*, Paris, chez Delain Libraire, 1758, T. 2, pág. 193.

<sup>104</sup> J. GARCÍA FONT, *Historia de la Alquimia en España*, Madrid, Editora Nacional, 1976, págs. 327-328.

<sup>105</sup> Genaro CARNEVALE, *Farmacisti e farmacia*, s.l. Ed. Skema, 1966.

<sup>106</sup> *Regimen Sanitatis. Flos Medicinae scholae Saerni*. Trad., y notas de A. SINNO, Milano, Mursia U. Ed. 1987, págs. 266-269.

<sup>107</sup> Alberico BENEDECENTI, «Malati...», *op. cit.*, tomo I, pág. 375.

<sup>108</sup> Maurice BOUVET, *Histoire de la pharmacie en France des origines à nos jours*, Paris, editions Occitania, 1937, pág. 53.

<sup>109</sup> Rugiero ROMANO/Angelo SCHWARTZ, *Per una storia della farmacia e del farmacista in Italia. Venecia e Veneto*, Bologna, edizione Skema, 1981.

<sup>110</sup> Giorgio MELICHIO AUGUSTANO, *Avveretimenti nelle composizioni de Medicamenti per ufo della Speciaría, con un diligente efame di Mopti Semplic di Giorgio Melichio Augustazo Già Speciale allo Struzzo di Venecia ed ora ristampati in miglior forma... da Alberto Stecchini*, Venecia, Antonio Mora, 1790.

<sup>111</sup> Alberico BENEDECENTI, «Malati...», *op. cit.*, tomo II, pág. 1024. Se refiere al texto de Prosper ALPINO, *Histoire du Baume... version française tirée par Antoine Colin*, incluido en Cristóbal ACOSTA, *Traité des drogues et médicaments que naissent aux Indes; traduit de l'espagnol au latin par Charles de l'Ecluse d'Arras, et de nouveau mis en français para Anthoine Colin*, 2.<sup>a</sup> ed., Lyon, Jean Pillehote, 1619. V. Aurora MIGUEL ALONSO, *Catálogo de fondo antiguo de la Biblioteca de Farmacia de la UCM (siglos XV a XVIII)*, Madrid, UCM, 2002. [www.ucm.es](http://www.ucm.es).

<sup>112</sup> Lorenzo CHATELAN o CATELAN, *Discours, demonstrations et ingrediens de la Theriaque*, Lyon, 1644.

<sup>113</sup> Maurice BOUVET, *Histoire de la pharmacie en France, des origines à nos jours*, Paris, editions occitania, 1937.

<sup>114</sup> L. REUTTER DE ROSEMONT, *Histoire de la pharmacie a travers les ages*, Paris, J. Ryonnet & Cie, 1931, t. II, págs. 121-128.

<sup>115</sup> L. REUTTER DE ROSEMONT, «Histoire de la pharmacie...», *op. cit.*, y M. CHARAS, *Thériaque d'Andromachus, dispensée et achevée publiquement à Paris ou Histoire naturelle des animaux, des plantes et des minéraux qui entrent dans la composition de la thériaque d'Andromachus, dispensée et achevée publiquement à Paris*, Paris, 1668.

<sup>116</sup> Moysse CHARAS, *Nouvelles experiences sur la vipère, ou l'on verra une description exacte de toutes ses parties, la source de son venin, ses divers effets, et les remedes exquis...*, Paris, chez l'auteur... et Olivier de Varennes, 1669.

<sup>117</sup> Para la biografía de M. CHARAS, Rafael FOLCH ANDREU, *Elementos de Historia de la Farmacia*, Madrid, imprenta de la viuda de A. G. Izquierdo, 1927, pág. 282. Dominique KASSEL, *Des apothicaires dans leur siècle*, avril, 2002, [www.ordre.pharmacien.fr](http://www.ordre.pharmacien.fr).

<sup>118</sup> Massimo MARRA-SAGGISTA, *La vipera e l'oppio: la teriaca di andromaco a napoli tra XVI e XVIII secolo* [www.airesis.net/Therapeutike](http://www.airesis.net/Therapeutike).

<sup>119</sup> Alberico BENEDECENTI, «Malati...», *op. cit.*, pág. 1024 y ss.

<sup>120</sup> De este autor, como de tantos otros, nos da noticia Alberico BENEDECENTI, «Malati...», *op. cit.*, pág. 1028. Le siguen al pie de la letra, S. SIGNORELLI, S. TOLOMELLI, E. ROTA, «La Triaca (o teriaca), fármaco prodigioso o bufala colossale?», en *Lo Spallanzani*,

2004, 18: 105-111, un texto, por otra parte, muy recomendable en su visión sintética del asunto, aunque la pregunta del título, a estas alturas de la historia de la terapéutica, sobra.

<sup>121</sup> Para la actividad de Guy PATIN, Javier PUERTO, «El mito de Panacea», *op. cit.*, pág. 329. Guillermo FOLCH JOU, *Historia de la Farmacia*, Madrid, 1951. Laure JESTAZ, *Édition critique des lettres de Guy Patin*, La Sorbona, 2001. <http://theses.enc.sorbonne.fr>

<sup>122</sup> L. COWEN y William H. HELFAND, *Historia de la Farmacia*, Barcelona, ed. Doyma, 1992, pág. 88.

<sup>123</sup> Ramón JORDI, «Relaciones del Colegio de Boticarios de Barcelona con los médicos de la ciudad y sus interrelaciones con la triaca (1531-1574)», *Circular Farmacéutica*, 1987, 296: 305-326.

<sup>124</sup> Quintín CHIARLONE y Carlos MALLAINA, *Ensayo sobre la Historia de la Farmacia*, Madrid, 1847, red. Burgos, Colegio Oficial de Farmacéuticos, 1994, pág. 471, cuando hablan de la preparación en el Colegio de Farmacéuticos de Madrid, indican que no se hacía con tanta pompa y ceremonia como en el de Barcelona.

<sup>125</sup> Javier PUERTO, «La sanidad española durante la Ilustración, aspectos institucionales», *Revista de Occidente*, 1988, 82: 43-57.

<sup>126</sup> Este asunto fue estudiado en profundidad por Guillermo FOLCH JOU, María Pilar MILLÁN GUITARTE, *La farmacia en Zaragoza a través del tiempo*, Madrid, CFZ y Departamento de Historia de la Facultad de Farmacia de la UCM, 1985, págs. 169-172.

<sup>127</sup> Javier PUERTO, «La institucionalización de los estudios de Historia de la Farmacia». *OFFARM*. 1983: (3) 123-139. «La profesión farmacéutica: del gremialismo al corporativismo», en José Luis PESET (ed.), *La Ciencia Moderna y el Nuevo Mundo*, Madrid, 1985, págs. 395-421.

<sup>128</sup> Javier PUERTO, *Giral: el domador de tormentas. La sombra de Manuel Azaña*, Madrid, Ed. Corona Borealis, 2003; Raúl RODRÍGUEZ NOZAL, «Sanidad, farmacia y medicamentos industriales durante la II República (1931-1936)», *Llull*, 2007, vol. 30, núm. 65, págs. 123-150.

<sup>129</sup> Javier PUERTO, «El mito...», *op. cit.*, pág. 476. El texto del privilegio puede consultarse, fotografiado, en la edición moderna de Toribio ZÚÑIGA, *Historia de la Real Academia de Farmacia*, Madrid, 1962, figuras 4 a 10. En la figura 11 se pueden ver los carteles impresos para el anuncio de la exposición y preparación pública de la Triaca Magna.

<sup>130</sup> Estos documentos se conservan en el pequeño archivo de la cátedra de Historia de la Farmacia de Madrid, en el actual Departamento de Farmacia y Tecnología Farmacéutica con la signatura siguiente, leg. 12.1 al 12.7.

<sup>131</sup> Archivo General de Palacio. Sección Reinados. Fernando VI, caja 97, exp. 1. citado por Carolina Mónica AYALA BASANTE, «La Real Botica...», *op. cit.*, págs. 166-167.

<sup>132</sup> Hebbe Isabel CAMPERO CARRASCO, *Elementos para la Historia de la Farmacia boliviana en la Real Audiencia de Charcas*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2006 (tesis doctoral inédita, dirigida por Javier PUERTO y Benito DEL CASTILLO).

<sup>133</sup> Alberico BENEDECENTI, «Malati...», *op. cit.*, T. II, págs. 1011-1014.

<sup>134</sup> Andrea CORSINI, *Medici ciarlatani e ciarlatani medici*, Bologna, Incola Zanichelli, 1922.

<sup>135</sup> VOLTAIRE, *Cuentos completos en prosa y verso*, Madrid, Siruela, 2006, pág. 380.

<sup>136</sup> Pierre POMET, «Histoire Generale des drogues...», *op. cit.*, Libro II, pág. 184.



**DISCURSO DE CONTESTACIÓN  
DEL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO L.  
DOADRIO VILLAREJO,**  
Académico de Número y Secretario  
de la Real Academia Nacional de Farmacia



Excma. Sra. Presidenta,  
Excmas. y Excmos. Sres. Académicos,  
Ilustrísimas personalidades,  
Sras. y Sres.:

Me cubre de honor y privilegio el poder contestar al discurso de ingreso del Excmo. Señor Don Francisco Javier Puerto Sarmiento. Honor que me hace la Junta de Gobierno de esta Real Corporación al designarme para este evento, a la vez que honor para hacer honores y homenajear al beneficiario. Privilegio, en cuanto al propio permiso otorgado por la Junta de Gobierno y por poder contribuir en este acto, obteniendo el beneficio de aprender de él. Gracias por ello, pues es un momento que vivimos con alegría, aunque no alcancemos a palpar toda su trascendencia.

El Doctor Puerto tiene ahora el privilegio de pertenecer a la más alta Institución de las Ciencias Farmacéuticas del Reino de España, la Real Academia Nacional de Farmacia. El novicio, que hoy toma posesión, deberá aprender de los capacitados, y éstos tendrán que acogerle con la ilusión de un nuevo afecto, con la obligación de hacer maestro al principiante, aunque «en la vida no haya clases para principiantes; enseguida exigen de uno lo más difícil» (Rainer María Rilke).

El Doctor Puerto está casado con Begoña desde hace treinta años. Alguna vez debemos de estar unidos para siempre con la persona que amamos. Tienen un hijo, Ignacio, estudiante de Sociología, apartado de la tradición universitaria familiar. «Un hijo es una pregunta que le hacemos al destino» (José M.<sup>a</sup> Pemán).

Sus mayores vicios terrenales son la comida, eso sí, selecta pero no abundante, y el fumar. Verle con un puro en la boca es una

estampa habitual de su personalidad, lo que mezclado con su barba y pelo ya canoso, le da un aspecto de profesor decimonónico, serio y respetable. «Un profesor trabaja para la eternidad: nadie puede decir dónde acaba su influencia» (Henry Brooks Adams).

«Libros, caminos y días dan al hombre sabiduría» (proverbio árabe). El Doctor Puerto es un insaciable lector, y por tanto un hombre culto y sabio, pero sólo de libros ajenos, porque como decía Gabriel García Márquez: «Nunca releo mis libros porque me da miedo».

El Doctor Puerto es un gran novelista, especialmente dedicado a la novela histórica, donde destacaré su libro «El hijo del centauro», que es representativa de su pluma ágil y ligera, y cuya lectura recomiendo. Otras obras suyas, más dedicadas a la Historia de la Farmacia son: «La ilusión quebrada. Botánica, sanidad y política científica en la España Ilustrada»; «El mito de Panacea. Compendio de Historia de la Terapéutica y de la Farmacia»; «La leyenda verde. Naturaleza, sanidad y ciencia en la corte de Felipe II (1527-1598)» y «La fuerza de Fierabrás. Medicina, ciencia y terapéutica en tiempos de El Quijote». También se ha dedicado a retratar con su obra a personajes históricos, destacando: «Ciencia de Cámara. Casimiro Gómez Ortega (1741-1818), el científico cortesano»; «El hombre en llamas. Paracelso», y «Giral: el domador de tormentas. La sombra de Manuel Azaña».

Los pocos momentos de ocio de los que puede disfrutar los dedica a la pesca y a caminar, especialmente por los jardines y por el campo madrileño, donde contemplando el paisaje castellano, pleno de belleza serena y austera, lleno de resonancias históricas y de grandiosa soledad, probablemente le haya venido más de una inspiración para elaborar alguna de sus magníficas obras literarias.

El Doctor Javier Puerto es compañero de curso y de armas de quien les habla, lo que une lo suyo, en especial lo último. Recuerdo cuando cogimos el tren camino de nuestro destino en Los Alcázares (Murcia) para servir a la Patria, como se decía entonces. En la estación le despedía su reciente esposa, en una apacible noche otoñal del mes de octubre. Ahora comprendo lo que le debió costar el separarse de ella; en aquel tiempo no, puesto que era yo un mozo libre e inconsciente, que iba encantando a servir a su Patria, aunque aquella noche en el tren ya no lo tuviese tan claro hasta que mis compañeros de literas empezaron a pasar el destilado elemento de

Baco. En nuestra jura de bandera, no hubo quien le ganase en porte marcial, eso sí, después de visitar el día anterior el botiquín donde le aplicaron la correspondiente y tradicional dosis de «vitaminas» para resucitar el espíritu.

Su maestro fue el Excmo. Señor Don Guillermo Folch Jou, también Académico de Número de esta Institución, al que le profesó una gran admiración y respeto, de lo que hizo numerosas manifestaciones públicas.

El Doctor Javier Puerto sucedió en la Cátedra de Historia de la Farmacia de la Facultad de Farmacia de la UCM a su maestro, a la asombrosa edad de treinta y cinco años. Un catedrático tan joven puede abandonarse en los laureles. Pero esto no fue así, desarrollando una gran actividad, de la que destacamos la dirección de diez programas de investigación y su participación en otros dieciséis sobre la Ciencia, Farmacia española y el medicamento durante el Renacimiento y la Ilustración. Patrono de la Fundación de Ciencias de la Salud, encargado de las actividades culturales, ha dirigido los ciclos: Con otra mirada...; En tierra de nadie... y Desde la memoria... en donde se aúnan los conocimientos científicos y humanísticos. Director de la Cátedra «José Rodríguez Carracido» del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, en la que sucedió a otro ilustre ateneísta, miembro de número de esta Corporación, el Excmo. Señor Don Antonio Doadrio López, es el actual vicepresidente de la sección de Farmacia de la misma institución. Colaborador de varias publicaciones científicas y profesionales. Director de EIDON, revista de la Fundación de Ciencias de la Salud. Ha publicado treinta y tres libros de investigación y divulgación; sesenta y cinco capítulos de libros, otros tantos artículos de investigación y más de tres centenares de opinión o divulgación, algunas docenas de narraciones literarias, y dirigido varias colecciones de libros de Historia de la Farmacia y de la Ciencia y facsímiles de textos clásicos, como «La profesión farmacéutica: del gremialismo al corporativismo» o «El jardín secreto: Felipe II y los medicamentos».

Estos méritos le son reconocidos con honores. Así, el Doctor Puerto es académico numerario de la Académie Internationale d'Histoire de la Pharmacie y correspondiente de la Institución Fernán González. Socio de Honor de la Academia Italiana de Historia de la Farmacia y Membre-correspondant de la Société suisse d'histoire de la pharmacie. Ha sido galardonado con las medallas de plata de la Facultad de Farmacia de Madrid y del Consejo General de Colegios

Farmacéuticos de España y con la del Mérito Naval, con distintivo blanco y hasta hoy Académico Correspondiente de esta Real Academia, donde también ha contribuido en Mesas Redondas y Sesiones de Homenaje.

En su discurso de ingreso nos ha hablado de la Triaca, tema que domina como nadie, y que le apasiona desde su visión alquimista que comienza con su Tesis Doctoral, dirigida por el Profesor Folch Jou.

La Triaca como nos ha descrito, es un polifármaco de acción mágica, cuyo efecto era más psicológico que real, y que ha pervivido a lo largo de los siglos hasta prácticamente la mitad del siglo pasado, como una panacea universal: «*solum non superans insuperabile malum*». La complejidad de su composición exigía un alto nivel de calidad en sus elementos, por lo que era considerado como un medicamento emblemático, que requería de demostraciones públicas hechas con gran pompa. Pero también tenía que tener una certificación para su uso, por lo que su preparación estaba limitada a ciertas corporaciones o personajes de prestigio.

En la época colonial española, el precio era alto y las boticas más pobres de aquel tiempo tenían dificultades para adquirirlo. Como alternativa existían triacas más incompletas y más baratas. Nos llega el relato de que el Hospital de San Juan de Dios de Santiago de Chile, cuya miserable pero digna botica jesuita hasta que don Alonso de Miranda les regaló una gran hacienda en la Angostura de Paine, la llamada Hacienda del Hospital, que dio el nombre al pueblo de Hospital, tenía dificultades para obtener la Triaca, pero en cambio tenía extracto de uña de la gran bestia y enjundia de capón. Se cree que la botica funcionaba desde 1613. Con la expulsión de la Orden de los Jesuitas de todo territorio español por parte de Carlos III en 1767, se hace un inventario que señala que en sus muros había estantes con 311 cajones, dos sótanos, frente a la sala un estante con otros 127 cajones para remedios, 677 frascos, 178 limetas y retortas, 906 botes y un total de 916 productos entre drogas y preparados. El último boticario, el cura José Zeitler, que llevaba veintitrés años a cargo del establecimiento, logró reunir más de 100 libros de ciencias, siendo la principal colección de su época en Chile. Un inventario anterior, hecho en 1748 cuenta 170 medicinas y otro posterior en 1791 señala que había láudano de Sydenham y Triaca Magna, los dos remedios de más valor de la época.

En uno de esos libros, del médico Juan Curvo de 1730, se da como receta para la amigdalitis «tirar y estregar las orejas del doliente hasta que se pongan bien encendidas. Quien supiere la gran correspondencia que tienen estas partes entre sí, no dudará de la certidumbre del remedio».

Si actualmente, tenemos medicamentos «milagros» como la aspirina o el ibuprofeno, la Triaca lo fue durante siglos, coexistiendo con aceites y bálsamos; enjundias de animales e incluso con la momia pulverizada de Egipto.

Aceite, como el Vulpino, cuya receta de los registros jesuitas era: «Se toma un zorro con piel recién mudada, se le sacan los intestinos, sus huesos se despedazan y desmenuzan y se le agrega sal, sumidades de anís, tomillo, hierba de San Juan, vino blanco, hojas de salvia y romero», era recetado para dolores por frío y de las articulaciones en aplicación local calentado. También servía para la gota, el reumatismo y la ciática.

Los alacranes también tenían su aceite. Se preparaba ahogando los escorpiones en aceite de almendras y era dado como infusión para las picaduras del mismo bicho siguiendo la difundida lógica de que cada animal ponzoñoso era el más eficaz contraveneno para su picadura.

Los bálsamos también gozaron de gran prestigio. Había bálsamo de Arceo, hecho con sebo de carnero, trementina, goma elemí y manteca de cerdo para las úlceras. Otro era el de Cangrejos, preparado con los ojos de éste o su cáscara. El padre Sánchez Labrador decía: «Tómese un cangrejo de agua dulce, póngase a tostar en un vaso de hierro, muélase, hágase polvo sutil y se echa sobre las llagas encanceradas y sobre otras cosas; así se aprieta bien y crían una costra dura».

Otro era el Bálsamo de Cachorros, cuya preparación estaba perfectamente reglada: «Se toman tres perros recién nacidos y se cocinan en aceite común, luego se agregan lombrices, aceite de sumidades de orégano, tomillo silvestre, poleo, hipericón, mejorana y trementina». Al cabo de quince días se cuele y es excelente para la parálisis y todas las afecciones del sistema nervioso.

Otra que no corría gran suerte era la liebre. Los polvos del pobre animal calcinado eran considerados por su virtud aperitiva, diurética y sudorífera. Del Espíritu y la Sal de la Liebre se hacía un

ungüento bastante reputado contra el pasmo y el reumatismo. Las liebres muertas aplicadas en los dientes cariados servían también para aplacar el dolor.

No quiero extenderme más, ya que hoy el protagonista es el Doctor Javier Puerto.

Amigo Javier, enhorabuena por este reconocimiento de tus méritos que hoy te hacemos. Te recibimos con los brazos abiertos.

Excmo. Señor Don Javier Puerto Sarmiento, como Académico y Secretario de esta Real Institución le doy la bienvenida, con el goce de todos los derechos y carga de los deberes a los que ahora está comprometido; no dude que contará con nuestro apoyo y cariño para su alivio.

«En España no podemos pavonearnos de ningún Newton, pero sí de muchísimos Nadies» (Javier Puerto, El hijo del centauro).

He dicho.